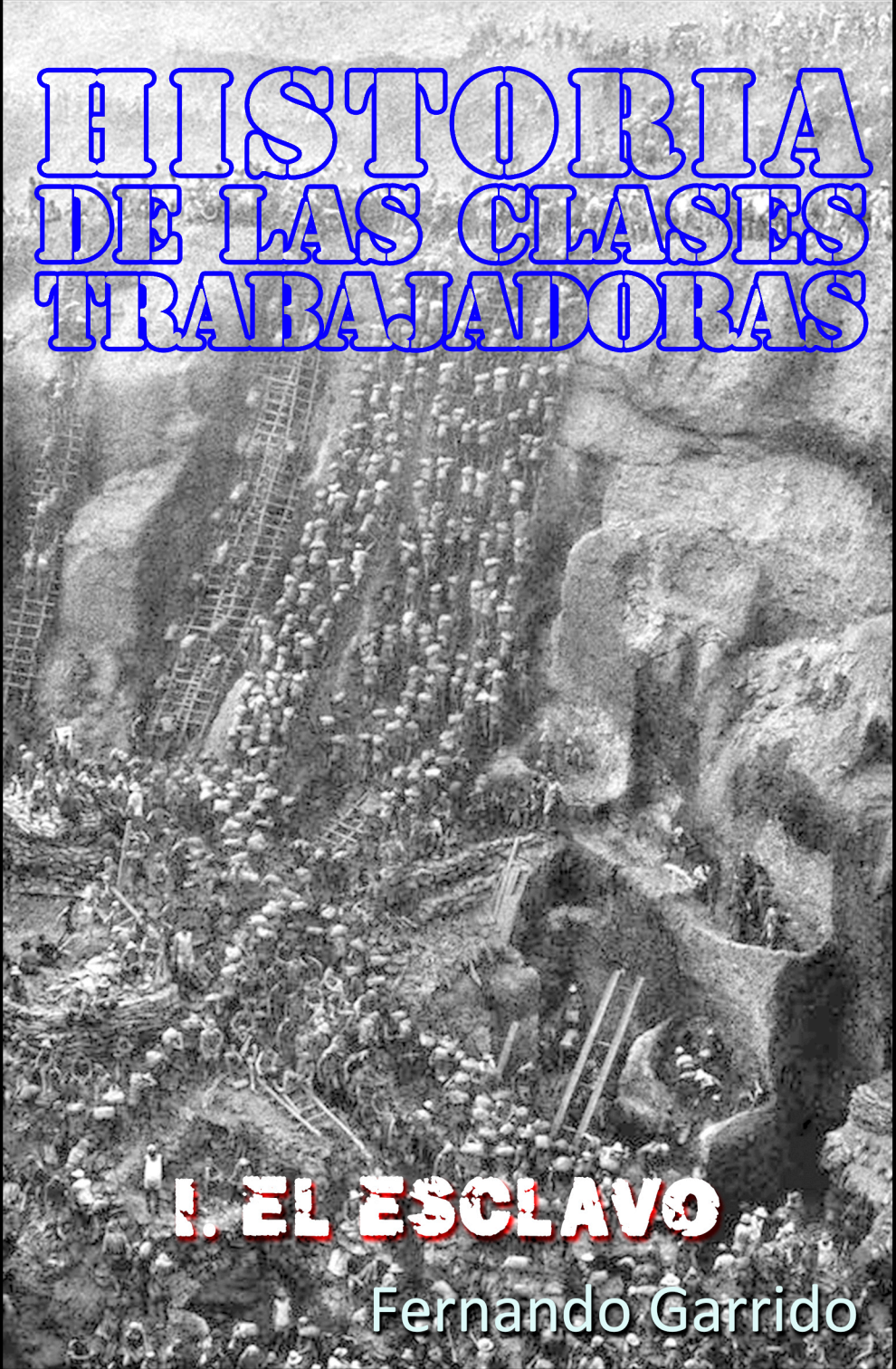




HISTORIA DE LAS CLASES TRABAJADORAS

I. EL ESCLAVO

Fernando Garrido

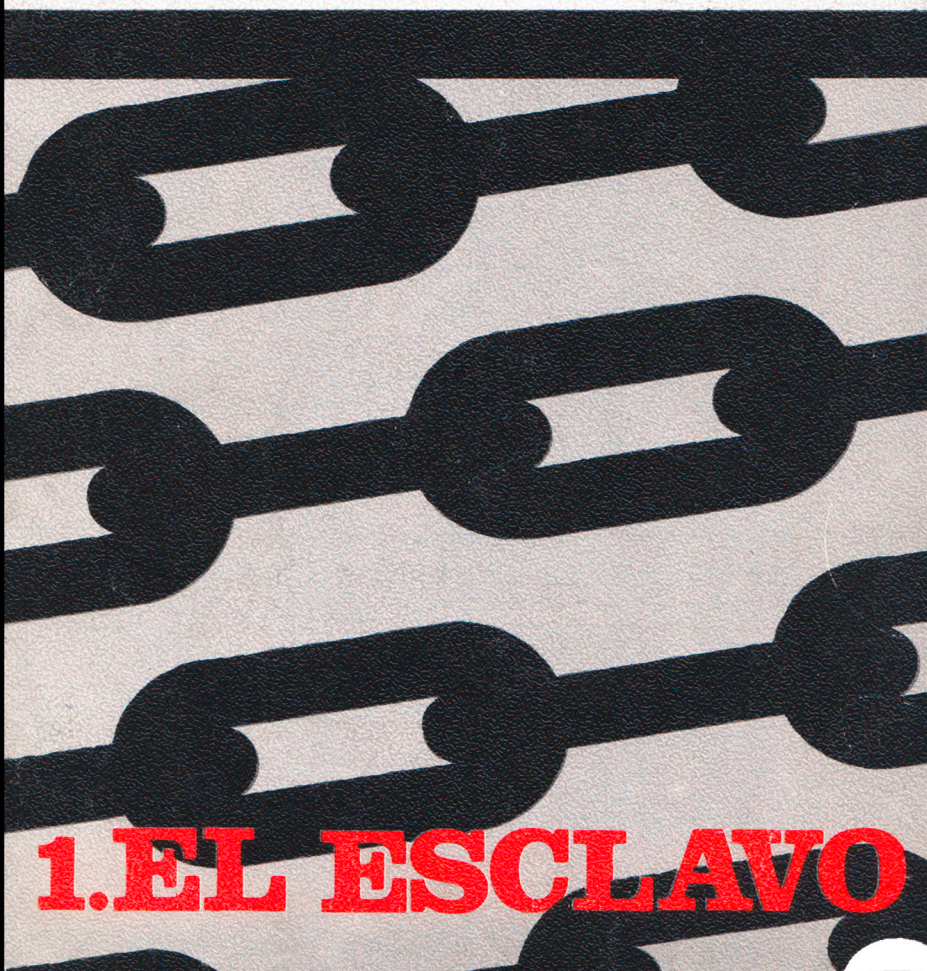
Emilio Castelar en el prólogo a esta obra describe a Fernando Garrido, 1821–1883, como un escritor popular, erudito en materias sociales, firme en política y conocido en el mundo civilizado por la riqueza de sus ideas y la tenacidad de su carácter. Socialista de los llamados utópicos, Garrido ha sido considerado como el Fourier español. Representante de Cádiz en las Cortes Constituyentes de 1869 y diputado por Sevilla en 1872, actuó en diversos cargos políticos durante la I República española. Servicios que supo compaginar con una actitud siempre crítica a través de su vida y de sus numerosos libros y artículos en periódicos y revistas. Por todo ello, sufrió persecuciones, condenas, cárceles y el exilio repetidas veces.

La “Historia de las clases trabajadoras” apareció en 1870, año de gran significación para el mundo obrero, por haber celebrado su primer congreso.

Este primer tomo, *EL ESCLAVO*, analiza históricamente el hecho de la esclavitud, desde la sociedad greco–romana, hasta las colonias españolas en América. Un itinerario largo y penoso sobre los padecimientos y rebeliones de los esclavos, los oprimidos, y la explotación del hombre mantenida a lo largo de la historia por todos los opresores.

FERNANDO GARRIDO

HISTORIA DE LAS CLASES TRABAJADORAS



1. EL ESCLAVO



Fernando Garrido

HISTORIA DE LAS CLASES TRABAJADORAS

I. EL ESCLAVO

Título original:

Historia de las clases trabajadoras, de sus progresos y transformaciones económicas, sociales y políticas, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, con las biografías de sus grandes hombres, de sus héroes y mártires más famosos.

Escrita y dedicada a todos los amantes del progreso.

Edita: Zero, S. A. Distribuidor exclusivo, ZYX, S. A.

Edición, Junio 1972.

Biblioteca Promoción del Pueblo.

Portada original: José Lorenzo Sánchez.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.orgateneo_nachobiblioteca.html

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

I. LA ESCLAVITUD COMO BASE DE LA SOCIEDAD GRECORROMANA

II. LA POBLACIÓN EN LAS SOCIEDADES GRECORROMANAS

III. TRATAMIENTO Y EMPLEO QUE SE DABA A LOS ESCLAVOS.

PRIMERAS SUBLEVACIONES

IV. LOS ILOTAS EN ESPARTA. CONSPIRACIÓN DE PAUSANIAS.

SUBLEVACIÓN DE ÉSTOS

V. PROFESIONES LIBERALES Y ADMINISTRATIVAS DE LOS ESCLAVOS.

INSURRECCIÓN DE EUNO. INSURRECCIÓN EN SICILIA

VI. LA REBELIÓN DE ESPARTACO

VII. ESPARTACO (CONTINUACIÓN)

VIII. FIN DE LAS GUERRAS DE ESPARTACO

IX. EMANCIPACIÓN GRADUAL DE LOS ESCLAVOS

X. LA EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS CON CONSTANTINO.

RIQUEZAS Y PODER DE LOS EMANCIPADOS

XI. LAS CLASES PRIVILEGIADAS MODERNAS Y LAS ANTIGUAS

XII. LA ESCLAVITUD EN DIVERSAS ÉPOCAS Y NACIONES

XIII. COMPORTAMIENTO DE ESPAÑA CON LOS ESCLAVOS DE CUBA

XIV. LA ESCLAVITUD EN CUBA Y PUERTO RICO

SOBRE LA COMPLETA EXTINCIÓN DE LA ESCLAVITUD

Acerca del autor

PRESENTACIÓN

I. La obra presente es producto más del corazón que de la pluma de FERNANDO GARRIDO. Ilustre cartagenero (1821–1883), decidióse jugar la vida en manifiesto de las ideas socialistas de la época, a las que aporta un gran corazón y una gran dosis científica. Y, por supuesto, su entrega personal.

Las obras de Garrido son brillantes y eruditas. Pero a la juventud erudita sucede una madurez militante y una senectud radicalizada en el compromiso. Conforme avanza en edad, se vuelve más activo y menos pensante, menos científico y más vitalista. Así, sus primeras obras son un modelo de pulcritud historiográfica, con abundancia de datos y cifras, pies de página y recensiones múltiples. En este espíritu están escritas, entre otras obras, *El socialismo*, *La España contemporánea* (publicada en francés por motivos obvios, y traducida después al español, ruso, polaco y danés), *Historia de las persecuciones políticas y religiosas desde los tiempos antiguos hasta nuestros días en todos los países de Europa*, etc.

Más tarde el *homo politicus* prevalece frente al *homo sapiens*, y divulga, discurrea, late, en obras como *Historia de las asociaciones obreras en Europa*, *La Humanidad y sus progresos*, etc. La HISTORIA DE LAS CLASES TRABAJADORAS, aparecida

en 1870, resume y compendia esta línea más ascética que mística, más historiográfica que historiológica, más existencial y apasionada.

Un hombre sabio y divulgador, que supo llevar la ortodoxia de su compromiso a una ortopraxia activa, tuvo que sufrir cárceles y soportar persecuciones. Sin embargo, su celo apostólico no se vio mermado por estas adversidades. Al año siguiente de escrita esta historia dio a conocer a toda España y posesiones peninsulares la esencia del socialismo, por él proclamado en la revista *Las Barricadas y la Revolución Social*. Recogía aquí la madurez de sus trabajos jóvenes en *La Atracción*, decenal (1846), fundada en Madrid por él; *La Organización del Trabajo*, que antes de un año fue suprimida por Narváez; *El Eco de la Juventud*, etc.

Henos, pues, ante un socialista cordial y bueno. Su socialismo no fue un marxismo claro, como la coetaneidad con Marx y la Internacional podría hacer pensar. Su socialismo fue más embrionario, de carácter utópico–fourieriano, menos riguroso y escolástico que el marxismo. Fernando Garrido fue el Fourier español. Como embrión vigoroso de este socialismo potencial y simultáneo potente, actuó en cargos políticos públicos, desde los cuales llevó a la praxis sus puntos de partida intelectuales.

Representante de Cádiz en las Cortes Constituyentes de 1869, fue diputado por Sevilla en las Cortes posteriores de 1872. Apenas proclamada la República (1873), se le nombró intendente general de las islas Filipinas, de donde regresó a Cádiz después del golpe del 3 de enero de 1874. Esta estancia en territorios dependientes de España, lejos de afincarle en el

poder y la gloria, le lanza a un más profundo servicio y a una crítica más violenta contra el sistema colonial e imperialista de un país en descomposición. En la presente obra se hallan pruebas de esta implacable diatriba contra esto y aquello. Pero, a la vez, una humilde postura, que asume el empecatamiento colectivo de la patria, a la que quiere y de cuya culpa se siente solidario. Esta actitud es tanto más de admirar, por cuanto que no provenía de una conciencia cristiana, sino de un humanismo vibrante ante la justicia y el amor.

I. Hasta aquí, la historia de una vida. Ahora comienza el análisis de una vida de la historia, lo que constituye esta HISTORIA DE LAS CLASES TRABAJADORAS. Como dice en el prólogo su, en cierto modo, correligionario Emilio Castelar, «en la obra de nuestro amigo se ve con claridad el ministerio sublime del trabajo y la cadena que el trabajador arrastra por la tierra. Se apena el alma cuando contempla la oprobiosa historia del trabajo. Es imposible contemplar ese gran martirio de tantos siglos sin que se desgarre el corazón».

A pesar de no ser marxista su autor, la analítica aquí presente tiene todas las características de la dialéctica histórica que concibe a la historia de la humanidad como la historia de la lucha entre las clases poseedoras y las pobres y desposeídas. Este es el auténtico «desgarro» en el seno de una misma humanidad. La explotación y la lucha entre las clases, sin embargo, no es un descubrimiento del marxismo. En efecto.

La misión de los profetas de Dios no se limitó a pregonar el Reino de Dios. OSEAS advierte a los hijos de Israel que Jahvé

(Dios) está muy enfadado con ellos «porque verdaderamente no existe bondad, ni verdad, ni respeto a Dios en el país. No hay más que perjurios y mentiras, matanzas, robos, adulterios; se usa la violencia y a un asesinato sigue otro; el mercader tiene en su mano balanzas falsas y trata de engañar». MIQDEAS monta en cólera contra los ricos: «Mirad lo que os digo, jueces de la casa de Jacob y de la casa de Israel: vosotros tenéis horror a lo justo y hacéis curvo lo que es recto; vosotros edificáis Sión entre matanzas y Jerusalén en el crimen; administráis a cambio de un salario, y como profetas ejercéis la adivinación por dinero.» ISAÍAS arremete contra los propietarios expoliadores: «¡Maldición para quienes van aumentando una casa sobre la otra y unas tierras con otras hasta que ya no tienen sitio libre y poseen para ellos solos todo el país!» Esta sentencia resume ya el espíritu de los hombres a tan temprana edad: «Hay cuatro clases de hombres. Unos dicen: Lo mío es tuyo y lo tuyo también es tuyo: son los piadosos. Otros dicen: Lo mío es tuyo, y lo tuyo, mío: son los hombres del pueblo. Los terceros exclaman: Lo mío es mío y lo tuyo es tuyo: son la clase media. Por fin, los cuartos dicen: Lo mío es mío y lo tuyo es mío igualmente: éstos son los perversos.»

El comunismo está en la raíz de los hombres buenos. Los judíos esenios de Palestina forman una secta con un estilo de vida comunitaria sin clases, sin propiedad privada.

En la misma Grecia, Licurgo, con objeto de suprimir de raíz el exceso del poder detentado por las familias más poderosas, persuadió a los ciudadanos a que entregasen sus tierras a la comunidad, a fin de explotarlas en conjunto. Los antiguos ricos se vieron a su vez expoliados, y toda Laconia quedó dividida en

treinta mil partes. Las monedas de oro y plata fueron sustituidas por las de hierro, de valor muy escaso y de gran tamaño y peso. Para obtener una suma de dinero ahora se precisaba mucho espacio; quien hubiere robado o matado por dinero o lucrado en exceso, sería delatado por la abundancia misma de la moneda. La socialización no paraba en los bienes, sino que afectaba a todo cuanto era comunitario. Y así los niños eran arrojados por el monte cuando su fortaleza física no era considerada suficiente. Este comunismo «de izquierdas» acabará (y esto es muy actual también hoy) en un fascismo ortodoxo, por cuanto que Licurgo hacía y deshacía sobre la vida y la muerte de los hombres. Comunismo sin comunión, Licurgo acabará como tirano. Los ilotas son sometidos por la violencia y el imperialismo licurguiano se extiende dictatorialmente.

Al llegar a Cristo, nos permitimos discrepar con Garrido. Para éste, Cristo fue un puro predicador espiritualista sin implicaciones en la praxis y en la lucha social, dejando esta vida abandonada, como también defiende la tesis marxista clásica sobre el absentismo que la religión produce, a la mera labor de capilla y cura de almas. Esta tesis está hoy relegada por la moderna exégesis cristológica. Cristo, no siendo un simple líder político, vino, sin embargo, a afrontar a los políticos, que le acabaron matando. Predicaba el cese de nacionalismos: ni griego, ni romano, ni hombre, ni mujer, ni bárbaro, ni esclavo. Predicaba, además, la desaparición de las castas basadas en la explotación y fomentadas por ella. No establecía diferencias sociales entre los hombres. Frente a la corriente heleno-cristiana, más espiritualista, la vertiente judeo-cristiana, que dominaba en la Iglesia de Jerusalén, es de inspiración revolucionaria contra los dominadores extranjeros:

Babilonia, Asiria, Seleucia, Roma. Pero el profetismo no sólo se alzaba contra la dominación política y religiosa del extranjero, sino también contra las clases dirigentes opresoras, como el alto clero judío (los saduceos, por ejemplo). Su táctica era la denuncia no violenta, la pureza ejemplar y la predicación, pero también la lucha armada, como era usual entre los zelotes, amén de la negativa a servir militarmente al Imperio en una época en que el reclutamiento era cada vez más difícil y el número de cristianos crecía de día en día.

La Edad Media sigue en esta línea. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA ha dicho: «Todas las cosas son comunes. No están para que se apoderen de ellas los ricos. Dios nos ha dejado en libertad de disfrutar los bienes de la tierra y ha ordenado que tal disfrute sea común.» TERTULIANO, a su vez, afirma: «Nosotros los cristianos somos hermanos en lo tocante a la propiedad, que entre vosotros causa tantos conflictos y luchas. Unidos de cuerpo y alma, creemos que todo pertenece a todos. Compartimos en común todo, con excepción de nuestras mujeres. Entre vosotros, sin embargo, es lo único que se pone en común.» JUAN CRISÓSTOMO (nada menos que patriarca de Alejandría) solía decir: «Es imposible enriquecerse honestamente. Pero ¿y si se ha recibido de los padres?, se preguntará uno. Pues bien: se habrá heredado lo que los padres, o los abuelos, o los bisabuelos han adquirido deshonestamente.» JERÓNIMO no es menos explícito: «Quienquiera que posea más de lo necesario para vivir, debe dárselo a los demás que no lo tienen y considerarse deudor de tanto como da.» CIRILO DE ALEJANDRÍA tenía escrito en su tumba: «Ni la Naturaleza ni Dios conocen diferencia social alguna fuera de la que ha introducido la codicia de los hombres y solamente

ella.» SAN AMBROSIO, para no citar más, dijo: «Es la Naturaleza la que ha creado el derecho comunitario, pero es la violencia la que ha generado el derecho de propiedad privada.» Lástima que frente a este comunismo lo «oficial» haya sido en la Edad Media la Iglesia rica, los abusos feudales, la alianza cesaropapista con el poder, la cuestión de las investiduras, etc.

Solamente un cristianismo comprometido en la pobreza puede recordar su *kerygma*. Junto a la caricatura del cristianismo como religión poderosa y triunfante, defendida por Estados poderosos, hay que volver a la solidaridad con el oprimido. Es escandalosa la confabulación entre los cristianos rutinarios con el capitalismo. Detrás de esta religiosidad, todo el aparato feudal, la burguesía. El pastor no es ya el profeta sencillo y bueno que habla en nombre de Dios y comparte la sal y el pan con su rebaño, sino el sacerdote lejano que imparte bendiciones sin sentido, habla un lenguaje erudito y evasivo y pertenece al grupo oligárquico que tiraniza a la masa.

II. Frente a estos comunismos primitivos se alza el aparato estatal que oprime al esclavo. Todo trabajador debía ser esclavo, porque todo esclavo era trabajador: éste es el primer principio «ético» de la época clásica.

El segundo principio de este catecismo antiético: «Es necesario que el esclavo tema siempre, y aunque su conducta sea irreprochable, debe maltratársele para que no olvide que éste es un derecho que el amo tiene sobre él.»

Los ejemplos aducidos por Garrido en esta historia para aclarar el estado social del esclavo son espeluznantes.

- Las leyes permitían la matanza de los esclavos por parte de sus señores, aplicando el derecho de gozar, usar y abusar de los hombres–mercancías que eran los esclavos.

- Existía un código de comercio de esclavos, los cuales, como en la trata de ganado, eran aderezados y vendidos al mejor postor.

- Estaba igualmente codificada la frontera infranqueable que separaba a pobres y ricos, no pudiendo haber mezcla entre las dos sangres. Matrimonios mixtos estaban penalizados con la muerte.

- Religiosamente, el esclavo era indigno de la religiosidad griega y romana, relegado a la condición de mero animal irracional.

- Militarmente, estaba excluido de las armas: si se atrevía a mezclarse con los guerreros libres, era matado.

- Judicialmente, no podían pedir justicia ni denunciar un crimen; para declarar a petición de hombres libres eran puestos en el potro y recibían tormento para obligarles a «prestar juramento de verdad». Si denunciaba a su amo, por muy criminal que éste fuere, el esclavo era condenado a muerte.

- el esclavo tenía a su amo por juez, el cual hacía las leyes.

- Si el amo decidía quitarse la vida, los esclavos al servicio del amo debían acompañarle en el suicidio y ofrecer su vida juntamente con la del señor.

- Cualquier suceso desagradable debía achacarse al esclavo: un incendio, una matanza, un adulterio, un dolor de cabeza.

- El esclavo era un instrumento al servicio del señor; el poseedor usaba a sus siervos como blanco, sobre el que se entrenaba en los ejercicios de tiro con arco o cuchillos una vez que el esclavo ya no era apto para el trabajo.

- Los señores poseían los «ergástulos», cárceles dedicadas a los esclavos, en donde, sin estar necesariamente castigados, debían dormir, esposados con argollas.

- El esclavo era el peor animal; cualquier perro era mucho mejor tratado.

- El mayor delito del esclavo era haber nacido.

III. Uno se pregunta qué hacían en aquella época los pensadores, a qué clase social servían, por quién eran ellos servidos. Y uno se asombra al responder que las grandes especulaciones sobre temas profundos, ultraterrenos, metafísicos, en donde el genio de un Platón o un Aristóteles no ha sido aún superado en ciertas materias, esas grandes especulaciones alternaban con un desconocimiento absoluto de los valores de la persona. Platón despreciaba el trabajo manual; buscaba una república ideal dirigida por un filósofo encargado de pensar, y debajo de él se colocaba a los guerreros y a los artesanos. El último escalón de la escalera lo ocupaban los pobres parias. Por su parte, Aristóteles consideraba deseable que todo el trabajo manual lo realizasen los esclavos para que los ciudadanos pudiesen tener el ocio

que les permitiese el ejercicio de la política. La teoría política griega idealizó a una clase ociosa. Justamente a esta clase pertenecían los filósofos y los políticos, los gobernantes y los libres. El peso, la carga de la historia, la va a soportar desde entonces la clase más pobre, más oprimida.

Cuando la gente se escandaliza al oír hablar de «lucha por la vida» o de «lucha de clases» debía sosegar su escándalo y estudiar historia de las ideas e historia de la filosofía, por si su desconocimiento de la simple historia les engañaba. Darwin no hizo más que llevar a categoría científica lo que era una realidad empírica: la explotación del hombre por el hombre, *homo homini lupus*. En esta lucha triunfan los más fuertes, y cada uno va a sacar la mayor tajada de la historia a costa de los silentes, de los anónimos, de los soldados desconocidos, de los bienaventurados que padecen persecución por la justicia. La historia de la humanidad, dirá Marx copiando el darwinismo animal, es la historia de la lucha de clases. Sobreviven las clases más poderosas, justamente aquellas que dicen ignorar la existencia misma de la lucha, en un flisteísmo solamente sostenible por el dinero y la podredumbre social.

Si ahora nos atrevemos a decir que el hecho permanece en el siglo XX casi intacto, se nos tachará de quisquillosos. Pero no será la actual clase oprimida la que así nos estigmatice. Sino los eternos escribas y fariseos, los leguleyos, los ricos, que no entrarán en el reino de los cielos; los poderosos. Porque el pueblo conoce y sufre la existencia de un neodarwinismo social, según el cual engordan los satisfechos y enflaquecen los humildes, gritan los soberbios y esperan los pacientes. Lo más trágico del caso es que estamos insensibles para comprender

esto. O como hoy se dice: alienados, engañados, enajenados. La propaganda de masas, las drogas colectivas, el mecanismo del consumo, la incultura, la desigualdad de opciones, todo ello entontece al esclavo de hoy. El cual de *facto* (de *iure* puede haber todo, evidente fariseísmo que no se corresponde con la realidad factual) no puede hacer otra cosa que aplicar su «mano» a la obra, porque para eso es mano de obra.

Cualquier persona irreflexiva puede engañarse si no se detiene a pensar. La población de Ática era de veinte mil ciudadanos, cuarenta mil extranjeros y esclavos emancipados y cuatrocientos mil esclavos. Había más de cuatrocientos esclavos por cada libre ciudadano. Mas ¿acaso un Rockefeller no esclaviza a su servicio a mucha más gente? ¿Acaso una decena de bancos no tienen cogidos a miles y miles de trabajadores a sueldo, asalariados desconocidos y siempre fieles? Platón mismo fue hecho esclavo en Sicilia, y para devolverle la libertad pagaron por él a su dueño lo mismo que se paga por una prostituta. Pero ¿acaso el licenciado en Filosofía actual no recibe, cuando encuentra trabajo, un salario irrisorio?

Los esclavos antiguos debían ser cariñosos con los amos y sacrificarse por ellos: ¿no se somete hoy a los hombres en un régimen paternalista que lleva a una tácita sumisión de unos hombres ante otros? Cuando el esclavo se hacía liberto, se desclasaba e intentaba una subida individual a costa de sus compañeros. Si podía, acabaría tiranizando a sus antiguos compañeros de clase: ¿no es exactamente esto lo que hoy vemos a cualquier hora?

IV. No quisiéramos ser, sin embargo, absolutamente pesimistas, si bien hay motivos escasos de optimismo. Lo cierto es que el trabajador de hoy es el primer capitalista moral y que, lo más grave, no quiere otra cosa que un bienestar material, el cual suele ir acompañado de una debilidad de espíritu y de un infantilismo absolutos.

Hay unas minorías preparadas que se encargan de contrarrestar estos efectos de una sociedad empecatada, en lucha aniquiladora, en matanza continua de unos hombres contra los otros. Nosotros confiamos siempre en lo imprevisto, en que la minoría actual se haga mayoría humana en un futuro cercano, en que la preocupación por el prójimo sustituya a la preocupación por el coche y el lujo. Pero no tenemos derecho tampoco a esperar lo que nosotros queremos que suceda. Pueden ocurrir acontecimientos imprevistos que trastornen no sólo la sociedad, sino también al hombre mismo. Para no ser excesivamente enjundiosos con este prólogo, vamos a terminar, avanzando una posible hipótesis sobre un nuevo mundo: es posible que, deshumanizado el hombre como está, acabe desapareciendo. Nadie puede negar esto, porque ha habido varias desapariciones de las especies humanas y homínidas sobre la faz de la tierra: el hombre, tal como existe hoy, existe a costa de sus antepasados, homínidos y prehomínidos: el *australopitecus*, el *pitecantropus*, etc. Pero nadie puede asegurar que el actual *homo sapiens*, del que estamos tan orgullosos, vaya a «durarnos» siempre. Nosotros no pondríamos la mano en el fuego por su respeto. En efecto, existe en el cerebro del actual hombre una división profunda: el arquicéfalo y el neocéfalo; es decir, el cerebro viejo y el cerebro nuevo. El primero está lleno de instintos antiguos, por

los cuales recuerda la herencia animal que le une a las anteriores especies y que encierra el instinto de agresividad y de lucha por la vida. Esto se muestra en las guerras, el odio entre los hombres, la explotación solapada o abierta, la mentira colectiva, la ausencia de amor y el indiferentismo, las aniquilaciones nucleares, la carrera de armamentos, etc. Por otra parte, el neocéfalo es el producto más nuevo de la mente, el encargado de la parte más racional, más madura, más humana y socializable del hombre. Pues bien: o la lucha por la vida es sustituida por el apoyo mutuo (de Darwin a Kropotkin), y esto no de una manera tartufa y filistea, ocultando la cabeza debajo del ala y negando la evidencia de la lucha, sino socializando, igualando, amando, barriendo las fronteras, o las matanzas colectivas, la guerra de gases, los Hiroshima y Nagasaki se reproducirán a escala mundial. Y entonces...

V. Y al final, esperanza. Para hacer pensar están estas líneas de Garrido. No son anécdotas de algo ya superado ni piezas que los aficionados a los anticuarios quisieran desempolvar. Cien años después de publicada por vez primera esta historia de las clases trabajadoras, la historia misma está, como los buenos militantes, respondiéndonos con su presencia comprometida.

CARLOS DÍAZ.

Doctor en Filosofía

PRÓLOGO

Una obra de escritor tan popular como Fernando Garrido, en materias sociales tan erudito, en política tan firme, conocido en el mundo civilizado por la riqueza de sus ideas y por la tenacidad de su carácter, no necesita ninguna recomendación, absolutamente ninguna, y yo no escribiría ésta que aquí trazo si no fuera para aprovechar la ocasión con que la amistad me brinda de afirmar nuevamente mis principios, ya conocidos, sobre la reforma social. Yo la pido; yo la deseo. He creído y sigo creyendo que no bastará con emancipar la conciencia, con emancipar la voluntad del proletario, con darle los derechos fundamentales humanos, si al mismo tiempo no procuramos su independencia económica, su bienestar económico, que no puede provenir de las actuales condiciones del trabajo.

Por eso yo creo que, sin destruir la propiedad, raíz de la vida; sin violar la libertad, una para todos los hombres; obteniendo del Estado en la época de transición apoyo interino y fugaz, que será innecesario cuando la sociedad haya entrado en plena democracia, la reforma social completará las grandes reformas políticas y económicas de nuestro glorioso siglo.

A este fin ha consagrado Fernando Garrido esta obra tan

erudita, tan sabia y dictada por su amor al pueblo y a sus derechos.

Educar al artesano y a los hijos del artesano es la obra más meritoria que puede cumplirse a los ojos de Dios y de los hombres y es imitar aquel eterno modelo de virtud y de perfección que se gozaba en dar la verdad divina a los niños, como el ave del cielo da el grano de trigo a sus tiernos polluelos que pían en el nido. Hoy, moral, civil, religiosamente, todos somos iguales. El mejor de todos no es el que desciende de más ilustres abuelos, sino el que más trabaja. En otro tiempo el envilecimiento estaba en el trabajo; hoy el envilecimiento está en la ociosidad. En otro tiempo el trabajador era despreciado, tenido por vil, estimado en menos que la materia bruta; pero hoy cada uno es hijo de sus obras, y la honra y la virtud, nos igualan a todos, y el trabajo, ley divina, a todos nos ennoblece. Admirad, admirad el ministerio del trabajador en la sociedad y en la naturaleza.

El trabajador deshila cuidadosamente las plantas, las teje, las tiñe con los colores del iris y viste la inclemente desnudez humana; desinfecta lagunas, abre bosques, lanza sobre los abismos los puentes y en el aire vago extiende la cadena mágica que da a la palabra humana la celeridad del relámpago; pone el cincel en la piedra, el color en la paleta, la cuerda vibrante en el arco, la idea en la imprenta y levanta el mundo de las artes y de las ciencias, que es el espacio de nuestro espíritu; lanza sobre los mares el tosco leño, despliega a los aires la leve lona y desafía las tempestades y cruza de región a región, de gente en gente, llevando a todas en los productos de apartadas zonas la comunidad del espíritu humano; destila el

sudor de su frente sobre los campos y los corona de flores y de frutos y les arranca los manantiales de la vida; pues el trabajo, que ha de luchar con las leyes de la gravedad, con la diferencia de las estaciones, con los rigores de los climas, con la brevedad del tiempo, con la flaqueza de nuestras fuerzas, por estos mismos obstáculos, sin duda alguna, es el cincel con que el trabajador, este artista divino, perfecciona la tierra y la ofrece en los altares del espacio hermosea, más digna de la providencia de su Creador que en los primeros días de su creación, pues centellea de todo su ser lo que hay más divino en la creación: el grande, el gigantesco, el inmenso espíritu del hombre.

En la obra de nuestro amigo se ve con claridad el ministerio sublime del trabajo y la cadena que el trabajador arrastrará por la Tierra. Se apena el alma cuando contempla la oprobiosa historia del trabajo.

Es imposible contemplar ese gran martirio de tantos siglos sin que se desgarré el corazón. La historia moderna, compasiva, profundamente humanitaria como toda la ciencia, ha sostenido siempre el principio de que la civilización de los Estados no se mide por la felicidad de sus aristocracias, por la grandeza de sus poderes, por el brillo de sus ejércitos, sino por las condiciones morales y materiales en que vive el pueblo; y cuando en su constante anhelo de conocer la vida pasada para explicar la vida presente ha buscado los huesos y las cenizas de las generaciones que fueron, ha sondeado los abismos de las edades, ha oído un sollozo profundo, amarguísimo, un grito de dolor que se extiende como una maldición de siglo en siglo, de generación en generación, y es el grito del trabajador, errante,

desnudo, hambriento por los bosques, amenazado por la caza como las fieras, arrastrado al ara del sacrificio, y allí herido, degollado para ofrecer holocaustos a los dioses, confundido en un mar de sangre con el toro, con el cordero de las fiestas sacras sobre los altares de Babilonia; encerrado en las entrañas de la tierra para buscar el oro de Ophir, mientras el hierro pesa sobre sus espaldas; hecho despojo del soldado y presa del pirata, vendido por algunas *minas* en públicos mercados a menos precio que el buey del campo y el caballo de guerra; pobre ilota, que lleva la cabeza cubierta con una piel de perro para mayor escarnio, el cuerpo mal oculto entre vestiduras de fieras y el rostro herido por el látigo; mísero esclavo, que es degradado hasta en su alma, hasta en su conciencia, pues su señor, en las últimas agonías del imperio romano, lo busca, no para la guerra, no para el trabajo, sino para sus infames y vergonzosos vicios; eterna víctima en cuyo favor se mueve en vano la guerra servil, sobre cuya frente cae en vano la sangre divina de la redención religiosa, pues los apóstoles del nuevo mundo que redimen su alma, no pueden romper sus cadenas, y el bárbaro pasa a su lado y lo ata a su carro nómada, y el señor lo clava como un hierro a los terrenos alodiales y a la propiedad sálica, y el mismo abad, que le dice en la iglesia que todos los hombres somos iguales ante Dios, lo compra y lo vende en el mercado que se celebra a la puerta del convento ; y pasan ocho siglos de civilización moderna, y no se alivia del peso de sus cadenas hasta que asoma el primer reflejo del pueblo, el municipio; y pasan diez siglos más, y no es civilmente igual a sus semejantes hasta ese gran día del juicio de Dios sobre todos los antiguos poderes: hasta esa gran tempestad de la revolución de 1789, qué grabó el derecho indeleblemente en nuestra conciencia y dijo al señor y al esclavo que todos son

iguales delante de la sociedad y de las leyes, porque todos son hombres.

En esta historia, trazada admirablemente por el publicista, se ve que, a pesar de tantos males, la condición social del trabajador ha mejorado en la historia.

Pedid, pedid ahora las dos grandes ideas de los tiempos modernos: la libertad de trabajo y la libertad de asociación. El glorioso movimiento de nuestro siglo ha destruido las grandes tiranías que pesaban sobre el trabajo, el *jurandum* o impedimento de trabajar, la coroca o el trabajo para otro, la tasa, o sea el limite ficticio del trabajo; el gremio, o sea el trabajo privilegiado; la creación de oficios, o sea el trabajo explotado por el poder; pero no se ha concluido aún esta grande obra de libertad, pues el trabajador está expuesto a morir de hambre en el día de una crisis o de la suspensión del trabajo por accidentes imprevistos o por perturbaciones de las leyes económicas; expuesto a no tener auxilio ni lecho en el día de las enfermedades a que está sujeta nuestra débil naturaleza; expuesto, después de haber consumido toda su vida en el trabajo, todas sus fuerzas en el taller, a no encontrar un báculo a su ancianidad, a morir tal vez por causa de los servicios mismos que ha prestado a los hombres, males gravísimos, inmensos, que en vano pretenderíamos desconocer y ocultar, y que sólo pueden remediarse por la asociación libre y voluntaria, que centuplica las fuerzas del trabajo, que socorre al trabajador en sus necesidades, que vela al lado del lecho del dolor, que le ampara en una crisis, que es su Providencia, pues le protege contra la idea de un porvenir incierto y le asegura contra el temor al desamparo y la muerte por la miseria y el

hambre; remedio tanto más grato cuanto que está en la vida del trabajo y en las fuerzas y en los derechos del trabajador.

Hay quien cree que las ideas políticas, las formas de gobierno, son de todo punto indiferentes para resolver el problema social y conseguir la emancipación de los trabajadores. Esto proviene de no conocer la relación, que no es misteriosa, entre las ideas políticas y sus consecuencias sociales.

En verdad, la idea del derecho no ha sido siempre igualmente clara en la conciencia humana. Pero a la evolución de esa idea en la conciencia ha seguido una evolución igual de todas las leyes sociales. Atended un momento, y veréis cómo se espiritualiza la idea del derecho a medida que progresa la sociedad. Viene la gran catástrofe de Roma, y sobre sus ruinas se asientan los bárbaros. El espíritu de la sociedad antigua adolece y muere. La sociedad ha vuelto a su infancia. La primera facultad que en el niño se despierta es el sentimiento.

Y lo mismo sucede en los pueblos niños, porque el pueblo es como un hombre mayor, sujeto a las mismas leyes que el hombre. Una de las formas de sensibilidad es el espacio. Pues bien: los pueblos bárbaros pondrán el derecho en el espacio. De aquí el feudalismo, de aquí la organización social de la Edad Media. El que posee mucha tierra, posee muchos derechos. La misma forma municipal obedece a esta ley. En el espacio en que se levantan ciertas ciudades hay derechos casi democráticos; fuera de aquellos límites comienza a extenderse la sombra del privilegio. La primera ley de la sensibilidad, el espacio, es la fuente del derecho feudal. Mas de aquí provenía

la división de las fuerzas, la división de las clases, en una palabra: la guerra continua y el fraccionamiento de aquella sociedad. Precisaba dar a la sociedad de esta suerte dislocada la unidad. Para esto los jurisconsultos, los revolucionarios de la Edad Media, crearon, con los ojos puestos en los Códigos romanos, en los Códigos de la unidad, la teoría del derecho divino. ¿En qué se fundaba principalmente el derecho divino? En la tradición, en el tiempo, en una ley más espiritual, más subjetiva de la sensibilidad. Pero los pueblos inmóviles se corrompían y degradaban en esta unidad puesta sobre la muerte de su voluntad y de su conciencia. Entonces amaneció una nueva idea del derecho, entonces se dijo que el derecho estaba en la voluntad. Esta idea creó el dogma de la soberanía popular. Mas la soberanía popular era un dogma incompleto, puesto que no abrazaba toda la vida, todo el espíritu; que el hombre no es sólo voluntad. Y vino la última revelación posible de la idea del derecho, porque en las ciencias morales, como en las ciencias matemáticas, hay principios que, una vez adquiridos, son definitivos y absolutos. Esta revelación se fundaba en un axioma sencillo, como toda verdad. Precisa que la naturaleza social del hombre se conforme con su naturaleza moral. En su conformidad está el derecho. Semejante principio, en sí tan claro, fue para la sociedad como el descubrimiento de la brújula para la navegación, y el descubrimiento de la imprenta para las ideas, y el sistema de Descartes para la filosofía, y las leyes de la gravitación para la ciencia del universo. El derecho consagrará la naturaleza del hombre. El hombre tiene vida: el derecho la declarará inviolable. Sentimiento, amor: el derecho santificará el hogar de la familia, libertándolo del espía y del esbirro. Imaginación: el derecho dará libertad a la creación de la fantasía, al arte. Voluntad: el

derecho le dará todas las libertades políticas. Juicio: el derecho le asegurará que no podrá ser juzgado sino por sus iguales. Conciencia: el derecho respetará la religión de esa conciencia. Pensamiento: el derecho asegurará la libertad de la razón. Actividad, trabajo: el derecho romperá todas las cadenas del trabajo, aniquilará todas las maneras de esclavitud. Pero el hombre no está solo, no puede vivir solo, es eminentemente social y necesita cambiar sus ideas, sus obras, los productos de su actividad y de su trabajo. El derecho garantizará la libertad del cambio. ¿Qué es el derecho, pues, sino la ley del alma? El alma es una: el derecho es uno. La libertad es una. Las diversas libertades son modos de un mismo ser, manifestaciones de una misma esencia. En cada una de nuestras facultades se halla toda el alma. En cada uno de los derechos se encuentra todo el derecho. En cada una de las libertades, toda la libertad. Así es que una libertad encierra otra libertad, y todas las libertades son la libertad una, íntegra, esencial a nuestra naturaleza. Yo comprendo que haya quien desconozca la libertad. Desde que nací estoy viendo, por desgracia, ciegos en el mundo. Pero lo que no comprendo, lo que no alcanza, es que haya quien desee las libertades políticas y no desee las libertades económicas, y a su vez no comprendo que haya quien desee las libertades económicas y no desee las libertades políticas, porque me importa poco que me pongáis la argolla en el pie, en el brazo o en la garganta, si la argolla me impide el movimiento. Libertad científica, libertad política, libertad económica: he ahí la libertad única, la libertad fundada en nuestra naturaleza, la libertad que abraza toda nuestra vida. La idea de libertad es una, la idea de derecho es universal.

¿Y creéis que estos principios tan difícilmente adquiridos no

han de trascender a la sociedad y a los problemas sociales, que son capitalísimos? Si. Estas ideas han de trascender precisamente a la vida. Nada más impalpable, nada más etéreo que la idea. Pero nada tiene tanta vida ni tanta fuerza como la idea. La idea es impalpable, como la luz, pero, como la luz, alumbra el universo. La idea es imponderable, pero la idea, como la electricidad, mata. La idea es vaga, aérea, como el vapor que se levanta del agua, pero, como el vapor, la idea arrastra con soberano e incontrastable impulso a las naciones. La idea no se queda nunca allá en la soledad de la conciencia, sino que renueva el mundo social; es la palanca incontrastable que derriba las más altas instituciones, las que en su soberbia creían que todos los siglos irían a estrellarse como mansas olas a sus plantas. Así es que, dada una idea en la conciencia, esa idea se encarna en el espacio. La filosofía moderna considera la humanidad como un ser, como una gran personalidad en que todos los seres humanos se hallan virtualmente contenidos. Algunos niegan esta idea, pero no es posible desconocerla si se examina atentamente. Hay tres individualidades que nadie puede desconocer. El hombre, la primera personalidad de la creación, puesto que solamente el hombre tiene conciencia de sí, conciencia de su ser. La segunda personalidad es la nación. Entre las diversas razas y el suelo que han de ocupar ha puesto Dios eternas armonías que no desconcertarán ninguna fuerza. ¿Lo dudáis? Hace un siglo que los tres reyes del Norte se repartieron como tres hambrientos chacales, ¡oh iniquidad!, los despojos de Polonia. Y poniendo el oído en el rumor de tempestad que suena por el Norte, ¿os atreveréis a negar que el corazón de Polonia palpita todavía? Pues bien: hay otra personalidad más alta: la humanidad. En la idea de humanidad concluyen los odios de raza, los privilegios de clase: en la idea

de humanidad todos los hombres se juntan y se igualan; en la idea de humanidad se animan de un mismo espíritu; con la idea de humanidad la vida toma esa perennidad que nace del convencimiento de que ha sido una con todas las generaciones venideras, dilatándose hasta donde se dilate toda la vida humana. Y si el hombre no es sólo individuo, sino humanidad también, necesita cambiar con el hombre sus ideas y sus obras y estar en comunicación con toda la tierra por donde la vida humana se extiende. ¿Y sabéis cuál es uno de los medios más conducentes a realizar esta unión interior de pueblos con pueblos, de razas con razas, que la idea de humanidad nos promete? Pues el medio más oportuno es la libertad de comercio, porque junta el espíritu y el trabajo de todos los pueblos y contribuye a la resolución del problema social.

Un cambio en las ideas fundamentales trae un cambio en las ideas sociales, porque toda idea es una serie de ideas, así en la conciencia como en el espacio; a medida que se han modificado las ideas, también se ha modificado el comercio, uno de los aspectos del trabajo. Conforme ha ido cambiando el ideal de los pueblos, han ido cambiando también las relaciones mercantiles. Y esto se explica, porque a una idea en la esfera metafísica corresponde otra idea análoga en la esfera económica. Puede asegurarse que la idea metafísica, que os parece más sencilla, encierra una serie de ideas, todas encadenadas por rigurosísimo orden lógico. A la idea de humanidad corresponde la idea de derecho, y a la idea de derecho corresponde en la esfera económica la idea de libertad de comercio. No puede existir un ser como la humanidad sin que tenga una ley, y no puede tener una ley sin que abrace toda la vida. Por consiguiente, el comercio, que es una de las

fases del trabajo, que es la actividad misma del hombre, entra en la ley misteriosa del derecho. Sí: las ideas metafísicas se enlazan con las ideas políticas, y las ideas políticas, con las ideas económicas, y las ideas económicas, con las ideas sociales. Leed la historia, y lo encontraréis así demostrado en todos los hechos.

Mientras el Oriente estuvo dominado por el panteísmo materialista, las generaciones se consumían en una misma idea al pie de sus dioses, a la puerta de sus templos, y la vida era como lago inmóvil, expuesto a la corrupción, porque el soplo del aura no agitaba la superficie ni el movimiento de las olas renovaba y purificaba las entrañas. Al dualismo en la esfera religiosa siguieron los pueblos guerreros en la esfera política. Pero así que los dioses individuales fueron surgiendo del seno de la materia para encaminarse al Olimpo griego, nació cerca de Grecia aquel pueblo fenicio que, arrojando el hueco tronco al mar y tendiendo la leve lona al viento, se dio al comercio y logró reunir en su mercado de Tiro el incienso de Egipto, el nardo de la India, el oro tartesiano, el ébano y el marfil de Ofir, las copas de Serapta, la pedrería de la Arabia, la canela de las tierras de Baco, la plata, que los antiguos creían rayos de la luna, cuajados en el fecundo suelo de la hermosa Iberia; los dátiles cogidos en Dedan, el vino de Calibán, con que se embriagaba Sardanápalo en sus orgías; dones a cuyo cambio llamaba a todos los pueblos, revelándoles al mismo tiempo en su alfabeto una maravillosa manera de cambiar las ideas y leyéndoles los jeroglíficos escritos en los templos antiguos; verdadera revelación de los profundos misterios que guardaba el silencioso espíritu del Asia. En todas las relaciones de la vida encontraréis esta misteriosa armonía. ¿Cree la ciencia de los

antiguos en la desigualdad humana? Pues la política engendrará la esclavitud, y la esclavitud, que es un gran error social, engendrará el menosprecio del trabajo, un gran error económico. El particularismo de la vida griega se extiende a sus colonias y al comercio de las colonias con la metrópoli. Roma domina políticamente al mundo, y económicamente hace a todas las naciones tributarias del pueblo rey. Al caos social que reina en la Edad Media corresponde el caos económico. El castillo feudal se aísla en sus riscos, el municipio en sus muros, el rey en su trono siempre vacilante, el gremio en sus privilegios, el siervo en el terreno que empapa con el sudor de su frente; y como no hay en aquel mundo ley general de vida política, no hay tampoco ley general de vida económica, y rige la excepción de pechar en los poderosos, el diezmo en los humildes, y junto a aquella aristocracia, que, cuando no tiene lo necesario, roba al viandante o al labrador, aquellas ciudades mercantiles, como Venecia, Génova, Barcelona, que en los mares arrojaban a los cuatro vientos del horizonte las semillas de la libertad, al mismo tiempo que extendían por doquier los favores del comercio. Este fraccionamiento político y económico provenía de los elementos feudales, que a su vez provenían de los elementos germánicos. Pero había un principio en la Edad Media que representaba la unidad del antiguo imperio romano, y este principio era el pontificado. Así como el feudalismo representaba el individualista elemento germánico, el pontificado representaba el humanitario elemento latino. Y obedeciendo a esta ley de unidad constitutiva de su vida, levantó la bandera de las cruzadas, que unieron a todos los pueblos en un solo pensamiento y transformaron las condiciones del comercio y del trabajo, abriéndole más dilatados espacios. Y véase cómo la lucha entre

el elemento germánico y el elemento latino, que es ley social de toda la Edad Media, trasciende a la industria y al comercio. Viene más tarde el Renacimiento. Yo tengo por el Renacimiento grande y profunda admiración. Tres épocas hay en la historia moderna que serán eternamente sagradas: el movimiento religioso, el movimiento filosófico y el movimiento político. En el Renacimiento el mundo pierde la tristeza que le sobrecogiera durante la Edad Media; las estatuas que exhalaban el *dies irae* en las iglesias bizantinas se convierten, bajo el cincel de Buonarroti, de Berruguete, de Cellini, en estatuas clásicas resplandecientes de hermosura. La naturaleza macerada por el genio austero de los pasados siglos se despierta en las obras de Leonardo de Vinci y de Rafael de Urbino, Colón descubre la América y renueva la naturaleza, al paso que Erasmo, y Luis Vives, y Bacon, y Hutten, renuevan el espíritu; las naves portuguesas y españolas se enseñorean de los mares entre los cánticos de Camoens, el Homero de la Ilíada del trabajo, que debe suceder a la eterna Iliada de la guerra; cae la caballería a los pies de Cervantes: caen los castillos feudales volados por la pólvora, que rompe los ejércitos de los señores; la humanidad pierde el temor a una próxima muerte, y siente la tierra oscilar bajo sus plantas, como si buscara nuevos rumbos en su carrera triunfal por el espacio; el telescopio nos acerca al cielo y dilata los horizontes del universo, así como la libertad dilata los horizontes de la conciencia; renace el mundo helénico por la emigración de los griegos de Constantinopla: el mundo helénico, que la civilización encuentra como una de esas momias conservadas entre las arenas del Oriente en las piedras de las pirámides de Egipto; y el sentimiento del progreso, oscurecido tanto tiempo, penetrando en el corazón de la humanidad, la transfigura y le

anuncia el día feliz del triunfo de todos sus sacrosantos derechos.

Pero al lado de estos grandes bienes, ¡cuántos males! La civilización necesitaba salir de la Edad Media. Para salir de la Edad Media necesitaba un principio opuesto al principio de la Edad Media, un principio opuesto a la división de las clases, al fraccionamiento de fuerzas: necesitaba la unidad del poder. Los jurisconsultos crearon esta idea, inspirada a su conciencia por la lectura del derecho romano del imperio, dictado por la unidad del despotismo. La reacción política contra la Edad Media llegó tan lejos, que ahogó toda vida, toda ley de variedad.

Cuatro grandes transformaciones ha tenido el absolutismo; ha sido caballero con Carlos V, teocrático con Felipe II, cortesano con Luis XIV, puramente militar con Napoleón el Grande. Pues bien: el absolutismo, levantado sobre grandes errores políticos, tiene por consecuencia precisa e indeclinable grandes errores económicos. Carlos V oprime a la propiedad con sus impuestos, como oprimía a los hombres con su autoridad, y aumenta los privilegios económicos, que han de traer tan graves perturbaciones, y vende los oficios, con lo cual perturba el movimiento económico. Felipe II prohíbe que ningún pueblo extraño comercie con nuestras colonias. A este error económico se unen el menosprecio del trabajo en nuestros hidalgos, y la sed hidrópica de oro en nuestros indios, y la guerra a muerte a los industriales y agricultores que no profesan nuestra religión, lo cual deja yermo el suelo, aniquilada la industria y convierte esta gran nación de reyes en mísera nación de mendigos. Luis XIV cede a los consejos de

Colbert, el gran proteccionista. ¿Y cuáles fueron los resultados de sus ideas económicas? Leed, leed aquel escritor que me parece más grande, mucho más grande que Bossuet, Montesquieu, y Racine, y Colbert, porque conoció y quiso remediar los males de su siglo; leed a Vauband. ¿Qué os dice el primer mártir, tal vez el único de la ciencia económica? Que el mundo industrial, con tanto esfuerzo levantado por Colbert, se ha venido al poco tiempo a tierra estrepitosamente; que el hambre reina en Francia, mientras la nobleza y el rey en Versalles se mueren de hartazgo; que grandes campiñas están desiertas; que los pobres hijos del pueblo, agobiados por el peso del impuesto y por la tiranía y la violencia de los exactores, corren a los bosques a pedir alimento a las raíces de los árboles, a manera de los salvajes de América. Y como todo apóstol tiene siempre compañero, Boisguilbert le sigue. Abrid las puertas cerradas de Francia, dejad libre al menos el tráfico del interior», decía éste a los ministros del gran rey, viendo su país como un barco desmantelado que hacía agua por todas partes. Pero Desmaret, que es la rutina en el poder, impide con nuevos impuestos el libre movimiento hasta del comercio interior, y en los últimos días de la mentida grandeza de Luis XIV sólo se oye el rumor del ejército de exactores que destruye a la Francia desnuda, desangrada y hambrienta. Tales son los resultados de un error económico, aunque lo sostenga un genio como Colbert, el rey de la industria. ¿Y cuál es la última transformación del absolutismo? La autocracia militar; Napoleón. ¿Y cuál es su idea? El bloqueo continental para matar de hambre a Inglaterra. ¿Y qué sucedió con esta idea? Sucedió que aquel batallador, que con el humo de sus cañones borró la marca del derecho divino en la frente de los reyes; aquel hombre singular que parece el sueño de la humanidad en

una hora de delirio; aquel soldado que llevaba por cetro el rayo de la guerra; vencedor en las Pirámides, vencedor en Marengo, vencedor en Jena y Austerlitz, vencedor de todos los reyes, herido sólo en España el día que quiso medir sus armas con un pueblo; aquel hijo de la fortuna, cuyas hondas huellas no se borrarán nunca en la tierra, porque son los profundísimos surcos abiertos para la gran siembra de las ideas; aquel hijo de la fortuna, en cuyo cerebro se habían condensado todas las tempestades revolucionarias, fue a caer a los pies de Inglaterra en el funesto día de Waterloo, en que para siempre se extinguió en sangre su espíritu, que había brillado en Europa como sangriento y aterrador cometa. El genio fue a estrellarse en el cálculo. El águila sufrió que la zorra subiese a su nido y le devorara el cerebro. Así se pagan siempre los grandes errores políticos, los grandes errores económicos. Quiso aquella águila ocultar con sus alas la luz de su siglo, y el fuego de esa luz la consumió, arrojando sus despojos a solitaria isla en mitad del Océano. El error económico siguió al error político, de la misma misteriosa suerte que sigue la sombra al cuerpo. Así es que siempre que se ha movido la humanidad hacia su derecho, se ha movido hacia la libertad económica. No se me oculta que algunos rígidos economistas no perdonan a la Revolución francesa la tasa, los asignados y otros errores económicos, que son desgracias de la impura realidad, cuyas sombras ocultan muchas veces las ideas como las nubes ocultan el sol. Pero la noche del 4 de agosto de 1789 es la última noche de la amortización, del mayorazgo, del feudo, de los grandes errores económicos, y el nuevo día que asoma por Oriente es el primer día en que el siervo, el eterno paria, siente la conciencia y el derecho de hombre.

Yo he oído siempre con dolor, con verdadero dolor, a muchos economistas, que se puede predicar sola y aislada la libertad económica. ¡Triste ilusión, cuyo resultado ha de ser un gran desengaño! Se puede persuadir al pueblo de que la libertad que más le conviene es la libertad económica, y el pueblo, esencialmente espiritualista, se interesa poco por la libertad económica, mientras vive soñando siempre con la libertad política, por la cual ha dado tantas veces su sangre y la sangre de sus hijos. El error de muchos economistas, en el fondo, es el mismo error de algunos socialistas, cuya mayor falta es, a mis ojos, la preferencia que dan a los intereses económicos sobre los intereses políticos de los pueblos. Por más que me esfuerzo en ello, no puedo separar la idea económica de la idea política. La costumbre de estudiar la historia al resplandor de la filosofía engendra esta adhesión incontrastable a la serie en que se desarrollan todas las ideas. Yo veo que el feudalismo no puede existir sin el siervo del terruño, ni el siervo del terruño sin la esclavitud del trabajo. Yo veo que el municipio no puede existir sin los propios y que sobre la tierra sagrada de los propios se quiebran las cadenas de la servidumbre. Mientras los caballeros feudales del litoral, por ejemplo, sólo viven allí en su aislamiento y en su ociosidad, pasan por el pie de sus riscos las velas de Génova, de Venecia, de Pisa, henchidas, más que por el soplo del viento, por el soplo de la libertad. Comparad Holanda con nuestra España en el siglo XVI. España tenía el espacio que se dilata desde el Pirineo al mar de Cádiz, el espacio más hermoso de Europa; tenía los Países Bajos, tenía el Milanesado, Nápoles, Sicilia; teníamos ciudades en el Asia, ciudades en la costa de África, la inmensa e inexplorada América; encerraba en sus brazos el Atlántico, el Pacífico, un imperio como nunca le soñara Alejandro, como nunca lo viera

Roma; y por sus errores políticos, seguidos de sus errores económicos, se moría de hambre. Comparadla con Holanda. El holandés no tenía tierra que pisar. Para extenderse necesitaba retirar el Océano con sus hercúleos brazos. Pero, en medio de las guerras religiosas, fundó allí como una isla afortunada, donde era posible la libertad de pensar, y recogió los frutos de esta idea con su colosal comercio. Viene otro gran acontecimiento político: la independencia de los Estados Unidos. La libertad aristocrática inglesa ha dado sus naturales consecuencias: una República democrática. Nace una sociedad sin monarquía, sin aristocracia, con la igualdad de derechos. Inglaterra lucha primero, pero después reconoce que de su comercio con sus antiguas colonias puede alcanzar más provecho que de su antigua dominación, y un nuevo hecho político trae nuevos hechos económicos. Romped, si es posible, la relación de la ley política con las leyes económicas. Mas ¿a qué cansarme? ¿Dónde está la epopeya del libre cambio? En la liga de Manchester. ¿Qué es la liga en su esencia? Una gran revolución, un gran movimiento contra la aristocracia inglesa, contra el feudalismo normando, que tenía sus venenosas raleas en las entrañas mismas de la agricultura. La liga de Manchester es un gran movimiento político, uno de los movimientos políticos más profundos que ha visto nuestro siglo. ¿Qué son Cobden, Bright, Fox y tantos otros héroes de la libertad económica? Permitidme que reivindique sus gloriosos nombres para mi causa. Son radicales, son demócratas que quieren impedir que la aristocracia tenga el monopolio agrícola para impedirle al mismo tiempo que tenga el monopolio legislativo.

Aquella lucha tan porfiada y tan gloriosa, para la cual debe conservar siempre la memoria humana un recuerdo de

verdadero agradecimiento, es el asalto que, en nombre de las clases desheredadas, grandes oradores, grandes públicos, dan al ruinoso castillo del feudalismo normando. La aristocracia inglesa, tan adulada de unos, tan envidiada de otros, tan por extremo encarecida de todos, fundaba su riqueza, su poder, ¡qué horror!, sobre la miseria del pueblo. No quería que entrasen por los puertos ingleses cargas de trigo. Para que el noble lord se muriese de hastío era necesario que el pobre pueblo se muriese de hambre. Todavía recuerdo que, en uno de los discursos más elocuentes de Cobden, nos describe al pobre hijo pueblo inglés pálido, demacrado, que acaba de apartarse de los brazos de su madre, que lleva todavía en sus mejillas frescas las lágrimas de sus hijuelos, y que desde el puente del navío donde va en pos de un pedazo de pan, se retuerce en la desesperación al ver que se pierden sus verdes costas, que se oculta entre la niebla su hogar, mientras los porteros de la aristocracia guardan bajo cuatro llaves los almacenes llenos de trigo que va a buscar, ¡el infeliz!, lejos de la patria. Aún recuerdo que Fox, después de insultar a los aristócratas, después de llamarles ladrones, después de ponerlos hasta fuera de la nación, porque la nación se compone de los trabajadores y no de los ociosos, se dirige a ellos, a pesar del rayo del poder con que le amenazan, y conminándolos con una elocuencia digna de la que Prometeo, de Esquilo, usara para maldecir a Júpiter, les obliga a que vean la hierba que crece en el cementerio de los ingleses pobres, donde hay muchos muertos en la flor de su edad, en el vigor de la vida, porque la tasa del pan los ha asesinado, los ha arrancado a la patria y al trabajo, víctimas del hambre, entregados al hambre de la muerte por el privilegio de sus crueles señores. Aún recuerdo que un día, en aquellas grandes

asambleas, se despertó tempestuoso entusiasmo. Presentábase en ellas O'Connell, que iba a llevarles el don de aquella palabra cuyos ecos resonaban como el trueno en los campos de Irlanda. ¿Quién es O'Connell? El enemigo más elocuente que tenía la aristocracia inglesa. Pues bien: cuatro hombres había allí que representaban, en su manera especial de hablar, cuatro revoluciones: O'Connell, la guerra a los privilegios religiosos; Fox, la guerra a los privilegios políticos; Bright, la guerra a los privilegios administrativos; Cobden, la guerra a los privilegios económicos. Un gran público los oyó y llevó sus ideas al poder. ¿Qué fue el triunfo de la libertad mercantil? ¿Qué fue la abolición de la ley de cereales? Fue la herida abierta en el corazón de la aristocracia inglesa, herida que la derribó, que aún destila sangre y por la cual, tarde o temprano, pero fatal y necesariamente, se ha de escapar su existencia.

Ahora la suerte del trabajador ha pasado a ser la principal idea, la única idea de los radicales ingleses. Y no podrá menos de ser así; las ideas son humanas, esencialmente humanas, y por humanas agitan a todos los pueblos, como emanadas de «la conciencia universal. Un publicista eminentísimo, un escritor de tanta elevación de pensamiento como sensatez de conducta, diputado ayer en la Cámara de los Comunes, político, filósofo, economista, gran filósofo de la sociedad presente, Stuart Mill, ha dicho que en el problema social hay justísimas ideas, y en las indomables aspiraciones de los pueblos europeos a un mejoramiento social, tendencias tan liberales, tan progresivas y tan humanas como en todos los deseos y en todos los ideales de las clases oprimidas, cuyos movimientos a favor de la propia emancipación han hecho de la historia de

Europa la historia de la libertad. Y tiene razón el eminente, el sensato publicista. La emancipación política del pueblo implica su emancipación económica. La redención política del trabajo contiene indispensablemente su redención social. Que esta tendencia vaya rodeada de utopías, nada tiene, absolutamente nada, de extraño. No conozco ninguna idea que no haya aparecido entre espejismos de utopías: como que la imaginación es el Oriente de todas las grandes ideas. ¿Quién podrá negar que el cristianismo ha mejorado las condiciones morales del género humano? ¿Quién podrá desconocer que el cristianismo ha venido al mundo rodeado de utopías? La renuncia a todos los bienes materiales, el abandono de la familia y de la casa para seguir a Cristo por toda la tierra, la exaltación del sacrificio y del martirio hasta un deber, la Cruz como un ideal de continua penitencia, los bienes maldecidos, la propiedad común, el ideal comunista, eran aspiraciones indispensables para producir una reacción poderosa contra el sensualismo pagano, pero imposibles de realizar en la contingencia y en la limitación de nuestra naturaleza. Mas de entre estas utopías, que han caído por su propio peso, la sociedad acertó a sacar grandes y provechosos progresos morales.

Pues bien: la idea social se presenta a su vez rodeada de utopías. Quiere el predominio de una clase, desconoce lo necesaria que es la propiedad individual a la libertad humana, tiende a un comunismo incompatible con nuestra naturaleza y contrario al progreso; pero de entre estas utopías el mundo moderno sacará la mejora social exigida por el advenimiento del cuarto Estado a la vida pública. No, no triunfará el exclusivo interés de una clase; no, no caerá la propiedad individual, raíz

de todas las libertades individuales; no, no se establecerá el comunismo, reacción absurda a los tiempos de las tribus asiáticas; pero por sabias combinaciones de la libertad, tan fecunda como la misma naturaleza, se mejorarán las condiciones sociales del cuarto Estado, del pueblo. Esta es mi profunda convicción, ésta es la convicción de todos los amantes del progreso humano.

No somos, pues, partidarios de las utopías; pero, si no somos partidarios de las utopías, reconocemos el derecho absoluto que las utopías tienen a manifestarse públicamente.

No queremos sólo la libertad de la verdad; queremos también la libertad del error. Y la queremos porque el estudio de la naturaleza humana nos ha convencido de que el error puede disminuirse, pero no puede completamente extirparse; y el estudio de la sociedad nos ha convencido de que los errores discutidos no son temibles, en tanto que son pavorosos, por lo fuertes, los errores que hierven en las entrañas de las sociedades secretas, y que se atraen el culto de todas las almas exaltadas y generosas, merced al prestigio propio de la persecución y del martirio.

Por eso alabamos con toda nuestra alma que el primer ministro de Inglaterra no haya atendido a las intemperantes objuraciones de los conservadores británicos, los cuales exigían de él una persecución activa contra la Internacional. Precisa dejar que una idea se desarrolle con todos sus errores, con todos sus extravíos, para conseguir luego que esa idea se acrisole en la discusión y sirva de alimento a la conciencia humana y realice la justicia social.

Todos estos y otros muchos problemas suscita con gran lucidez Fernando Garrido en su provechosísima obra. Con muchas de sus ideas estoy conforme; con otras, no; pero reconozco la rectitud que las dicta, la erudición que las esmalta y la sed de libertad y de justicia que en el pueblo despiertan.

Amigo y correligionario de Garrido desde hace muchos años, compañero suyo en la prensa, en la tribuna, en la emigración, siempre hice justicia cumplidísima a su grande entusiasmo por la libertad, por la federación, por la República, por la democracia, por la redención de esta sociedad. Siga en ese camino hasta el fin, seguro de que labra para su ilustre nombre y para sus humanitarios trabajos un recuerdo eterno en la conciencia humana y una brillante página en la Historia.

EMILIO CASTELAR.

INTRODUCCIÓN

Llenas están las bibliotecas públicas y privadas de historias generales de imperios y naciones, de sociedades antiguas y modernas, bárbaras o civilizadas; de historias universales y particulares de reyes y de castas aristocráticas, de guerras y de conquistas; de historias de las religiones, de la filosofía, de las artes, de las ciencias; pero la historia de las clases trabajadoras, de los laboriosos obreros, productores de la riqueza, de los talleres agrícolas e industriales, clases y cosas todas sin las que ni habría reyes, ni emperadores, ni imperios, ni sociedades, ni ciencias, ni religiones, ni artes, sin las cuales la humanidad no podría existir sobre la tierra, esa historia no la hemos encontrado en ninguna parte.

La causa a que, en nuestro juicio, puede atribuirse este gran vacío en la bibliografía histórica consiste en que hasta ahora las clases trabajadoras vivieron, moral y materialmente, en la condición de vencidas, y los historiadores se complacieron siempre en escribir la historia de las castas vencedoras, de los conquistadores, de las ideas predominantes, de las teologías oficiales, presentando con los colores más sombríos y bajo el aspecto más denigrante a los vencidos, a los esclavizados, a los subyugados, que formaron la parte oscura de sus cuadros, destinada sólo a dar realce a la luminosa apoteosis de los

explotadores victoriosos, presentados a la admiración de las generaciones como la encarnación de la justicia, de la verdad, de la ciencia, de la fuerza y del derecho.

Las historias nos presentan a las clases trabajadoras, con relación a las explotadoras, gobernantes e imperantes, como la materia pasiva con relación a la humanidad activa, que se sirve de ella como de instrumento de su propia elevación y grandeza; y así como el hombre hace del hierro el arado con que remueve la tierra, de cuyos jugos se alimenta, lo mismo que el puñal fratricida, la llave con que la avaricia guarda su tesoro y la ganzúa con que el ladrón se lo apropia, así vemos, por doquiera abramos la historia de las sociedades humanas, a los grandes bandidos, llamados guerreros, conquistadores y reyes; a los explotadores del trabajo, a la clerigalla parásita de todas las religiones, servirse, como de dóciles metales, de las clases trabajadoras, convirtiéndolas en instrumentos de sus ambiciones, en forjadores de cadenas con que esclavizar a sus hermanos, en esgrimidoras de espadas para asesinarlos, en instrumentos pasivos siempre, sometidos, como bestias de carga, a ajenas voluntades.

Por doquiera la historia nos presenta el fenómeno desgarrador, que la mente no concebiría si no fuera un hecho de carácter tan universal, de ver a la humanidad, que es una en su esencia y cuyos individuos son todos formados de igual argamasa, dividida en dos categorías: los que producen y los que consumen, los que mueren de hambre y los que revientan de hartos, los que sufren y los que gozan, los que obedecen y los que mandan; en una palabra, los que constituyen el rebaño y los que lo explotan, los que vierten su sangre en los combates

para que otros cojan los laureles y los que obtienen las ventajas de las victorias que otros han ganado, los que agotan sus fuerzas y consumen su vida creando todas las maravillas del lujo, del refinamiento, de la aplicación de la materia por sus infinitas transformaciones a la satisfacción, no sólo de las necesidades, sino de las comodidades y del regalo de la vida, viviendo entre tanto sumidos en la mayor miseria, en la carencia de lo agradable y de lo útil y hasta de lo más indispensable para la conservación de la existencia, y los que, sin haber hecho el menor sacrificio, sin haberse tomado la menor pena, si dar nada en cambio de lo que reciben, viven rodeados de todas las maravillas que el arte, la industria y las ciencias producen, acaparando todos los adelantos de la civilización.

Rara vez, en efecto, se ha dignado la historia consagrar algunas líneas a las clases trabajadoras, porque aun con todas ellas, y son muchas, no ha tenido bastante para referir los hechos y hasta los menores gestos de príncipes y magnates, de los héroes, de los sacerdotes y de las aristocracias civiles, religiosas y militares que bajo toda clase de denominaciones han venido imperando y disputándose el dominio de los pueblos desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Pero ese dualismo, esa contraposición de humildad y de orgullo, de miseria y de riqueza, de trabajo y de holganza, de abstinencia y de hartura, lo descubre el observador por cualquier parte que abra el libro de la historia.

Fenómeno repugnante y desconsolador, que nos haría desesperar del porvenir de nuestra especie si al través de la lucha de las clases explotadoras y dominadoras, que por

doquiera se disputaron la supremacía sobre las clases trabajadoras, no viéramos lucir, como temblorosas y fugitivas estrellas en la oscura noche de los tiempos, las manifestaciones, resistencias, progresos y reivindicaciones de sus derechos, así como las aspiraciones más o menos ardientes y entusiastas de las clases explotadas hacia la realización de organizaciones sociales más justas; si no viéramos que el progreso, en todas sus manifestaciones, lleva siempre consigo una modificación favorable a la condición económica y política, y por consiguiente social, de estas clases, lo que implica su elevación y nivelación con las aristocráticas, explotadoras y dominadoras.

Y ese terrible e inhumano dualismo existe todavía; aún puede decirse que, considerados en su conjunto, tomados en globo, los que con su sudor riegan la tierra, produciendo el pan que comemos; los que arrancan las primeras materias y las transforman, dándoles infinitas formas para que con mayor facilidad nos las asimilemos y usemos, que constituyen la mayoría del género humano, son los que viven más miserablemente, los que menos gozan de las mismas cosas que producen, mientras que la minoría, que no contribuye nada a la producción de la riqueza, es la que de ésta más goza, formando, por lo tanto, una clase parásita y privilegiada.

La realización del progreso social puede y debe, no obstante, demostrarse por la transformación del modo de ser de estas clases privilegiadas, que han ido sucesivamente, y por una serie de evoluciones históricas, perdiendo su primitivo carácter de casta privilegiada, inamovible y hereditaria. Estas castas privilegiadas se fueron transformando en su manera de ser; se

han movilizado, concluyendo por mezclarse con todas las clases sociales, y menguando en importancia y acortando la distancia que las separaba de las clases trabajadoras, no sólo por la pérdida de sus privilegios, sino por la elevación relativa y sucesiva de grandes categorías de trabajadores, que desde el simple bracero al gran artista mecánico o liberal han llegado a formar una gradación casi imperceptible, a no ser que, mirándola a cierta distancia para abarcarla en su conjunto, se vea que los obreros que por medio de su trabajo pueden honradamente elevarse y vivir al nivel de las clases medias o acomodadas, son forzosamente en número tan reducido, que sólo forman una excepción de la regla. Pero, en cambio, la historia también nos muestra que, una vez levantados por encima del bajo nivel del común de las clases trabajadoras, los que ejercen los oficios y profesiones excepcionalmente favorecidos a que nos referimos, se convierten a su turno en explotadores de sus hermanos que quedaron debajo, por lo cual su elevación, al mismo tiempo que es el resultado de un progreso, viene a ser un refuerzo que reciben las clases explotadoras.

De aquí el que toda mejora parcial en las clases trabajadoras, proceda del Estado o de la iniciativa individual, sea considerada por muchos como un mal, porque convierte a los favorecidos en privilegiados, que hacen causa común con las clases parásitas, dejando de representar y de sentir la influencia de las generosas aspiraciones emanadas del sentimiento de la igualdad, con la embriaguez de la satisfacción de sus intereses personales, y que se busque la realización de la justicia por medio de la igualdad y de la solidaridad, no como resultado natural de todos los concursos y voluntades individuales, de la

marcha progresiva de la sociedad, sino de la concepción y determinación de esos principios de igualdad, de solidaridad y de justicia hecha *a priori* y de su aplicación como ley obligatoria a todos los miembros del cuerpo social.

Las escuelas comunistas son el resultado de esta apreciación y pueden considerarse como una protesta contra la insuficiencia de los progresos sociales, llevados a cabo hasta ahora, por la iniciativa individual primero y del Estado después, para realizar de una manera eficaz, real y universal los principios antes citados, y sin los que las agrupaciones de hombres y familias, que constituyen las naciones y la sociedad en general, carecen de la sanción moral, sin la cual, lo mismo los derechos individuales que el derecho común, son palabras vacías de sentido.

El progreso es, pues, efectivo y salta, por decirlo así, a la vista, al mismo tiempo que el realizado hasta ahora es insuficiente para satisfacer la sed de justicia que se desarrolla en la conciencia humana y la concepción del derecho, cuya esfera se ensancha y dilata a cada paso que la humanidad da hacia adelante en su terrestre peregrinación.

Volvamos la vista a tiempos antiguos, y veremos que, según las costumbres y las leyes, se distinguía el hombre libre del que no lo era en que el libre consumía y no trabajaba, en que el trabajador era forzosamente esclavo, produciendo sin consumir; en que al trabajador, sin derecho alguno propio, se le consideraba menos aún que bestia de carga, cuya vida dependía del capricho de su dueño, que no podía ni formar familia ni poseer bienes de ninguna especie, llegando su

degradación y miseria moral y material hasta el punto de que para enseñar los hombres libres de Esparta a los jóvenes el *arte de matar*, arrojaban sus esclavos inútiles para el trabajo a los bosques, adonde llevaban luego a sus hijos a que los cazaran y mataran, como si fueran animales dañinos.

Estudiemos aquellos tiempos en que las castas dominadoras guerreaban para esclavizar a los vencidos para que trabajasen para ellas, tiempos en los cuales, gracias a la imperfección y rudeza de los instrumentos del trabajo, las fuerzas musculares del hombre eran casi la única maquinaria empleada en la producción de la riqueza, en la transformación de las primeras materias, en toda clase de objetos necesarios y útiles, y, comparándolos con la época presente, veremos que la esclavitud ha desaparecido del mundo civilizado, como institución social, condenada por el anatema de la conciencia pública, siquiera queden raras excepciones, que deshonran por cierto a nuestra cara patria, en que el trabajador, civil y políticamente considerado, es igual al amo a quien sirve, no existiendo en realidad otras diferencias que las, por cierto grandes, que proceden de la educación y la fortuna. El trabajador no es ya considerado, por el mero hecho de serlo, inferior a ningún otro hombre. ¿Y cómo podría ser de otra manera, cuando el trabajo se considera ya por la ciencia económica, lo mismo que por la moral, como el único origen legítimo de la propiedad, como la base fundamental del orden económico?

En vista de todo esto, ¿no será preciso convenir en que el camino andado en la vía de la justicia por las clases trabajadoras desde aquellos a estos tiempos es tan grande, que

hace casi imposible la comparación entre la civilización antigua y la moderna, sobre todo en lo que al trabajador y al trabajo se refiere?

Lejos de ser tenido por vil, el trabajo es proclamado noble; para admirar sus obras y rendirle culto se levantan palacios y templos más magníficos que los que en otros tiempos se construyeron para los dioses, y allí van los emperadores y reyes a condecorar a los industriales por el mérito de sus obras con las mismas condecoraciones, distinciones y títulos que antiguamente crearan para recompensar y premiar a los guerreros, a los conquistadores, despreciadores y destructores del trabajo y de sus obras.

¿Qué otra cosa significan las exposiciones regionales, nacionales y universales que sucesivamente vienen celebrándose desde hace cerca de un siglo en las principales naciones del mundo civilizado, más que la apoteosis del trabajo representado en sus productos?

Pues bien: si esas grandes exposiciones de las obras del trabajo significan algo, socialmente consideradas, no puede ser otra cosa más que el advenimiento de los trabajadores al imperio, la absorción de todas las otras clases y categorías sociales en la inmensa masa de los productores de la riqueza.

La evolución económica y política que están llevando a cabo las clases trabajadoras en todas las naciones civilizadas, y que, siguiendo un orden natural y lógico, ha comenzado inmediatamente después de la gran evolución que emancipó al Tercer Estado, o clase media, del yugo feudal y señorial, puede

considerarse como el complemento indispensable de todas las evoluciones sociales anteriores, que sólo con ella y en ella podrían encontrar una explicación satisfactoria.

La historia nos muestra las sociedades fundadas en su origen en la opresión y en la fuerza bruta; uno solo, o muy pocos, oprimiendo a todos los demás hombres, y á partir de este origen horrible, bárbaro y sangriento, en medio de luchas y de convulsiones terribles, en una serie de evoluciones sucesivas, irse modificando la opresión y emancipándose progresivamente clases enteras de esclavos, hasta llegar poco a poco a la libertad general, al derecho político igualitario, a la concepción del derecho humano personal o individual, anterior y superior a todos los derechos colectivos; derecho que forma hoy la base de las instituciones políticas de las naciones civilizadas.

La historia ha dado un nombre que expresa las condiciones del trabajador a cada uno de los períodos sociales que marcan un paso en la vía del progreso humano, y esto basta a revelar hasta qué punto la condición, el modo de ser de las clases trabajadoras, es lo que constituye el fundamento primordial de la sociedad, la clave, el eje sobre que descansa y sin el cual ésta no podría existir.

Así puede decirse que lo que más esencialmente distingue la Edad Media o Cristiana de la Edad Antigua o Pagana es la transformación de la condición social del trabajador, que pasa de esclavo a siervo, y lo que caracteriza el paso de la barbarie de la Edad Media a la civilización moderna es el cambio de las condiciones económicas y políticas del trabajador, que se

convierte de siervo en proletario, así como lo que distinguirá a la sociedad del porvenir de la civilización actual será la transformación del proletario en asociado, transformación que viene preparándose desde hace más de medio siglo, cuyos gérmenes han echado profundas raíces y brotan hoy en la superficie de la sociedad en multitud de instituciones políticas, sociales y económicas, hijas unas del Estado, otras producto de la iniciativa individual, y cuyo carácter común y distintivo es la emancipación del proletariado, esclavo del capital, por la asociación aplicada a todos los fines de la actividad humana.

El progreso social se realiza, como vemos, por la emancipación sucesiva y progresiva de las clases trabajadoras. Esclavas éstas en el origen de las sociedades; reducidas a la condición de cosas; menos consideradas aún que las bestias de carga, transfórmanse después en siervas, modificación de la esclavitud antigua, notable progreso, puesto que el siervo es ya apreciado, civilmente, como hombre, con derecho a formar familia, a poseer y a disponer de sus bienes libremente, siquiera conserve del esclavo la sumisión a un amo, la obligación de servir a éste personalmente sin remuneración alguna, el no poderse separar del domicilio que el dueño le asigna sin su consentimiento, pegado al terruño, viéndose además sometido al impuesto y a la justicia señoriales, condiciones que lo entregan desarmado al dueño de la tierra en que vive o, por mejor decir, en que vegeta, lo que hace ilusorias la mayor parte de las ventajas adquiridas por la abolición de la esclavitud; proletarias desde la constitución de las grandes monarquías, que destruyeron o anularon el feudalismo, y desde la transformación de éstas en constitucionales; libres de derecho, mayores de edad, iguales

ante la ley a sus antiguos señores, pero esclavas y siervas de hecho por la miseria, que las obliga a buscar un amo todas las mañanas, so pena de morir de hambre. Esta esclavitud disfrazada es tanto más odiosa y repulsiva cuanto mayores son los derechos consignados en las leyes en favor de esas clases, esclavas de la miseria, siervas de un señor feudal llamado capital, que ni siquiera tiene, como los antiguos señores, la obligación de mantener a su esclavo, de defenderlo y de protegerlo cuando deja de ser para él un instrumento activo de producción y de riqueza.

Esclavas de hecho, aunque libres de derecho, las clases trabajadoras han empezado a comprender que su emancipación política es una ilusión si no se emancipan también económicamente del yugo del capital, conquistando su libertad económica por la adquisición de los instrumentos del trabajo, de los que ahora ellos, los hombres, no son más que un apéndice, una rueda o un tornillo en manos de los capitalistas que los emplean. Por eso, comprendiendo lo incompatible de esta degradación material y moral al lado de la elevación política a que han subido, que los coloca al nivel, como ciudadanos, de *los amos que les dan el pan*, los trabajadores, formando asociaciones de socorros mutuos, de resistencia, de ahorros, de crédito, de consumo, de instrucción y de producción, asociaciones que van generalizándose por todas las naciones y que empiezan a confederarse entre sí, están realizando su emancipación económica, que convertirá al capital de explotador en explotado, reduciéndolo a su verdadero papel de instrumento del trabajo y del trabajador.

Cada una de estas grandes transformaciones sociales, que ha

creado, por decirlo así, una nueva sociedad, menos imperfecta, más racional y humana que sus predecesoras, basada sobre una mejora positiva de la condición económica, social y política de las clases trabajadoras, ha creado a su turno, engendrándolos y desarrollándolos en su seno, los gérmenes de la nueva organización social que debía reemplazarla; y, hecho notable que debe fijar la atención del historiador, la condición general, común a estos gérmenes de la transformación progresiva de las sociedades humanas, ha sido siempre el que los formen agrupaciones y asociaciones libres de individuos que, atraídos por una idea, expresión, fórmula de una necesidad social, se han constituido en asociaciones que respondían a la satisfacción de aspiraciones y de necesidades que no podían satisfacer ni la asociación primordial o madre, llamada familia, ni la organización llamada Estado, expresión y representación de los intereses de todas las familias, viniendo a llenar el vacío inmenso que a la sociabilidad progresiva de la humanidad quedaba libre entre el Estado y la familia.

Y estas asociaciones, extendiéndose, multiplicándose y unificando su acción, han concluido por absorber al Estado, convirtiéndose de libres, y por lo tanto accidentales, en permanentes, de voluntarias en obligatorias, hasta imponer sus leyes especiales a la sociedad.

No otra cosa nos revela de la manera más evidente y palpable la historia de las religiones y de todas las sectas; la de todas las aristocracias, lo mismo la teocrática que la feudal, que la industrial y la comercial, que sucesiva y aun simultáneamente han venido imperando en las naciones, dando a la civilización su tono y carácter distintivos, y

concluyendo siempre por reconstruir, modificándola a su manera, la organización del Estado.

No por sus esfuerzos individuales, sino por su organización más o menos comunista de los primeros tiempos, resistieron los cristianos a las persecuciones con que pretendían anonadarlos y destruirlos los poderes constituidos, así civiles como religiosos. Sus iglesias fueron una verdadera sociedad de socorros mutuos, que se fue transformando y organizando jerárquicamente a medida que las iglesias o asociaciones locales se multiplicaban, hasta llegar a constituir una fuerza con cohesión tan grande, que los mismos poderes públicos, que antes las persiguieron, creyeron más útil apoyarse en las iglesias cristianas, aun a trueque de amalgamarlas al Estado, convirtiendo sus doctrinas e instituciones, su organización, en dogma, institución y organización del Estado mismo, resultando la absorción de éste, con todos sus elementos civiles, en un nuevo Estado teocrático, cuyo jefe supremo no fue ya el emperador, sino el Pontífice.

¿Y qué hemos visto después que, por la destrucción del Imperio, víctima más del cristianismo que de los bárbaros del Norte, la gran asociación de la Iglesia cristiana, abarcando toda la sociedad en su seno, tuvo que constituirse, que propagarse y defenderse de los nuevos poderes políticos y religiosos que empezaron a disputarle la supremacía desde el primer período de la Edad Media? Lo que hemos visto es la creación y generalización de asociaciones cristianas, que respondían por sus institutos y organismos a todas las necesidades de resistencia, propaganda y ataque en beneficio del poder teocrático de los Papas–reyes. Asociaciones de monjes, de

frailes y de monjas, llamadas religiosas, que se repartían entre sí el trabajo de propagar los preceptos de la Iglesia y la obediencia al Papa, la enseñanza de la niñez y de la juventud, el castigo de los herejes y la defensa, a mano armada, contra los mahometanos, de las tierras, derechos y privilegios de la Iglesia; asociaciones religioso–militares, profesionales, obreras, judiciales, de caridad, de abstinencia y de penitencia, mendicantes y propietarias, ascéticas y militantes, célebres en la historia de la Iglesia y de la sociedad, cuyas páginas llenan con los nombres de caballeros del Santo Sepulcro, de Templarios, de Rodas, de Malta y otros, de monjes de Cluny y de órdenes monásticas de bernardos y de benedictinos, de franciscanos, de dominicos y de jesuitas y tantas otras cuyos nombres y clasificaciones ocuparían muchas páginas y que creemos inútil enumerar.

Suprimid esta inmensa red de asociaciones teocráticas con sus innumerables conventos, castillos, tierras, escuelas, tribunales, propiedades, derechos y privilegios, y desaparecerá la Iglesia católica, cuyo apogeo de vida y de poder corresponde precisamente al de las asociaciones, corporaciones y comunidades religiosas que brotaron de su mismo seno.

Así, pues, desde su nacimiento a su caducidad, la Iglesia católica ha vivido, se ha desarrollado, ha prosperado y ha resistido “a las causas naturales de su decadencia y ruina por medio de la práctica del principio de asociación, principio vivificador, cuyas formas elásticas y complejas se adaptan perfectamente a la realización de todas las ideas, siendo al mismo tiempo el crisol donde éstas se depuran.

Como la Iglesia, el régimen feudal se estableció y desarrolló, llegando a imperar durante siglos en toda Europa, aplicando el principio de asociación. ¿Qué otra cosa significan, si no, las poderosas organizaciones nobiliarias, a un tiempo guerreras, civiles y religiosas, tituladas Orden Teutónico en Alemania, de los Pares en Francia, de las cuatro órdenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa en España, y de otras análogas que prosperaron en diferentes naciones, empezando por orígenes tan humildes como los caballeros hospitalarios de Jerusalén, unas con el carácter de asociaciones libres, otras protegidas por el Estado o emanando de él; pero llegando al fin la mayor parte a dominar y absorber la sociedad, a convertir sus reglamentos e instituciones en leyes políticas del Estado?

Pues no de otra manera sino aplicando también el principio de asociación, y como resultado de las organizaciones comerciales, comunales y reales, opuestas a las feudales, se crearon las grandes monarquías, que sometieron y dominaron, concluyendo por destruirlo, el sistema feudal, cuyas asociaciones destruyeron o absorbieron, tomando en sus manos su dirección.

Las cartas-pueblas, los fueros y las milicias comunales, las asociaciones de artes y de oficios llamadas gremios, creadas en las ciudades, y que contribuyeron tan poderosamente al engrandecimiento de éstas; asociaciones de producción, de socorros, de comercio y militares, de carácter plebeyo, fueron las fuerzas que las débiles monarquías del último período de la Edad Media pudieron oponer a las asociaciones teocrático-militares del feudalismo, pudiendo asegurarse que sin aquellas asociaciones los siglos XIV y XV no hubieran visto

levantarse sobre las ruinas del feudalismo las grandes monarquías española, francesa e inglesa ni transformarse la sociedad bárbara, feudal y teocrática de la Edad Media en la sociedad progresivamente civil y culta de la época del Renacimiento.

Oscilando entre la democracia y la aristocracia, entre el industrialismo y la conquista; procurando oponerlos, para dominarlos, al pueblo y a la nobleza; convirtiendo a los nobles en lacayos suyos y a sus lacayos en nobles, los reyes procuraron detener el movimiento progresivo de la sociedad civil, personificada en el Tercer Estado, hasta que la Revolución francesa puso en manos de éste la dirección de los negocios públicos, el cetro del mundo, convirtiendo en instrumentos suyos a reyes, nobles y pueblos.

Pero ¿de qué manera el Tercer Estado, la clase media, suplantó a los Reyes, que durante cuatro siglos contribuyeron a crearlo, a engrandecerlo y que la representaron? Aplicando a la satisfacción de sus necesidades el principio de asociación, o, por decirlo con más propiedad, siendo él mismo un producto, una consecuencia de la fundación de las ciudades con derechos y fueros comunales, creadas en la Edad Media por los reyes, y que contrabalancearon la influencia y el poder que la organización feudal ejercía en los campos.

La clase media industrial y comercial nació de las asociaciones de artes y oficios, y su desarrollo, prosperidad, organización y fuerza absorbente han sido proporcionadas a la aplicación que han sabido hacer del principio de asociación, tanto a la producción de la riqueza como a su distribución y

circulación; y cuando por medio de sus sociedades industriales y de crédito han podido contribuir a crear y a apropiarse inmensas riquezas; cuando por la formación de grandes asociaciones, como las empresas de transportes terrestres y marítimos, las compañías coloniales de Filipinas, de las Indias y tantas otras, la creación de Bancos de descuento y emisión, han tenido en sus manos el monopolio del comercio, siendo a un mismo tiempo los prestamistas de los reyes y los usureros del pueblo, entonces han pedido el poder para sí; y si los reyes y los restos de las aristocracias feudal y teocrática no se han apresurado a entregárselo o a darles en él una participación importante, se lo han arrebatado con la vida por medio de grandes revoluciones.

¿Y cómo esas clases medias llevaron a cabo, ora las intrigas ocultas, ora las revoluciones hechas a la luz del día, gracias a las cuales convirtieron en instrumentos de su engrandecimiento y poder a los reyes y las aristocracias nobiliaria y teocrática? Por medio de la asociación.

El ariete revolucionario más poderoso de que se sirvieron las clases medias para luchar contra las asociaciones teocráticas y nobiliarias, cuyos reglamentos y estatutos eran todavía ley del Estado, fue la francmasonería, asociación secreta esencialmente *bourgeoise*, contramina de la Compañía de Jesús, a la que podríamos llamar francmasonería de la teocracia romana, habiendo sido aquélla, por su organización mixta, a un tiempo liberal y jerárquica, popular y aristocrática, la base y el asiento en que descansan las instituciones monárquico-constitucionales, que con su ayuda han levantado las clases medias.

¿Y cómo estas clases, encaramadas a las altas regiones y constituidas en poder, han procurado consolidarse en él? Convirtiendo en leyes e instituciones del Estado las que antes fueron asociaciones libres de industria, de comercio y de crédito. Convirtiendo en monopolios patrocinados por las leyes, en privilegios odiosos, las empresas creadas primitivamente como asociaciones libres y voluntarias; destruyendo por medio de leyes las asociaciones aristocráticas y teocráticas y apropiándose sus bienes bajo una u otra forma, según los casos y las circunstancias; es decir, obedeciendo a la ley general, cuyo fatalismo no puede negarse después de ver a la Iglesia, por medio de la asociación protegida por el Estado, hacerse dueña de la tierra y del Estado mismo; a la aristocracia feudal, por medio de asociaciones de distinto carácter, llegar al mismo resultado; y, por último, a las clases medias, convirtiendo en instituciones oficiales sus asociaciones de industria, de comercio y de crédito, acaparar la propiedad, monopolizar los transportes y el crédito y gobernar el mundo.

Para apreciar en toda su importancia lo que acabamos de exponer, bastaría comparar las bulas y leyes de Pontífices y de reyes, referentes a la fundación y protección de las asociaciones e institutos teocráticos, nobiliarios e industriales, comprendiendo bajo esta última denominación no sólo las asociaciones que tienen por objeto la producción de la riqueza, sino las de crédito y de comercio; y estamos seguros de que esta comparación bastaría para clasificar y determinar el carácter de los tres períodos sociales comprendidos entre la ruina del imperio romano y la fundación de las grandes monarquías, desde la época del Renacimiento hasta la Revolución francesa y desde ésta a la época presente.

Si dirigimos una mirada a la historia contemporánea, veremos a las clases trabajadoras seguir el mismo camino que las clases medias, las aristocráticas y las teocráticas para organizarse, aplicando el principio de asociación a las necesidades inherentes a su estado, creando organismos libres, fuerzas colectivas que responden a la satisfacción de las necesidades individuales, que no pueden satisfacer en el aislamiento. Asociaciones de socorros mutuos, de crédito, de resistencia a la opresión del capital, de instrucción, de recreo, de consumo y de trabajo.

Medio siglo hace ya que de una manera eficaz y persistente comenzaron a desarrollarse en los grandes centros industriales los gérmenes de todas estas asociaciones de trabajadores, y en ellas vienen ensayando sus fuerzas, acostumbrándose a dirigir sus propios negocios, aprendiendo las difíciles funciones administrativas, adquiriendo las prácticas y conocimientos especiales y necesarios para regir las grandes empresas colectivas; cosas que contribuyen a su desarrollo intelectual y moral y que los preparan a la dirección del Estado, a que indudablemente los llaman los derechos políticos de la ciencia democrática, consignados ya en las instituciones de los pueblos libres.

De la capacidad administrativa de las clases trabajadoras depende su capacidad política; de una y otra, su redención social.

Los derechos y libertades individuales, los principios democráticos consignados en las constituciones, serán una palabra vacía de sentido, letra muerta, mientras las clases

trabajadoras no lleguen, por la generalización y confederación de sus asociaciones de todos los géneros, a constituir un poder industrial y comercial, económico; en una palabra, tan grande, que absorba las organizaciones industriales, de crédito y comerciales a que han debido las clases medias su engrandecimiento y dominación. Y en verdad que no se necesita hoy ser profeta para ver levantarse ya en los risueños horizontes del porvenir, majestuoso, laborioso, humano y justo, al Cuarto Estado, simbolizado en el trabajador libre, asociado, a un tiempo obrero y capitalista, industrial y comerciante, productor y consumidor, rompiendo los últimos eslabones de las cadenas que oprimen a la humanidad: la ignorancia y la miseria, madres de la desigualdad, del crimen, del parasitismo, de la opresión, de la falsedad y de tantas otras plagas sociales que todos los progresos realizados hasta ahora no pudieron destruir.

Hoy no es ya posible dudar del porvenir de las clases trabajadoras; los más pesimistas no pueden menos de abrir el alma a la confianza en la regeneración de las masas proletarias, en su elevación al nivel de todas las otras clases y a la absorción de éstas en su seno.

Las clases trabajadoras, que desde que salieron de la servidumbre feudal vegetaron sumergidas en la ignorancia, en la degradación y en la miseria; que han servido de instrumento pasivo al engrandecimiento de todas las aristocracias; que así han sostenido sobre sus robustos hombros el despotismo corruptor de los señores de sangre azul como el de los del tres por ciento; que han vertido su sangre estúpidamente, así por sostener las antiguas dinastías de origen divino como las de

origen revolucionario; carne de cañón en manos de los conquistadores, carne de mina de carbón, de plata o de azogue en las de los agiotistas; pasta blanda a la merced de todos los especuladores, a quienes han tenido que vender cotidianamente su dignidad, su honra, su libertad, sus derechos políticos más preciosos, su misma sangre, por un pedazo de pan regado con lágrimas amargas, aplicando ahora científicamente el principio de asociación, sin el cual no hay para el hombre seguridad en nada ni, por lo tanto, libertad, se preparan para la regeneración más completa, radical y universal que jamás vieron los siglos.

Sus asociaciones de todos los géneros se cuentan ya por muchos miles en todas las naciones civilizadas, por millones sus miembros, por miles de millones sus capitales y sus negocios, siendo tan grande el movimiento progresivo ascendente de estas asociaciones, tan palpables sus resultados, tan benéficas y gloriosas sus consecuencias, que por todas partes se derrumban las barreras que les opusieron en su origen las preocupaciones, las calumnias y los bastardos intereses de las clases privilegiadas.

No pudiendo detener ese movimiento verdaderamente grandioso de regeneración social del proletariado, las clases llamadas gobernantes, los mismos poderes públicos, procuran dirigirlo, hacerlo compatible con su conservación, concediéndole favores reales o ficticios, procurando, en fin, halagar, para desarmarlo, al nuevo elemento social, que haciendo alarde de su vida propia y afirmándose en sus mismas fuerzas, aspira a elevarse por encima de los pobres más o menos tradicionales, arbitrarios e injustos que imperan hoy en

Europa, no en beneficio del pueblo trabajador, sino de dinastías de viejo o de nuevo cuño y de abigarradas oligarquías, compuestas de los podridos restos de la antigua y de la nueva aristocracia.

No es éste el sitio a propósito para extendernos en demostrar con datos irrecusables los grandes progresos que cada día realiza en todas las naciones de Europa y América el movimiento económico y social de las clases trabajadoras, movimiento que con sus más instructivos pormenores encontrarán los lectores en el cuerpo de la obra; pero sí debemos manifestar que su importancia es tal, que, no atreviéndose ya a luchar con él, como hace una veintena de años, los explotadores del pueblo, procuran mostrarle halagüeñas simpatías, más o menos sinceras, pero que, de todos modos, pueden considerarse como un signo satisfactorio para apreciar los resultados que inevitablemente debe dar esta nueva organización económica de las clases trabajadoras.

Nos contentaremos con dar aquí en números redondos algunas cifras que indiquen al lector la importancia que han llegado ya a adquirir las asociaciones obreras cooperativas y de otros géneros en todas las naciones civilizadas, siquiera sean nuestros datos incompletos. De todos modos, bastarán para que se comprenda lo profundo y general de este movimiento social del pueblo trabajador y para justificar nuestras apreciaciones respecto al porvenir de las clases trabajadoras y a la benéfica influencia que deben ejercer, que ejercen ya, así en el orden material como en el moral de las poblaciones y comarcas donde esas asociaciones se han establecido y prosperado.

Desde Rusia a España, desde Suecia a la Australia, desde los Estados Unidos a la Argelia, no hay nación donde las clases trabajadoras no hayan comenzado en los últimos treinta años a asociarse bajo las formas más diversas, aunque todas tendiendo a un mismo fin: la mejora de su condición económica y social.

Sus asociaciones pueden clasificarse de esta manera:

Asociaciones de resistencia para impedir la baja de los salarios, el aumento de las horas de trabajo y de la cantidad de éste que deban hacer por un precio dado.

Sociedades de socorros mutuos para ayudarse en los casos de enfermedad, faltas de trabajo y persecuciones originadas por su participación en las sociedades a que pertenecen.

Sociedades de instrucción y recreo.

Sociedades de consumo de toda clase de objetos.

Sociedades para la construcción de edificios o viviendas aisladas o colectivas para los mismos trabajadores.

Sociedades para la compra de las primeras materias necesarias para trabajar en sus oficios respectivos.

Sociedades de crédito, cajas de ahorro y bancos para acumular capitales y obtenerlos a título de empréstitos.

Asociaciones de seguros de vida, especiales para las clases trabajadoras.

Sociedades para la fundación de bazares, en los que cada trabajador o sociedad de trabajadores pongan en venta sus productos.

Sociedades de trabajo y de producción de toda clase de objetos.

Sociedades agrícolas para cultivar la tierra en común.

Sociedades comerciales para vender en común lo producido por cada socio o grupo de socios.

Sociedades centrales y regionales de comercio para procurar a las asociaciones de consumo confederadas los objetos que antes compraba cada una aisladamente.

Confederaciones nacionales e internacionales de sociedades obreras para solidarizar sus esfuerzos y garantizarse recíprocamente los fines sociales que se propongan.

Tales son, en resumen, los principales objetos y variedades de muchos miles de sociedades de trabajadores establecidas ya en todo el mundo civilizado, de cuyo número, miembros, capitales y valor de sus negocios daremos aquí el siguiente brevísimo resumen:

En 1852 tuvo lugar en Londres una conferencia de partidarios de las asociaciones obreras, y según los documentos en ella presentados, resultaba que el número de éstas era aproximadamente 170, casi todas en su infancia, contando apenas 30.000 socios y dos o tres millones de reales de capital.

En 1867 las asociaciones cooperativas inglesas de diferentes géneros pasaban de 900, y de ellas 577 habían mandado a un delegado del Gobierno los datos referentes a su estado, de los que resultaba que entre todas reunían 171.807 miembros, representando cada uno, por término medio, una familia de cinco individuos, o sean 859.935.

Estas 577 sociedades hablan realizado el año anterior negocios por valor de 600.115.300 reales.

Muchas de estas sociedades, especialmente las del norte de Inglaterra, empezaron a confederarse en 1863 para comprar en común, por medio de una agencia o sociedad general que establecieron en Manchester bajo la dirección de míster Greenwood, uno de los más activos cooperadores de Rochdale, todo lo que necesitara cada una de las asociaciones confederadas. Esto era emprender el comercio en gran escala después de haberse apoderado del comercio al por menor.

Una de las mayores dificultades de las sociedades cooperativas de consumo consiste en encontrar un director o socio encargado de las compras, que reúna a grandes cualidades de honradez una capacidad y práctica superiores para conocer los géneros y mercados y comprar bueno y barato. Cientos de sociedades se han estrellado en este escollo, y la confederación de las sociedades del norte de Inglaterra para comprar al por mayor, por medio de su agencia de Manchester, ha remediado este inconveniente, disminuyendo los peligros y los gastos y aumentando los beneficios de cada asociación.

A mediados de 1863 comenzó la sociedad central de Manchester sus operaciones con un capital efectivo de 240.000 reales, resultado del desembolso que a cuenta de sus acciones habían hecho las primeras 59 asociaciones confederadas, y con esta suma, en dichos seis meses, realizaron negocios por valor de 4.600.000 reales. En 1864 la suma de sus negocios ascendió a 9.400.000 reales; a 14.300.000 reales, en 1865; a 21.100.000 reales, en 1866; a 30.060.000, en 1867, y a 42.300.000 reales, en 1868.

Las 59 sociedades de consumo que fundaron la central de Manchester han llegado ya a 244, pertenecientes a 15 provincias de la Gran Bretaña.

Todo hace presumir que en el año actual pasarán de 100.000.000 de reales las ventas de este establecimiento comercial de las clases trabajadoras del norte de Inglaterra, que puede servir de modelo a los mejores de su clase establecidos por las clases medias, y que hace más negocios que ninguna empresa comercial de este género.

Pero no hace, como las empresas comerciales de las clases medias, un negocio que redunde en perjuicio del consumidor, sino tan favorable a éste, como que al pasar por sus manos los géneros que compra en grandes cantidades, cargamentos enteros de buques de gran porte, no llevan más aumento de precio al llegar a manos del que los consume que un 4 ó un 5 por 100, mientras que con la organización comercial de las clases medias, con sus multiplicadas ventas y corretajes y los mayores beneficios que exige el capital desembolsado por el especulador, la diferencia entre el precio de un cargamento de

café, por ejemplo, y el precio a que el consumidor lo paga cuando lo compra al menudeo, llega al 30 por 100, en lugar del 4 ó 5 que cuesta con el mecanismo comercial de las asociaciones cooperativas.

He aquí en breves palabras la explicación de este mecanismo:

Cada una de las 244 asociaciones confederadas manda nota de sus pedidos a la agencia central de Manchester, ofreciendo pagarlos al contado; la agencia los reúne todos, compra en Liverpool, en Londres, en Manchester, o donde los encuentra, géneros en la cantidad suficiente y al menor precio sobre la base de pagar al contado, y da en pago letras, que el Banco de Manchester garantiza, a cargo de cada sociedad, según el valor de lo que ha pedido. La agencia lleva por estas operaciones una comisión de 2,50 por 100. El vendedor manda directamente a cada una de las sociedades compradoras la parte de los géneros que ha pedido, según las instrucciones recibidas de la agencia compradora.

Como no todos los objetos de consumo que las sociedades confederadas piden a su agencia central pueden adquirirse y distribuirse de esta manera, la agencia ha construido grandes almacenes en Manchester, y alguno de ellos le ha costado cerca de un millón de reales. Estos almacenes sirven para conservar ciertos géneros y distribuirlos desde ellos a las sociedades consumidoras.

Esta inmensa cantidad de negocios se realiza con un capital procedente de acciones de 100 reales cada una, tomadas por las sociedades confederadas. El capital se elevaba en 1868 a

7.500.000 reales nominales, no pasando lo desembolsado a cuenta de las acciones de 2.600.000 reales.

Y no se crea que, a pesar de la modesta comisión de donde la agencia ha de sacar sus beneficios después de cubrir sus gastos, deja de obtener una buena renta para este capital, pues, según los documentos publicados por la agencia, el beneficio líquido en 1868 ascendió a la suma de 492.500 rvn, lo que equivale a cerca de un 18 por 100 del capital desembolsado.

En Londres y en Escocia se han formado ya, a imitación de la de Manchester, federaciones regionales para comprar en común por cuenta de muchas asociaciones. La progresión de las asociaciones cooperativas de consumo en Inglaterra ha llegado a ser tan considerable, que, si algún gran acontecimiento imprevisto no viene a contenerla, llegarán estas asociaciones a absorber el comercio, haciéndole pasar de manos de los especuladores a las de las grandes masas consumidoras. Baste decir que en veinticinco años se ha elevado el número de estas asociaciones obreras comerciales, de una treintena, a más de novecientas.

Si de las sociedades cooperativas de consumos pasamos a las de resistencia, llamadas *trades unions* (o uniones de oficios), veremos que su organización, número y poder han llegado a ser tan fuertes y grandes, que los capitalistas y el Gobierno, después de resistir durante muchos años por todos los medios que dan la riqueza y el mando, han tenido que concluir por aceptarlas y transigir con estas asociaciones, por legalizar su situación y por tratar con ellas como de potencia a potencia.

A la hora en que escribimos, estas sociedades de obreros cuentan más de 900.000 miembros.

Los diferentes oficios se han confederado entre sí, formando una red que, rebosando ya de las islas británicas, extiende sus mallas a todas las partes del mundo; así vemos que la asociación de los obreros mecánicos es un árbol que cuenta 308 ramas, de las cuales 11 existen en América y otra porción en Francia y en Australia. Las asociaciones o uniones confederadas de carpinteros y ebanistas son 240, y 278 las de albañiles.

Para que el lector forme idea de las ventajas que estas asociaciones han producido y producen a los trabajadores citaremos cifras referentes a algunas de ellas.

La asociación de los mecánicos, por ejemplo, cuenta más de 33.000 socios; en sus cajas entra por término medio una renta anual de 8.650.000 reales. En 1865 sus gastos fueron de 4.972.000 reales, y en el mismo año su fondo de reserva pasaba de 14.000.000 de reales.

Gracias a esta asociación, sus miembros han visto disminuir su trabajo en dos horas diarias, aumentar su salario en más de un 30 por 100 en pocos años y, sobre todo, se encuentran respetados por los fabricantes que los emplean. Esta asociación da socorros a sus miembros si carecen de trabajo o si están enfermos, una jubilación a los que ya no pueden trabajar o se inutilizan trabajando y paga además a todos sus miembros los gastos del entierro y el luto a sus familias.

No hay clase ni categoría de obreros, si se exceptúa la mayor

parte de los jornaleros del campo que no esté organizada en asociaciones de socorros mutuos y de resistencia, y los cálculos de las personas más competentes no hacen subir a menos de 2.000 millones de reales los capitales que manejan estas asociaciones.

Ofrécenos Alemania el mismo espectáculo que Inglaterra; las clases trabajadoras se están organizando sólidamente en aquel país, si bien sus mayores esfuerzos han tendido hasta ahora a la creación de bancos populares que faciliten crédito a los artesanos, sin que esto quiera decir que todos los otros géneros de asociaciones obreras no estén representados en el brillante catálogo de las sociedades alemanas. En este gran movimiento popular que se extiende desde el Danubio al Rin y desde el Báltico al Adriático, se han manifestado dos tendencias: una, de carácter comunista, personificada en el malogrado Lasalle, y otra, de carácter individualista, que tiene a su frente como director a un hombre de notable talento: Schulze Delitzsch.

Dicho señor fundó en su pueblo, en 1850, el primer banco popular, y en 1868 el número de estos establecimientos de crédito al trabajo era de 1.195.

De éstos, sólo 570 mandaron a la agencia central, establecida por míster Schulze en Berlín, sus cuentas referentes a 1868, y de ellas resultaba que contaban 219.358 socios y que éstos hablan obtenido crédito por valor de 760 millones de reales. Las acciones de estos 570 bancos ascendían a un valor de 46.450.000 reales; el fondo de reserva era de 4.090.000 reales.

Suponiendo que los otros 625 bancos sólo puedan presentar cifras inferiores en una mitad a las de los otros 570, siempre resultará que estos establecimientos de crédito popular prestaron a las clases trabajadoras más de 1.000 millones de reales en 1868.

Las sociedades cooperativas de consumo llegaban ya a 500 en la última fecha, contando en su seno más de 60.000 socios, y habían realizado negocios por más de 120 millones de reales en el último año.

Los bazares, talleres y fábricas fundados por asociaciones de trabajadores en Alemania se cuentan por centenares, y pasa ya de 2.000 el total de las asociaciones obreras de aquel país.

En Francia las asociaciones obreras cuentan una larga y noble existencia, sostenida valerosamente a través de las reacciones políticas, de las calumnias más sistemáticas e inmerecidos reproches. En la sombra como a la luz del día, con la libertad como con el doctrinarismo o la dictadura, los trabajadores franceses han persistido con fe y entusiasmo, siempre inspirados por ideas generosas, en sus trabajos de organización económica y social.

Durante el reinado de Luis Felipe las asociaciones obreras de Francia comenzaron a fundarse bajo la inspiración de las diferentes escuelas socialistas, que no buscaban con sus estudios y propaganda solamente la mejora de las clases trabajadoras, sino la realización de un ideal de justicia y de bienestar verdaderamente humanos. La revolución de 1848 convirtió en exclusivamente política la solución del problema

social, y miles de asociaciones se formaron en toda la Francia, y sobre todo en París, en las que las clases trabajadoras comenzaron a probar sus fuerzas y su capacidad administrativa, en parte bajo la protección del Estado.

La reacción de 1851 hizo cuanto pudo para deshacer, destrozar y no dejar ni siquiera la memoria de nada que se pareciese a socialismo teórico ni práctico; y, sin embargo, aquella terrible reacción, que buscó su punto de apoyo en el terror que a ciertas clases habían hecho sentir con la palabra socialismo los interesados en la destrucción de la República, no pudo destruir las asociaciones obreras, que eran una realidad indestructible, porque respondían a la satisfacción, no solamente de una noble aspiración social, sino a una necesidad económica de esas clases que no era posible dejar de satisfacer. Reducidas a escaso número, arruinadas, decapitadas, muchas de las asociaciones parisienses y otras de los departamentos resistieron a la persecución, hasta que al fin el imperio, viendo que no podía destruirlas, transigió con ellas, sometiéndolas a las peores condiciones de dependencia y procurando explotar la idea, la aspiración que representaban, en beneficio de la dinastía napoleónica.

Sólo en París pasaban en 1849 de 200 las asociaciones de trabajadores, y la mayor parte eran de producción; en 1852 quedaron reducidas a 17. Casi todos sus miembros, y especialmente sus directores, fueron deportados o tuvieron que buscar en el extranjero un asilo contra la feroz persecución de los *condottieri* bonapartistas, que se habían apoderado por sorpresa de la Francia.

He aquí un cuadro de sus progresos desde aquella época funesta:

En 1852 aquellas 17 asociaciones de producción solamente contaban 300 socios; pero poco a poco fueron aumentando su número, hasta doblarlo, y sus capitales, que reunidos apenas pasaban de 180.000 reales, han llegado últimamente a cerca de siete millones, con los cuales realizan negocios por más de veinte.

Pero desde aquella fecha funesta no fue posible a los trabajadores formar nuevas asociaciones, y sólo cuando sus victorias de Crimea y de Italia hicieron creer a Bonaparte que la Francia lo aceptaría, abrió la mano para tolerar, aunque con muchas restricciones, la formación de nuevas sociedades de obreros.

Estimulados los trabajadores franceses por los progresos de las asociaciones en Inglaterra y Alemania, se propusieron recobrar el tiempo perdido, y, en efecto, las 17 asociaciones de producción que había en París, que sobrevivieron al golpe de Estado, se convirtieron en 51, creándose al mismo tiempo otras de crédito y consumo, que ascienden ya a más de 70. Los departamentos y la Argelia, por su parte, no se han quedado atrás, y en 1866 pasaban de 215, figurando entre ellas 90 de producción y 70 de consumo. En 1869 había sólo de estas últimas más de 300 en los departamentos.

En estas categorías de asociaciones formadas por los trabajadores franceses no están comprendidas las que tienen por objeto el crédito popular ni las de socorros mutuos. Estas

últimas pasan de 4.000; pero el gobierno imperial, que tiende a acapararlo todo, las puso hace tiempo en manos de los alcaldes que él nombra, con lo cual los millones del pueblo quedan a la disposición o merced de sus opresores.

No contento con esta *protección* hacia las sociedades de socorros mutuos, Bonaparte inventó hace cuatro años crear de *su bolsillo particular*, en París, una caja de descuento para las asociaciones obreras con un capital de dos millones de reales; pero dos años después el director de ésta se quejaba de que las asociaciones no acudieran a la caja imperial en busca de recursos.

Prolijo sería extendernos en esta introducción hasta el punto de citar el número de asociaciones obreras de todos géneros que existen hoy en todas las naciones de Europa, África y América, y deberíamos añadir las otras partes del mundo, puesto que hasta en la Australia ha penetrado y se arraiga este movimiento social de las clases trabajadoras, no habiendo nación en la que no se publiquen periódicos dedicados a la propaganda de las ideas de asociación y a dar cuenta de sus diarios progresos. Muchas de estas publicaciones están redactadas por trabajadores que revelan grandes dotes y talentos nada comunes. España, que es, sin duda, desgraciadamente, una de las en que más tarde las clases trabajadoras, retenidas por la opresión política, han podido seguir el movimiento de sus hermanos, a pesar de que fue una de las primeras, hace ya treinta años, en tomar la iniciativa, cuenta hoy con cuatro publicaciones periódicas dedicadas a este objeto y redactadas por los mismos trabajadores asociados.

Este, que podríamos llamar socialismo práctico, no puede ser atribuido exclusivamente a la influencia de ideas o doctrinas más o menos filosóficas; es el resultado natural de la ley del progreso social, una prueba de la vitalidad de los elementos populares, que, impulsados por la ley de su propio desarrollo, vienen a completar la obra de las clases medias, aplicando, como éstas, el fecundo principio de asociación a llenar el vacío que en las crecientes necesidades de su existencia dejan la asociación primordial llamada Familia y la general llamada Estado.

La organización de las asociaciones trabajadoras en todo el mundo civilizado debe ser considerada como la constitución económica de las clases obreras, constitución sin la cual su organización política, resultado de los derechos individuales y del sufragio universal, no sería más que letra muerta, palabra vacía de sentido, como antes hemos dicho.

Como hemos dicho antes, la asociación es el medio, condición indispensable de todo progreso social; es la piedra de toque en que se prueba, el crisol donde se depura la vitalidad de las ideas, el organismo con que el individuo, la familia y el Estado se completan.

Si observamos con atención las naciones civilizadas, veremos que se componen de la agrupación general de los individuos y familias, cuyo representante es el Estado, compuesto de delegados más o menos directos de todos los individuos y familias, el cual Estado tiene la misión de satisfacer cierto número de necesidades que ni los individuos ni las familias pueden satisfacer por sí mismos aisladamente, y para cuyo fin

le ceden o delegan parte de sus facultades y derechos; resultando, además, que, por el mero hecho de representar al ser colectivo llamado Nación, el Estado o conjunto de individuos y corporaciones movibles o inamovibles, que constituyen los poderes públicos y la administración nacional, ejercen derechos y tienen atribuciones que no tienen ni pueden ejercer aisladamente cada uno de los individuos a quienes representan.

Aunque necesidades individuales, las que el Estado está llamado a satisfacer, y que bastan a explicar su existencia, tienen además un carácter colectivo o general y hasta cierto punto por condición la casi imposibilidad de que cada individuo las satisfaga por sí mismo con sus propios medios: por ejemplo, la justicia o satisfacción de los agravios inferidos por unos individuos a otros; las vías de comunicación, cuyo uso es común a todos, pero que sería absurdo suponer pudiese cada ciudadano hacer por sí y para sí; la dirección de la defensa común, caso de ataque a mano armada, porque mal podría cada individuo aislado, y obrando por su cuenta y riesgo, defenderse y contribuir eficazmente a defender su patria contra fuerzas enemigas regularmente organizadas; los grandes trabajos de utilidad pública y general, como canales, por ejemplo, que, aunque interesan más o menos directamente a todos, ninguno por sí solo podría llevar a cabo, no precisamente por lo que cuestan, sino por lo complicado de los intereses generales y particulares con que se rozan y que implican problemas que sólo puede resolver un derecho superior y neutral, por lo general, entre todos los intereses particulares. Pero entre estas necesidades, a un tiempo individuales como necesidad, y generales o colectivas por la

imposibilidad de que el individuo pueda satisfacerlas por sí mismo, hay otras, mucho más numerosas, que participan también de los caracteres de individuales y colectivas, pero cuya satisfacción, siquiera no pueda menos de ser colectiva, tiene su origen en el derecho individual y no tiene el carácter permanente y, por decirlo así, jurídico de las necesidades que el Estado está llamado a satisfacer. Aquellas necesidades, que los progresos de la sociabilidad aumentan, son satisfechas por las innumerables asociaciones libres que el individuo se ve en la necesidad de formar para suplir a la insuficiencia de la asociación primordial llamada familia, porque el círculo de acción de ésta, reducido al hogar doméstico, no puede contener ni satisfacer todas las necesidades materiales, morales e intelectuales del ser humano. El desenvolvimiento de la cultura, de la prosperidad y de la ilustración se encuentran para el hombre en todas esas asociaciones de trabajo, de crédito, de industria, de comercio, de ciencia, de arte y de recreo que existen bajo infinitas denominaciones, formando otras tantas sociedades parciales y complementarias, ruedas engranadas unas en otras dentro del gran círculo social que el Estado representa y cuyo movimiento, mezcla y acción recíprocas constituyen la vida y determinan la marcha de las sociedades civilizadas.

Entre estas asociaciones libres y de carácter y objetos concretos y la organización social nacional representada por el Estado hay, entre otras, una diferencia fundamental, y es que la asociación llamada nación tiene forzosamente un límite puesto por las fronteras de las naciones vecinas, no pudiendo existir entre ellas, de Estado a Estado, más que ciertas relaciones de carácter limitadísimo, y cuyo principal objeto es

conservar su independencia, las unas al lado de las otras, mientras que las asociaciones libres toman fácilmente el carácter de universales, penetrando recíprocamente a través de todas las fronteras y describiendo círculos inmensos que abrazan en su seno muchas en parte y aun en totalidad, y algunas hasta todas las naciones de la tierra.

Así vemos que las asociaciones industriales, de seguros y comerciales, lo mismo que las de un carácter más especialmente moral, como la francmasonería, las religiones y sus iglesias, con todas sus hijuelas, y otras que sería prolijo enumerar, tienen un carácter de universales y de permanentes, a pesar de ser esencialmente libres y de carecer de fuerza coercitiva que las sostenga, mientras que las organizaciones nacionales, representadas por los poderes públicos, no han podido nunca universalizarse, a pesar de que lo intentaran muchas veces, sometidas a hombres de genio extraordinario y de ambición desmedida.

Hoy tienden a confederarse entre sí las naciones en lugar de absorberse unas a otras, y esta tendencia es, por una parte, resultado de la organización del Estado, en cada una de ellas, bajo la base del derecho popular, y por otra, del gran aumento de relaciones internacionales, así del Estado como de todos los individuos de cada nación.

Esta doble tendencia a la unidad o, por mejor decir, a la armonía, producirá indudablemente la reducción a puramente económicas las funciones políticas del Estado y la transformación del espíritu de nacionalidad, que significa odio al extranjero, cuando fuera de las fronteras de la patria

concluían todas las garantías y derechos del hombre, en un espíritu mucho más vasto y elevado, más complejo y completo, puesto que, conservando su esencia patriótica, perderá su carácter restringido, estrecho y mezquino, para convertirse en verdaderamente humanitario.

Desde ahora puede asegurarse que esta transformación moral y material del modo de ser de las naciones, así en su organización interior como en sus relaciones recíprocas, que la creación de un órgano político superior, del lazo federal, que una entre sí a todas las naciones, haciendo desaparecer la actual diplomacia, y el desarme de esos innumerables ejércitos de mar y tierra que imponen a los pueblos las desconfianzas de sus gobiernos, corresponderán a la generalización y confederación de las asociaciones obreras, al apogeo de la organización económica del Cuarto Estado, que llevará consigo forzosamente el establecimiento de la república en cada nación y la federación de todas las repúblicas.

A pesar de que algunos de los trabajadores que se asocian no llevan más mira inmediata que las ventajas materiales directas que debe producirles la asociación, la generalización y confederación de las asociaciones, llevarán forzosamente consigo, como lógica consecuencia, la transformación de la economía social y política del mundo en un devenir más o menos próximo, pero sin la cual la civilización permanecerá estancada o retrocederá del feudalismo industrial al teocrático militar.

En vano algunos de los elementos activos de las clases trabajadoras reniegan de la política, creyendo funesta su

acción e influencia y suponiendo que puede prescindirse de ella y que los trabajadores sólo deben ocuparse en su organización económica. Ambas cosas están tan ligadas entre sí, que no pueden, aunque quieran, separarse ni excluirse. La política es el resultado de la organización económica de los pueblos, de tal manera, que basta saber las condiciones de ésta para conocer el estado de aquélla; y recíprocamente, conociendo las instituciones políticas, podrá saberse cuál es la organización económica, entendiéndose que esta organización abraza el modo de ser de la propiedad y las relaciones entre el capital y el trabajo.

Las clases que se organizan económicamente para adquirir y conservar la riqueza y la propiedad, por más que protesten de que no se ocupan de política y que aparenten despreciarla, hacen una obra eminentemente política, porque por este mero hecho se convierten en clases gobernantes: el imperio del mundo perteneció siempre a los hombres asociados y organizados. Así, pues, es obra política toda obra de organización, de agrupación de fuerzas.

También, como ahora muchos trabajadores, las clases medias aparentaban renegar de la política y no ocuparse más que de intereses materiales, cuidándose exclusivamente de la creación de sus empresas industriales, de crédito y de obras públicas, y, sin embargo, gracias a estas asociaciones, con las que acaparaban la circulación de las riquezas y se apropiaban éstas, se encaramaban al poder y dirigían la política de las naciones, modificando las instituciones y las leyes en beneficio propio. Tampoco se ocupaban de política los fundadores de instituciones religiosas, los que levantaban iglesias y conventos,

los que parecían más ocupados en las cosas del otro mundo, dedicándose a sacar almas del purgatorio; pero como hablando del cielo tomaban posesión de la tierra y acaparaban sus bienes, apropiándose una parte de ella y los beneficios de la otra parte por los diezmos y primicias, constituían una fuerza absorbente tan grande, que todos los gobiernos y poderes del mundo cristiano llegaron a no ser más que instrumentos suyos. Por eso la adquisición y conservación de la propiedad, y de la influencia social y política con ella, y el Estado con todos sus atributos, son cosas tan íntimamente ligadas entre sí, que no se conciben la una sin la otra. Para que una clase pueda asociarse, organizarse y acumular riquezas necesita la protección de las leyes.

En vano, por ejemplo, los trabajadores españoles, que hoy se organizan en asociaciones de consumo, de resistencia, de producción o de crédito, comprenderían que su regeneración era imposible sin asociarse y solidarizar sus asociaciones, si una revolución de carácter esencialmente político no les hubiera garantizado el derecho de asociación de que hoy se sirven para organizar sus fuerzas y proceder colectivamente.

¿A qué quedarían reducidas las generosas aspiraciones, la noble ambición de esas clases que con tanto ardor se han puesto a trabajar en su regeneración económica y social, si, restableciéndose definitivamente la monarquía, preponderase otra vez el capital exclusivamente en las esferas del poder y el nuevo rey disolviera sus asociaciones, se apoderara de sus fondos, prendiera, persiguiera y deportara a sus directores y prohibiera para en adelante la creación de sociedades de trabajadores, como hizo Napoleón en Francia en 1852?

En vano dirían los trabajadores que no se ocupaban de política, que ellos luchaban sólo contra la opresión del capital. «Una vez emancipados del capital, os emanciparíais de mí», les respondería el rey.

Por más que sean muchas sus formas y sus apariencias, la opresión no es más que una: la de la ley. Todo abuso, todo monopolio que la ley no patrocina, que no tiene de su parte al poder, puede darse por vencido en un período más o menos largo: los intereses vejados se coaligarán para resistirle y concluirán por vencerle. De aquí que los acaparadores del capital, como los de la religión, sean generalmente gubernamentalistas, enemigos de la libertad.

La política es, pues, no un fin, sino un medio, pero medio indispensable, del que es tanto más peligroso no servirse cuanto que es el principal a que recurren todos los partidos enemigos del progreso y explotadores del pueblo.

La primera condición de éxito para todos los que acometen una empresa es tener el derecho de llevarla a cabo.

Sin duda que entre el derecho de hacer una cosa cualquiera, servirse de él para hacerla y obtener el resultado apetecido hay una gran distancia, y el que se recorran con éxito todos los términos de este trayecto no depende del derecho, sino de la voluntad y de las cualidades de los que lo ejercen y hasta de las circunstancias, que pueden ser favorables o adversas.

Hagan, pues, enhorabuena política propia, exclusivamente suya, las clases trabajadoras; pero no desconozcan la importancia de los medios políticos, no los abandonen a las

otras clases, porque retardarían su emancipación, desviándose del camino recto, que es el más corto y seguro.

La historia de las clases trabajadoras desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días, que vamos rápidamente a bosquejar en las páginas de este libro, demostrará con pruebas irrecusables hasta qué punto las instituciones políticas han influido en la suerte de estas clases y de qué manera las revoluciones pacíficas o violentas han contribuido a su progresiva emancipación hasta conducir las al actual estado en que se encuentran, estado de profunda crisis cuya solución colocará no sólo a la clase obrera, sino a toda la sociedad, en condiciones económicas, sociales y políticas hasta ahora desconocidas, que constituirán la organización social más perfecta que hayan formado los hombres.

Réstanos ahora solamente, para terminar esta introducción, indicar el método con que desenvolveremos en breves páginas el importante asunto de nuestra historia.

La historia de las clases trabajadoras es la de la sociedad entera; pero, para tratarla conforme a las exigencias de nuestro punto de vista, la dividimos en cuatro partes. La primera marcará todas las fases por que, dentro del sistema de esclavitud, han pasado las clases trabajadoras hasta el establecimiento del régimen feudal. La segunda será la historia del siervo pegado al terruño y las diferentes formas y transformaciones de la servidumbre hasta llegar, por la abolición de los derechos señoriales, al régimen de la libertad civil, que convirtió al siervo en proletario. La tercera comprenderá la historia del proletariado, de sus esfuerzos para

organizarse, de sus luchas contra el capital, hasta el momento en que, por la conquista de los derechos políticos y la consignación en las leyes del principio de igualdad, empieza a convertirse de proletario en propietario, por la unión y asociación de sus fuerzas.

En la cuarta describiremos los primeros pasos de las clases trabajadoras en la transformación económica que convierte a sus miembros de proletarios en hombres, en trabajadores verdaderamente libres, en el elemento más activo y absorbente de la sociedad: en propietario y en gobernante

Presentando imparcialmente las profundas y terribles llagas que consumen a las clases trabajadoras en medio de esta sociedad brillante, y rodeadas de los progresos de la civilización moderna, la horrible miseria a que vive sujeta la mayoría de los productores de la riqueza, la esclavitud verdadera a que yace también sujeto el mayor número de ciudadanos en medio de falsas apariencias de libertad, procuraremos hacer comprender a pobres y ricos, y en especial a las clases medias, que hoy tienen todavía en sus manos los destinos del mundo, cuáles son sus deberes y de qué manera pueden contribuir a la regeneración de las clases proletarias, cambiando sus recelos y enemistades en recíproca confianza, y sus luchas insensatas y común ruina, en acuerdo y armonía, en abundancia de todo y para todos.

La historia nos presenta el consolador fenómeno de que generalmente los reformadores de los abusos, los iniciadores de los grandes movimientos religiosos, políticos y sociales salieron de las filas de los privilegiados, de los explotadores de

los abusos. Nunca las clases cuya emancipación sucesiva ha ido formando los escalones del progreso social se han emancipado solas: cura era Juan Huss, frailes eran Savonarola y Lutero, que tremolaron pendones a costa de su vida o de su reposo y de sus intereses, contra el poder de los Papas y la organización eclesiástica de la Iglesia romana. Nobles y grandes señores eran el barón de Holbac, Mirabeau, Canga Arguelles, Toreno, Albaida y miles otros que podríamos citar, y que en el extranjero, como en España, contribuyeron y aun contribuyen a la emancipación del Tercer Estado y aun del Cuarto, a la abolición de los privilegios aristocráticos, a la destrucción del predominio de la nobleza, a la que pertenecieron.

Owen, Fourier, Saint-Simon, Cavet, Luis Blanc y muchos otros grandes reformadores sociales, iniciadores de la gran evolución social de las clases trabajadoras, que tan poderosamente han contribuido con sus escritos a preparar el advenimiento del Cuarto Estado, pertenecían también a la clase explotadora, a ese Tercer Estado, en el que han venido a refundirse las aristocracias vencidas y que resumen hoy los privilegios, monopolios y poder que aquéllas ejercieron sucesivamente.

Comerciante e hijo de comerciantes era Fourier, propietario y gran industrial era Owen, y ambos, sobre todo el primero, han sido los verdaderos apóstoles, los creadores y fundadores del movimiento cooperativo de las clases trabajadoras, enseñándolas que sólo por medio de la asociación aplicada a la producción, circulación y consumo de la riqueza podrían emanciparse del yugo del capital, que la acaparaba, explotando a los productores y a los consumidores.

Las resistencias ciegas de las clases dominantes al cumplimiento de la ley del progreso les fueron siempre fatales; y felizmente para las clases medias, la evolución económica de las proletarias no envuelve fatalmente su ruina.

Antes por el contrario, como esta evolución lleva consigo forzosamente un incalculable aumento de producción, de consumo y de bienestar, de empresas colosales, de obras públicas de todos géneros, de creación de poblaciones nuevas, de cultura de grandes comarcas todavía incultas, de una exuberancia de vida en todas las ramas del árbol social, su experiencia y su instrucción, su capacidad administrativa, las colocarán, naturalmente, al frente de grandes empresas cooperativas, de asociaciones nacionales e internacionales de todos géneros, en las que tendrán honra y provecho que recoger e indemnización, con ventajas incalculables, de lo que dejen de ganar en las mezquinas y odiosas explotaciones más o menos usurarias con que hoy medran a expensas de la miseria de las clases trabajadoras.

Grave es el asunto, inmenso el espacio que nos proponemos recorrer y breve el número de páginas en que debemos condensar nuestro trabajo; pero si la tarea es grande y escasos los recursos de nuestra inteligencia y erudición, la utilidad de la obra, por una parte, y por otra la benevolencia del lector, suplirán a nuestra insuficiencia.

I. LA ESCLAVITUD COMO BASE DE LA SOCIEDAD GRECORROMANA

Cuanto más profundizamos en los oscuros tiempos en que florecieron las primitivas sociedades civilizadas, entre las razas asiáticas, madres de la civilización europea, más duras y miserables encontramos las condiciones a que vivían sometidas las clases trabajadoras.

En la India, lo mismo que en la Persia y que en el Egipto, la ley de castas, inflexible e inmutable, transmitía de padres a hijos las condiciones sociales de los hombres: casta sacerdotal, que se reclutaba siempre entre los hijos de los sacerdotes; casta militar, que se reclutaba siempre entre los hijos de los militares; casta de trabajadores esclavos, que fatalmente transmitían de padres a hijos su degradación y su miseria con su oficio.

En el Egipto, por ejemplo, los hijos del pastor, del guardador de puercos, del minero o del que ejercía cualquiera de las ocupaciones consideradas serviles y degradantes, no podían ejercer otra ocupación que la que sus padres y abuelos habían tenido.

El rey o faraón, en Egipto, era dueño de la mitad de la

propiedad territorial; de la otra mitad, dos terceras partes pertenecían a la casta sacerdotal y la otra a la casta militar.

El esclavo nada poseía; ni siquiera su persona.

Su calidad de trabajador lo envilecía de tal manera a los ojos de aquellas castas parásitas, que estaba excluido de los templos, de las fiestas y ceremonias. Su sombra era maldita. El *sudra* asiático era condenado a muerte si su sombra caía sobre la víctima inmolada en el templo en honor de los dioses. ¡Hasta tal punto inspiraba horror el hombre del trabajo!

Como la cristiana, varias religiones asiáticas consideraban el trabajo castigo impuesto al hombre por los dioses irritados. El trabajo era el signo manifiesto del anatema celeste y la prueba de la degradación del hombre. El envilecimiento, la servidumbre del trabajador era dogma religioso, lo mismo que el origen divino de los reyes. Por eso en todas las sociedades teocráticamente organizadas, fundadas sobre la moral religiosa y la supremacía de la casta sacerdotal, los trabajadores vivieron degradados y sometidos a la servidumbre más inhumana.

Si se tiene en cuenta lo pesado y repugnante del trabajo, de gran parte de las faenas agrícolas, domésticas e industriales en aquellos tiempos en que la mecánica estaba tan atrasada, que el trigo se machacaba entre dos piedras a mano, porque aún no se habían inventado los molinos, y que las fuerzas musculares del hombre eran la única fuerza motriz que movía los instrumentos del trabajo, se comprenderá fácilmente que huyeran de éste todos los hombres que tenían astucia o fuerza para imponer a los otros tan agobiadora carga.

El ejercicio de nuestras facultades individuales y físicas es una necesidad del ser humano; pero el ejercicio voluntario, armónico, en una palabra. Las atracciones están de acuerdo con los medios que para satisfacerlas posee el individuo; mas si tenemos atracción a ejercitar nuestras fuerzas morales y físicas por actos espontáneos de nuestra voluntad, inspirada en las necesidades que nos aguijonean, sentimos, en cambio, repulsión vivísima, invencible a veces, hacia el ejercicio constante, monótono, uniforme y forzado de esas mismas facultades, para las que el movimiento y la acción son condiciones de vida. ¿Qué tiene, pues, de extraño que se huyera de los trabajos groseros y que éstos fueran considerados como una pena, como un castigo impuesto a nuestra especie, que no podía vivir ni prosperar sobre la tierra sino a condición de producir lo necesario con tan duras condiciones?

Por esto, los que una vez se habían librado, oprimiendo a sus hermanos, del terrible castigo del trabajo, procuraban asegurar el mismo beneficio para sus descendientes, vinculando en sus familias y castas la propiedad con las profesiones que, como el sacerdocio y la milicia, les aseguraban la conservación de su privilegio.

La emancipación de la esclavitud se operó por categorías de trabajadores a medida que los instrumentos del trabajo se fueron perfeccionando, y por eso los últimos esclavos, como los últimos siervos, fueron y aún son los cultivadores de la tierra, cuya explotación, bajo el punto de vista del progreso mecánico, ha sido y es aún, generalmente considerada, la más atrasada de las industrias creadas por el hombre.

Desde su origen vemos a las antiguas y célebres repúblicas griegas basadas en la esclavitud, siquiera el nombre dado al esclavo y las condiciones a que le sujetaban las leyes y las costumbres difiriesen mucho de unas a otras.

Llamábase el esclavo *ilota* en Lacedemonia; *gimnita*, en Argos; *peneste*, en Tesalia, y *clorato*, en Creta. Pero estas diferencias de nombres y de condiciones no impedían que a todos cuadrara perfectamente la clasificación de hombres que sólo vivían para trabajar en beneficio de un amo, al que pertenecían como bestias de carga.

La explotación del hombre por el hombre estaba consagrada por las leyes, por las costumbres y hasta por la filosofía; los más grandes pensadores de aquella sociedad culta y refinada no comprendían el orden social sin la esclavitud.

Aristóteles, Platón, Eurípides y muchos otros sabios que podríamos citar no pudieron concebir nunca la existencia de una sociedad en la que el trabajador dejara de ser esclavo, pues creían que el no trabajar era la primera condición del hombre libre.

«La Naturaleza –decía Eurípides– ha destinado los griegos a ser libres y los bárbaros a ser esclavos.»

Aristóteles no era menos explícito cuando decía:

«Es evidente que unos nacen *naturalmente* libres y otros *naturalmente* esclavos, y para éstos la esclavitud es tan útil como justa...

»Cuando se es inferior a sus semejantes *tanto como el cuerpo lo es al alma*, el bruto al hombre, condición de todos aquellos que no tienen más cualidades que las de sus fuerzas físicas, la *esclavitud, es natural*. Para estos hombres, lo mismo que para los demás seres de que acabamos de hablar, lo mejor es someterse a un amo.»

Tanto llegaron a identificarse los griegos con la idea de la degradación que el trabajo llevaba consigo, que el hombre libre que se veía obligado a ejercer un trabajo manual por cualquier circunstancia, quedaba deshonrado, por lo que preferían, en caso de desgracia, ser ladrones en cuadrilla a ponerse a trabajar.

Cicerón, en su obra titulada *De los deberes*, declaró todos los oficios indignos del hombre libre, y decía que sólo el comercio podía permitirse a los ciudadanos, y esto a condición de que se enriquecieran pronto y emplearan sus beneficios en tierras.

A pesar de estas severas prescripciones de los sabios, de las leyes y de las costumbres, los hombres libres tenían que dedicarse algunas veces a ejercer ciertas profesiones industriales; pero si no las abandonaban pronto concluían por caer en la misma condición degradada que los esclavos.

Los artistas y los comerciantes, aunque fuesen hombres libres, no eran ciudadanos en Atenas, y en Tebas perdía sus derechos de ciudadano durante diez años cualquiera que se ponía a ejercer una profesión industrial.

La libertad tiene para los antiguos un sentido distinto del que tiene para los modernos. Según aquéllos, el verdadero hombre

libre era el que podía disponer de su tiempo según su voluntad, cambiando de ocupación o entretenimiento a medida de su deseo; en una palabra, el hombre que se pertenecía a sí mismo. Esta libertad era incompatible con las condiciones generales del trabajo, y en aquellos tiempos lo era mucho más que en los nuestros. Hoy la libertad tiene un carácter más moral que material: nos atenemos más al principio que a la realidad; y aunque, esclavo de la necesidad, el hombre libre tenga que pasar su vida dentro de una mina o que trabajar en un oficio repugnante, malsano y peor retribuido, doce, trece y hasta catorce horas diarias, no se le considera por eso esclavo, porque no es la ley quien le obliga, porque puede buscar otro amo si no le van bien con aquel a quien sirve y, en definitiva, expatriarse si no quiere someterse a las duras condiciones que con frecuencia impone el capital al trabajo.

En la antigüedad el tirano del trabajador era la ley; la necesidad de conservar la existencia a trueque de vender a un amo su tiempo, su inteligencia y su fuerza, que son su vida, es la tiranía que oprime al trabajador moderno, al siervo emancipado y convertido en proletario.

La diferencia que existe entre las condiciones a que vivían sometidos los trabajadores en la antigüedad y a las que hoy se ven sujetos es grande, inmensa, pero más moral que real.

El progreso verdadero consiste en haber desaparecido, lo mismo de las leyes que de la opinión pública, los anatemas, las prescripciones y las preocupaciones que pesaban sobre el trabajo y el trabajador, que por serlo sufre todavía la miseria, pero no la deshonra ni el envilecimiento.

El desprecio de los antiguos dominadores del mundo hacia el trabajo manual procedía tanto de la rudeza en la manera de ejecutarlo por falta de instrumentos mecánicos como de servirle de base la esclavitud. *Todo trabajador debía ser esclavo, porque todo esclavo era trabajador.*

Por eso lo que más admiraba Plutarco en las leyes de Licurgo era que dejaba a los ciudadanos todo su tiempo disponible, prohibiéndoles que ejercieran ningún oficio ni profesión manual.

* * *

No sólo se transmitía de padres a hijos la esclavitud, perpetuándose, sino que se aumentaba con frecuencia con grandes masas de hombres libres reducidos a la esclavitud y al trabajo forzado, tanto por las guerras de pueblo a pueblo como por las luchas intestinas.

Así vemos al faraón Amenophis reducir a esclavitud al pueblo hebreo establecido en Egipto, obligando a centenares de miles de familias, que durante más de cuatrocientos años habían vivido del pastoreo patriarcalmente, a trabajar en las minas, a cultivar la tierra, a fabricar ladrillos, construir casas y fortificaciones para el Estado. Y a aquellos mismos hebreos fugitivos del Egipto para recobrar su libertad y reconstituir su nacionalidad, guiados por Moisés, conservar en la esclavitud, no sólo a las gentes de otros países sometidos por ellos, sino a las personas de su misma raza. Los padres vendían a los hijos; los hermanos se vendían unos a otros.

Salomón empleó 53.600 esclavos para construir su famoso

templo. Pero ¿qué mucho si Jesucristo, el mismo reformador de los dogmas de los hebreos, no encontró una palabra que decir contra la esclavitud, y él, que decía a sus discípulos que vendieran sus bienes y repartieran el producto a los pobres, no dijo nunca a los amos de esclavos que los pusieran en libertad, ni los condenó porque los retuvieran en la esclavitud? ¹.

Y es que para Jesucristo la libertad era cosa puramente espiritual. El hombre libre no era para él el que podía disponer de su persona, sino el que profesaba ciertas creencias religiosas, pudiendo en realidad ser más libre el esclavo con sus cadenas que su propio amo. Según el fundador de la religión cristiana, el hombre no realizaba en esta vida su destino, sino en la otra, y su gloria eterna era más probable cuantos más padecimientos sufría aquí: la esclavitud era, por tanto, para Cristo, lo mismo que la pobreza y las enfermedades, méritos que contraían los hombres y no desgracias verdaderas. Están, pues, en un error los que han creído que el cristianismo emancipó los esclavos.

* * *

Las condiciones a que vivían sujetos los esclavos, lo mismo en las sociedades asiáticas que en las europeas del mundo antiguo, eran horribles. El esclavo era menos que vil, puesto que no era nada. La ley lo consideraba como una cosa mueble, venal, transmisible.

1 Hay que observar que la opinión de Garrido no conoció posteriores estudios Cristológicos que la desmientan. El cristianismo es un fenómeno que hay que considerarle en su totalidad y no en un punto concreto –la esclavitud–, que si bien no es tratado directamente por los evangelios, su rechazo y denuncia entran dentro de la coherencia de la predicación de Jesús. (*N. del E.*)

Las leyes de Atenas condenaban a muerte al que asesinaba a un esclavo, si éste no le pertenecía, por destructor de una propiedad ajena; pero no le imponían pena alguna si mataba a su propio esclavo, porque todos tenían el derecho de usar y abusar de su propiedad.

Las leyes de Roma, hasta el reinado de Sila, que introdujo las leyes griegas, sólo condenaban al asesino del esclavo a pagar a su dueño lo que le había costado.

Otra ley, romana también, determinaba la indemnización pecuniaria que debía darse al ciudadano a quien hubiesen matado un esclavo: una caballería mayor o menor, una res o cualquier otro animal de los que pudieran formar parte de un rebaño.

La posesión de los rebaños humanos daba lugar a multitud de pleitos y procesos, con gran provecho de abogados y de jueces.

Los mercaderes de esclavos corrían tras de los ejércitos para comprar los cautivos y prisioneros a los vencedores, como las aves de rapiña seguían a los verdugos a caza de carne humana, y los llevaban luego a vender por campos y ciudades.

Toda ciudad tenía su mercado de esclavos; pero, a pesar de que los exponían al público, sin distinción de sexo ni edad, enteramente desnudos, y que los compradores podían examinarlos y someterlos a toda clase de pruebas para asegurarse de su edad, salud y perfección física, los mercaderes sabían darles gato por liebre, aderezándolos como hacen los gitanos en nuestras ferias con las caballerías. Cuando el

comprador encontraba que había adquirido una plepa, acudía al juez y comenzaban los interminables litigios.

La unión de los sexos no se verificaba entre los esclavos como entre los demás hombres, sino como entre los animales; el amo hacía cubrir la esclava por el esclavo, como la oveja por el morueco, y en cuanto estaba fecundada los separaba. El hijo de esta unión brutal no tenía padres; tenía un amo desde el momento en que nacía. Por lo tanto, no existía para los esclavos ninguna de las prescripciones establecidas por la moral y las costumbres respecto al ayuntamiento de individuos de la misma familia.

Los hermanos y las hermanas, los padres y las hijas, los hijos y las madres cohabitaban a voluntad de sus dueños, y esto se comprende, puesto que en realidad allí no había lazos de familia ni de moral ni podían, por lo tanto, distinguirse las relaciones de parentesco. La crueldad de la ley en este punto llegaba hasta esclavizar a los hijos y a la esposa del hombre libre que por una circunstancia cualquiera caía en la esclavitud, y si una mujer libre se casaba con un esclavo, por este mero hecho pasaba a ser propiedad del dueño de aquél.

El emperador Constantino dictó una ley condenando a muerte a las mujeres libres que se entregaban a un esclavo y a éste a ser quemado vivo.

La ley era poco menos bárbara con los hombres que con las mujeres, pues al hombre libre que se casaba con una esclava lo condenaba a la confiscación de todos sus bienes y a la deportación.

No concedía la ley el menor derecho político ni civil a los esclavos, ni aun podían heredar ni recibir dones de nadie, pues si la ley no prohibía al hombre libre legar o dar a los esclavos lo que quisiera, exigía al mismo tiempo que fuera el amo y no el esclavo quien lo recibiera y guardara. Lo mismo sucedía con su propio peculio. Si durante el tiempo en que su amo no lo ocupaba, el esclavo producía o ganaba algo, no podía guardarlo ni darlo a nadie sino con el consentimiento explícito de su dueño, que generalmente se lo apropiaba a título de depositario.

No sólo el esclavo no tenía ni voz ni voto en ninguna parte, sino que de todos los actos solemnes estaba proscrito, y en todas aquellas cosas a que la sociedad daba más importancia, como eran, por ejemplo, el templo y el campamento, el esclavo no podía presentarse.

Al empezar las ceremonias religiosas, el guardián, agitando el látigo, gritaba que la presencia de los esclavos en aquel sitio estaba prohibida, y que si alguno había penetrado por casualidad, que se retirara si no quería ser severamente castigado.

Si seguían a sus amos al combate, los esclavos sólo podían hacerlo como bestias de carga; pero si se atrevían a mezclarse con los soldados, el castigo era terrible. Uno de ellos fue arrojado desde la roca Tarpeya en tiempo de los triunviros por habersele encontrado entre los soldados de una legión romana.

No podían los esclavos pedir justicia al juez ni denunciar un

crimen, y decía la ley que sólo para declarar a petición de hombres libres podían comparecer ante los jueces, pero puestos en el potro y empezando para que declarasen por darles tormento.

Al esclavo no le era permitido denunciar crímenes a la justicia; si se atrevía a hacerlo, se le castigaba severamente, y su delación no tenía el menor valor; pero si delataba a su amo, aunque el crimen fuese cierto, el esclavo era condenado a muerte.

En los últimos tiempos del imperio romano los esclavos fueron autorizados para denunciar a sus amos de los crímenes de adulterio, de defraudación del fisco, de incesto y de lesa majestad, quedando emancipados si el crimen era cierto.

En Roma había una legislación especial para castigar a los esclavos, no por delitos, sino por las faltas más leves, por cualquier acto contrario a la voluntad de sus amos. Al hablador le quemaban la lengua; las manos, al perezoso o torpe, y al goloso, el vientre. Si podían echar la mano al que se escapaba, lo menos que hacían era colgarle al cuello un letrero e imprimirle en la cara una marca con un hierro ardiente. Con frecuencia les cortaban un pie y los mandaban a trabajar a las minas.

Decía Platón en una de sus leyes que el esclavo que matase a un hombre libre, aunque fuera en defensa de su vida, debía imponérsele el castigo de los parricidas. Clavábanlos vivos en una cruz y los dejaban morir.

Otras veces los arrojaban entre las piedras de un molino o les

cubrían la cabeza de pez derretida y luego les pegaban fuego, y por último, cortábanles los pies y las manos, las narices, los labios y las orejas, y en tal estado los abandonaban a su suerte.

El esclavo no era sólo justiciable como los demás hombres por la ley y los tribunales que la ejecutan; su amo era también su juez, y además de que el amo podía hacer lo que quisiera de su víctima indefensa e inerme, todavía las leyes tenían por objeto la protección del amo contra el esclavo.

La ley romana decía que si un ciudadano era asesinado en su casa y sus esclavos no denunciaban al asesino, todos, sin distinción de sexo ni edad, serían condenados a muerte; y hubo caso en que, por consecuencia de esta ley, 400 esclavos de todo sexo y edad que no denunciaron al asesino de su amo murieron en medio de los más terribles suplicios.

La misma Roma, acostumbrada a ver derramar la sangre humana, se conmovió ante aquella horrible carnicería; pero Casio defendió la ley en el Senado, concluyendo su discurso con esta frase:

«Siempre hay algo de injusto en todo gran ejemplo; pero la iniquidad cometida con algunos se compensa con la utilidad de todos.»

II. CLASIFICACIÓN DE LA POBLACIÓN EN LAS SOCIEDADES GRECORROMANAS

Por un error difícil de explicar, los historiadores, durante mucho tiempo, nos han presentado las repúblicas de la antigua Grecia como grandes modelos de organizaciones políticas populares, cuando en realidad no hubo nunca gobiernos más aristocráticos, oligarquías más opresoras que las de Esparta y Atenas y las de las otras repúblicas contemporáneas de éstas. Baste decir que la población de la famosa república de la Ática se componía de 20.000 ciudadanos, 40.000 extranjeros y esclavos emancipados y 400.000 esclavos.

Los primeros gobernaban y gozaban, los segundos especulaban y comerciaban, y los terceros producían las riquezas como agricultores, jornaleros, trabajadores de las minas y marinos.

En Esparta la desproporción no era tan enorme, aunque también grandísima, puesto que los ciudadanos no pasaban de 45.000 y sus esclavos llegaban a 195.000, siendo 150.000 el número de los intermediarios libres, aunque excluidos de todo

derecho político. Así vemos que en la batalla de Platea tomaron parte 5.000 espartanos, llevando a sus órdenes 35.000 ilotas o esclavos, y 5.000 lacedemonios, seguidos de un esclavo cada uno, lo que hace 40.000 esclavos para 10.000 hombres libres.

A pesar de toda su severidad de costumbres, los espartanos despreciaban el trabajo más aún que los atenienses, porque éstos al fin, como aficionados a las artes liberales, no desdeñaban sus trabajos ennoblecidos.

El carácter relativamente dulce de los atenienses, comparado con el de los espartanos, hacía menos desgraciada, aunque no fuera menos odiosa, la vida de sus esclavos. En cambio, la corrupción de las costumbres era mucho mayor en Atenas que en Esparta, y la esclavitud era un cáncer que contribuía a agravar la corrupción.

Cuando la esclavitud procede de la conquista de una raza inferior en inteligencia y belleza por otra relativamente superior en ambas cosas, la mezcla de estas razas es tanto más insignificante cuanto que es mayor la diferencia física e intelectual que las separa, y aunque no la justifica, explica la esclavitud; pero cuando, como sucedía en Grecia, la esclavitud no procedía de estas causas, sino de la victoria de unos griegos sobre otros, y ni moral, física ni intelectualmente había más diferencia entre señores y esclavos que la establecida por la ley, que sometía los unos a los otros, la esclavitud tomaba, si cabe, un carácter mucho más odioso y repugnante, dando lugar, lo mismo en las costumbres públicas que privadas, a los más monstruosos excesos.

Las sociedades griega y romana nos ofrecen, consideradas bajo este aspecto, el espectáculo más odioso y repugnante.

El desprecio que les inspiraban los esclavos era tan grande, que obraban y hablaban delante de ellos absolutamente con la misma libertad que si estuviesen solos. La prostitución de los esclavos, sin distinción de sexo, estaba admitida y era considerada cosa tan natural, que a nadie escandalizaba; sus dueños traficaban con las esclavas hermosas y se las regalaban para su uso; así vemos en la *Ilíada* que, para calmar la cólera de Aquiles, Agamenón le prometía mandarle siete hermosas esclavas de Lesbos, que él mismo había escogido. La mayor parte de los héroes de la *Odisea* tuvieron hijos de sus esclavos, sin excluir el mismo Menelao, cuya mujer pasaba por la más hermosa de la Grecia.

Atenas estaba llena de esclavas cuyos amos comerciaban con su prostitución. Habíalas que eran alquiladas por 3.112 reales, y subiendo desde este precio ínfimo, llegaban a producir en una sola noche a sus dueños 35.000 reales; tal era el precio de la prostitución, durante una noche, de la célebre Lais.

Las viejas y las feas, juntas con los hombres, hacían los trabajos del menaje, cultivaban la tierra, sacaban agua de los pozos, metales de las minas y remaban en las galeras. Y cuando llegaban las épocas de las guerras terribles que se hacían unas a otras las repúblicas griegas, los hombres robustos eran sacados de las minas y de los campos para ir a morir en defensa de sus amos y aumentar, si vencían, el número de los esclavos.

Cuando Tebas cayó en poder de Alejandro, 30.000 habitantes de aquella ilustre ciudad fueron vendidos en pública almoneda al precio medio de 700 reales de nuestra moneda cada uno. Los habitantes de Tiro salieron aún peor librados, porque 30.000 fueron convertidos en esclavos y 2.000 crucificados vivos.

Homero nos da muchas pruebas de la multitud de esclavos que llenaba la Grecia, de uno a otro extremo, desde los tiempos más remotos. Sus noticias nos revelan también la organización de la industria en su patria hace más de dos mil años.

Según dicho autor, el rey Alcibión, que era uno de los 13 jefes de los feacianos, tenía en su palacio 50 esclavas empleadas en moler el trigo que comía la familia real y en hilar y tejer la lana de que se vestía.

Penélope tenía también 50 esclavas en su palacio, de las cuales 20 se ocupaban en traer agua, 12 en machacar el trigo y 18 en hilar y tejer la lana de que hacía sus vestidos.

El padre de Demóstenes, el ilustre orador, dejó a éste una herencia de 53 esclavos y dos fábricas en que ellos trabajaban, una de espadas y otra de camas.

Los 30 primeros fueron apreciados en 1.080 reales cada uno, y le daban un producto anual de 10.000 reales, lo que hace un beneficio neto del 35 por 100. Los otros 20 fueron apreciados en 720 reales, y juntos le producía 4.320, lo que hace un 30 por 100.

Estos precios eran los de los esclavos empleados como obreros industriales; y si bien había otros cuyo precio era menor, había muchos que costaban infinitamente más caros.

Según Plauto, un esclavo de preferencia, escogido, valía más de 4.000 reales, y una joven bonita destinada a la prostitución costaba en Atenas de 16 a 20.000 reales.

Para alcanzar estos altos precios de los jóvenes hermosos de ambos sexos, los mercaderes de esclavos agregaban al atractivo de la belleza una educación especial a fin de hacerles maestros consumados en todos los refinamientos de la lujuria.

Platón fue esclavo en Sicilia, y para devolverle la libertad pagaron por él a su dueño 10.400 reales. ¡Menos que lo que se pagaba por una prostituta!

Los sacerdotes del paganismo, como después los del cristianismo, poseían también gran número de esclavos que trabajaban para ellos; pero unos y otros eran gente diestra y tenían cuidado de decir que eran esclavos de los templos y no de los sacerdotes. El templo de Comana, en Capadocia, tenía 6.000 esclavos, y 3.000 el de Morimene. Estos producían con su trabajo una renta de 1.008.000 reales.

La riqueza se medía por el número de esclavos. Según Platón, un hombre medianamente independiente no podía tener menos de 50. Escauro tenía 8.000, la mitad en la ciudad y la otra mitad en el campo, y Demetrio tenía tantos, que, según cuenta Séneca, todas las noches le presentaban un estado de alta y baja.

Nada era comparable al horror de la suerte de los esclavos de Esparta. Los espartanos se trataban a sí propios y a sus hijos con una dureza que rayaba en crueldad; ya puede imaginarse cómo tratarían a sus esclavos; dormían éstos en calabozos y encadenados, guardados por vigilantes que les impedían hablar. El miedo y la desconfianza que inspiraban a sus amos llegaban al extremo. Por las menores faltas los hacían morir en suplicios horribles. Dábanles de comer poco y malo y no temían extenuarlos por el trabajo, porque esperaban reemplazarlos con nuevos cautivos. Cuando algún esclavo sobresalía por su fuerza o por su inteligencia, secretamente lo hacían matar, temerosos de que se hiciese partido y llegara a ser jefe de alguna conspiración contra ellos.

En una ocasión debieron una gran victoria que salvó a Esparta de la ruina, al heroísmo de un cuerpo de 2.000 esclavos, y el mismo día que éstos entraron triunfantes en la ciudad fueron invitados a cenar para celebrar su victoria y su valor a casa de los ciudadanos, que los repartieron por pequeños grupos y los asesinaron después de emborracharlos. ¡Ingratitud y crimen horrendos, hijos del miedo!

A pesar de tantos rigores y justamente a causa de ellos, fueron frecuentes y terribles las insurrecciones de los ilotas. Nadie dormía tranquilo, y para amos y esclavos era una lucha terrible que no cesaba ni en el hogar doméstico ni aun en las horas consagradas al descanso y al sueño.

La vida del esclavo en Esparta no sólo pertenecía a su dueño, sino a todo el mundo: como signo de humillación, los esclavos llevaban un tonelete y una montera de piel de perro.

La educación de la juventud se hacía a expensas de los esclavos; para enseñar a sus hijos a matar, los espartanos soltaban en el campo a los parias cuyo trabajo ya no podían utilizar por enfermedad u otra causa, y lanzaban sobre ellos a sus muchachos para que, sirviéndoles de blanco, aprendieran el ejercicio de las armas y los remataran por último con sus lanzas, flechas y espadas.

El esclavo que por sus maneras o vestidos se asemejaba al hombre libre era condenado a muerte, y su dueño debía pagar una multa.

No sólo castigaban los espartanos a los esclavos que cometían la menor falta, sino a los inocentes, pues para que tuvieran siempre presente su condición servil, azotaban una vez al año todos los esclavos públicamente.

A este propósito dice Plauto:

«Es necesario que el esclavo tema siempre, y aunque su conducta sea irreprochable, debe maltratársele para que no olvide que éste es un derecho que el amo tiene sobre él.»

Ya hemos visto que en Roma se quitaba la vida a todos los esclavos de un ciudadano que hubiera sido asesinado en su casa si no se descubrían los culpables verdaderos; pues todavía era más atroz a este respecto la ley de Esparta.

Los esclavos no sólo debían ser sumisos y obedecer cuanto sus amos les mandaran; debían además darles muestras de cariño y sacrificarse por ellos, exponiendo su vida en cualquier

trance por salvarlos. Si el amo se suicidaba, se mataba a los esclavos por no haberlo impedido, y si lo impedían, el amo los mataba por haberse opuesto a su voluntad.

* * *

La terrible aristocracia espartana, dueña del territorio nacional y de sus habitantes, fiera y belicosa, cruel con todos y rígida consigo misma, se extinguió poco a poco por su odio a los extranjeros y por su desprecio hacia el trabajo y hacia los esclavizados trabajadores. Y después que se habían apoderado de todo, hombres y cosas, y que, dominando gran parte de la Grecia, creyeron eternizar su imperio, concluyeron por desaparecer en poco más de un siglo aquellos déspotas disfrazados con el título de ciudadanos.

Ocho mil ciudadanos de Esparta tomaron parte en la batalla de Maratón; a la de Leuctres no pudieron llevar más que 700, de los que perecieron 400 en el campo de batalla.

La historia nos muestra desde los tiempos más antiguos que las castas dominantes que viven separadas del pueblo se debilitan, roídas interiormente, en medio de sus prosperidades, por un mal secreto que agota en ellas la fuente de la vida.

Sea la que quiera la causa de este fenómeno natural, no puede ponerse en duda la extinción prematura de las castas aristocráticas, precisamente cuando su poder parece debería garantizarles una gran duración, ya que no la perpetuidad.

Así vemos bajo los Césares desaparecer, para ser reemplazadas por hombres nuevos, las antiguas familias del

patriciado romano, tan arrogantes y que tan duras habían sido con el pueblo. Así vemos a la nobleza veneciana, tan exclusiva en su dominación, reducida por la muerte, que no era compensada por el número de los nacimientos, obligada, para no extinguirse, a reemplazar en el Senado sus grandes hombres con los nobles del campo, inscribiendo en el libro de oro sus nombres ignorados.

De la robusta aristocracia de los varones normandos, que conquistaron Inglaterra en una batalla, apenas quedan dudosos vestigios, absorbidos entre la masa de procuradores y de judíos agiotistas que llenan los bancos del Parlamento. De la misma manera se extinguió la formidable aristocracia francesa, que contaba en otro tiempo 70.000 familias de señores feudales.

¿Y qué diremos de las aristocracias aragonesa y castellana? Aquellas castas orgullosas han venido extinguiéndose, muriendo de inanición, hasta quedar reducidas a algunas docenas de familias que acumulan los títulos de muchos centenares de ellas que se extinguieron.

Parece que hay una ley que esteriliza el orgullo, impidiendo que se perpetúe la opresión por la extinción de los opresores. Aunque vivían de la esclavitud y por la esclavitud, que creían muy natural, cuando caían bajo el yugo del vencedor, que los esclavizaba, los griegos ponían el grito en el cielo, protestando altamente contra la odiosa esclavitud. Pero, cuando ellos eran los vencedores, no dejaban de esclavizar a los otros, sometiéndolos a la condición más vil y a los trabajos más duros y repugnantes.

Los poetas de Atenas ponían en escena la destrucción de Troya, y en boca de los vencidos estos anatemas contra la esclavitud:

«Y deberemos renunciar –decían las troyanas– a nuestras ocupaciones más agradables, al cuidado de nuestros hijos, para cargar con los trabajos más penosos y repugnantes, para participar del lecho de un griego odioso y llevar en la tierra de los dóricos el yugo de la esclavitud.»

Plauto expresa los mismos sentimientos que el dramaturgo Eurípides, con no menos energía:

«La Naturaleza –dice en su *Auluzana*– nos ha creado a todos libres; todos amamos la libertad instintivamente; el peor de todos los males, el más espantoso, es la servidumbre...»

III. TRATAMIENTO Y EMPLEO QUE SE DABA A LOS ESCLAVOS.

PRIMERAS SUBLEVACIONES

La legislación romana nos ha conservado datos curiosísimos respecto a la esclavitud. Ya hemos visto que el que mataba a un esclavo *u otro animal cualquiera* sin motivo y no siendo propiedad suya, debía pagar al amo su valor; pero en éste iban comprendidas, además, las pérdidas que les causara la muerte del animal o del esclavo. Por ejemplo, si el esclavo asesinado debía recibir una herencia, que, según la ley, había de pasar a manos del amo, el matador del esclavo debía pagar el valor de la herencia, además del precio del difunto. Si de dos esclavos cómicos o músicos, que trabajaban acompañándose, mataban a uno, además del precio del muerto debían pagar al amo la disminución del valor del que quedaba vivo.

Si por casualidad los esclavos romanos llegaban a viejos, los arrojaban a un islote del Tíber consagrado a Esculapio, donde morían faltos de todo recurso.

Ya hemos visto también la manera atroz con que los espartanos trataban a sus esclavos y las precauciones que tomaban contra ellos, temerosos de su venganza. Pues en Roma las relaciones entre amos y esclavos eran semejantes a

las de Esparta; trabajaban encadenados y encadenados dormían en los ergástulos, cuerdas semejantes a las de nuestros presidios, la mayor parte de las veces subterráneas, donde vivían sometidos a capataces feroces, de cuyas manos no se caía el látigo.

Los esclavos que, como los porteros, ejecutaban su trabajo en un punto fijo, estaban encadenados y amarrados a una argolla, y todo dueño de esclavos tenía en su propia casa su prisión o calabozo subterráneo, donde los encerraba y los castigaba.

En Grecia era un lujo y signo de riqueza poseer los esclavos por centenares, aunque no faltaba quien tuviese más; pero en Roma eran muchos los particulares que los contaban por miles.

Esta clase, que componía la mayoría de la población y que la trataban de manera tan indigna, era, sin embargo, la más necesaria. No solamente sin aquellas masas de trabajadores esclavizados la agricultura y la industria fueran nulas, sino que los oficios, las artes y las ciencias, que estaban también en sus manos, no existieran sin ellas. La historia antigua nos muestra grandes geómetras, filósofos, médicos, oradores, arquitectos y gramáticos sometidos al yugo de la esclavitud, lo mismo que los trabajadores de las minas y los cultivadores de las tierras.

* * *

Si la historia no las consignara de una manera irrefutable, parecerían invenciones diabólicas las monstruosidades que engendraba el sistema de la esclavitud.

Cuenta Séneca que habiendo un esclavo roto una copa de cristal, su amo, Palion, lo hizo arrojar vivo al estanque donde criaba las morenas destinadas a sus suntuosos banquetes, y como estos peces, alimentados con carne humana, fueran hallados por el anfitrión y sus huéspedes de mejor gusto que antes, los golosos sibaritas tomaron la costumbre de alimentar las morenas con carne de esclavos.

El emperador Augusto hizo crucificar en los palos de su galera a un esclavo suyo llamado Eros porque se comió una codorniz.

Nerón inventó para sus jardines, que recorría embriagado, con sus concubinas, después de sus orgías, entregándose en ellos a los más repugnantes excesos de la lascivia, una clase de iluminaciones cuya descripción inspira horror. De trecho en trecho colocaba esclavos amarrados a postes y los cubría de una espesa capa de pez o de alquitrán, rodeándolos después con haces de paja, a los que pegaban fuego.

De esta manera producían una viva llama y morían achicharrados en medio de tormentos horribles, dando alaridos espantosos, que contrastaban con las báquicas canciones y lúbricos gritos del tirano y de sus mancebos y concubinas...

Delante del amo el esclavo no podía toser ni estornudar; sus amos le hablaban por monosílabos, y ellos no debían hablar más que para responder a sus preguntas.

Adriano fue el primer emperador romano que puso restricciones al derecho de vida y muerte que tenían los amos sobre sus esclavos. Justiniano y Antonino confirmaron las leyes

de Adriano; pero las costumbres sobrevivieron a las leyes durante siglos, aun después que el año 1073 de nuestra era el emperador Miguel Lucas abrogó radicalmente el derecho de los amos a matar a sus esclavos.

* * *

No bastando ya a los patricios romanos que los esclavos trabajasen para alimentarlos, vestirlos y alojarlos, para divertirlos y servirles de instrumento, prostituyéndolos a los vicios más vergonzosos, inventaron el que se matasen unos a otros a centenares y a miles para gozar en aquellas horribles matanzas, en aquellas luchas del circo, en las que peleaban y morían sólo por dar gusto a sus amos. De esta manera convirtieron el asesinato en público espectáculo.

Por todas partes se establecieron escuelas de gladiadores, en las que a millares de esclavos se les obligaba a ejercicios físicos violentos y a los de las armas, alimentándolos de una manera conveniente para desarrollar sus fuerzas a fin de que en un día dado fuesen a morir en la arena combatiendo unos con otros para despertar, con las peripecias de este sangriento espectáculo, las embotadas sensaciones de un pueblo gastado por los deleites del vicio.

Estos espectáculos pusiéronse en moda, y se construyeron circos con cien mil asientos para que todos los hombres libres, todos los ciudadanos, tuvieran en ellos su plaza conveniente.

Para dar gracias a los dioses de una victoria, para implorarlos después de una derrota, para que el pueblo se distrajera de los horrores del hambre o de la epidemia, con cualquier pretexto,

se improvisaban en el circo aquellas especies de sacrificios universales, en los que los esclavos derramaban a torrentes su propia sangre.

Como la tauromaquia en nuestros tiempos, los combates del circo fueron un *arte* sujeto a severas reglas, y los gladiadores estaban clasificados en una porción de categorías que correspondían al papel que debían desempeñar en aquellos dramas sangrientos. Llamábanse *bestiarios* los destinados a combatir con las fieras; *retianos*, los que llevaban una red para envolver en ella a su adversario, que estaba armado de una espada, y suplentes, los que no debían batirse sino ocupando el puesto de otro que hubiera caído muerto. ¡Desgraciado el gladiador que no caía en una actitud noble, dando muestras de valor! En este caso el público pedía a gritos su muerte, obligando al vencedor a rematarlo dándole el golpe mortal; pero, en caso contrario, pedía, y generalmente obtenía, su emancipación si sus heridas eran curables o si podía salir del circo por su pie.

Sobre el derecho del público estaba, sin embargo, el del amo, y si éste le había condenado a morir, la víctima no hacía más que cambiar de suplicio. La muerte, que no había sabido darle la espada del otro esclavo, la recibía de las garras y los dientes de las fieras, que lo acababan de matar y lo devoraban en presencia del público.

Y no se crea que era pequeño el número de las víctimas inmoladas en aquellos sangrientos e inhumanos espectáculos, que llamaban *juegos* del circo y que duraron seiscientos años.

En uno de aquellos *juegos* dado por Sila, el tirano, lucharon 100 leones contra 100 gladiadores, y en otro, ofrecido por Pompeyo, los combatientes fueron 600 fieras contra otros tantos esclavos.

El dictador César hizo luchar simultáneamente 400 esclavos contra 400 leones.

Nombrado edil Escarro, dio una fiesta en la que lucharon 150 panteras africanas contra 150 esclavos.

Temeroso de quedar oscurecido Pompeyo, hizo que combatieran 410 panteras con otros tantos gladiadores.

Además de los esclavos destinados a combatir en la arena del circo, llevaban también a éste los condenados a muerte por los tribunales o por sus dueños, los clavaban en una cruz frente a las jaulas de donde las fieras salían para que se dispusieran al combate, desgarrando y devorando aquellas víctimas indefensas.

Tras los juegos en que luchaban los hombres con las fieras, seguían aquellos en que luchaban los esclavos unos con otros, armados de toda clase de armas blancas.

Dividíanse los juegos en actos o jornadas, en cada uno de los cuales combatían de diferente manera y con distintas armas. Los heridos y los muertos quedaban en la arena hasta el fin de los juegos, que duraban todo el día, interrumpiéndose sólo para tomar un refrigerio.

El emperador Augusto, durante su reinado, presentó en la

arena de los circos romanos más de 10.000 gladiadores; pero Julio César empezó por presentar de una sola vez 640. Este emperador fue el fundador de las escuelas de gladiadores por cuenta del Gobierno.

Imagínese el lector aquella inmensa arena cubierta de sangre, de cadáveres y de heridos en el momento en que el público se retiraba, y creemos sea imposible imaginarse nada más aterrador y horroroso ni aun en un campo de batalla.

Un testigo ocular refiere de la siguiente manera las escenas del circo, concluida la función:

«Al bajar de mi asiento y llegar a las últimas gradas oí quejidos lastimeros; pregunté a otro de los que salían, y me dijo: «Son los ecos del *expoliario*.» Guiado por el rumor, bajé por una escalera interior, y no tardó en presentarse a mi vista un espectáculo espantoso.

»En un gran sótano, iluminado apenas por teas humeantes, yacían por tierra muchos gladiadores heridos gravemente, otros moribundos, todos desnudos y lanzando quejidos, gritos de dolor y suspiros de agonía. Entre ellos iban y venían, armados de machetes, una porción de jóvenes, aprendices del oficio, que los iban rematando, atravesando a unos el corazón y degollando a otros con la mayor sangre fría y gran agilidad.»

De ésta manera preparaban a los esclavos jóvenes para las escenas de sangre. ¡Y la mayor parte de los que iban acabando de matar a las víctimas deberían también, a su turno, caer heridos en el circo y ser luego rematados en el *expoliario*!

Después del rápido bosquejo que acabamos de hacer de las condiciones a que vivían sujetas las grandes masas de esclavos en el mundo grecorromano, se comprenderá que las protestas a mano armada, las rebeliones contra tantas iniquidades, debían ser frecuentes y terribles; y, en efecto, tanto en las repúblicas griegas como en Roma, los esclavos estuvieron más de una vez a punto de vencer a las castas dominadoras.

Las leyes, las religiones, las costumbres, consagraban los privilegios de unas castas y la esclavitud de las otras; pero las sublevaciones de los esclavos eran las protestas de la Naturaleza y de sus leyes eternas contra las leyes arbitrarias y bárbaras de los hombres.

Lo mismo en la Laconia, que en la isla de Sicilia, que en el territorio italiano, el fuego sagrado del sentimiento de la igualdad circulaba ya misteriosa y profundamente hace más de dos mil años entre las esclavizadas masas trabajadoras.

Ni la satisfacción del poder ni el orgullo cegaba a las castas dominadoras hasta el punto de desconocer el odio que inspiraban a sus esclavos, y por eso tomaban las precauciones posibles, conduciéndose en cuanto podían con el cuidado del que marcha con fuego en las manos sobre barriles de pólvora.

No podían vivir sin los esclavos; pero los consideraban como enemigos naturales, que no esperaban más que el momento propicio para vengarse de ellos.

«Si algún Dios –leemos en la *República*, de Platón– transportase de repente a un vasto desierto con su familia y sus hijos a uno de esos patricios que tienen 50 o más esclavos, ¿pensáis que no deberían temer el morir muy pronto a manos de éstos?»

«Sin duda que sí», responde el interlocutor.

Platón prescribía a los suyos que no tuvieran esclavos de la misma nación, sino de distintas y enemigas entre sí, a fin de que se entendieran más difícilmente.

Todas estas precauciones solían ser inútiles; las rivalidades nacionales y las diferencias desaparecían con la esclavitud, que a todos igualaba, sometiéndolos al mismo yugo. El asiático, el africano, el galo, podían estar dominados por las preocupaciones de raza, de nacionalidad y de religión; pero, una vez esclavizados y cuando habían perdido la patria y el derecho al ejercicio de su religión, no podían menos de desaparecer todas las causas de antipatía y de crearse esos lazos íntimos, misteriosos, con que la común desgracia liga a los hombres.

Los esclavos debían entenderse, y se entendían en efecto, secretamente, lo que probaron sus revueltas en varias ocasiones; y en los días terribles de la venganza, aquellos desgraciados, de razas blancas, cobrizas o negras, mestizos de todas ellas, procedentes de los cuatro puntos del horizonte, hablaban la misma lengua y tenían el mismo acento: la lengua y el acento de la libertad.

¡Cuán grande debía ser el terror de sus amos al ver las

compactas falanges de los esclavos desplegar la bandera de la insurrección!

¡Cuán grande debía ser la mortificación de aquellos orgullosos patricios cuando veían a las clases llamadas por ellos viles, a los esclavos, despreciados y peor considerados que los animales, derrotar a sus legiones, enseñorearse de sus ciudades y provincias, tomar sangrientas represalias y, por último, tratar a sus antiguos amos con el mismo desprecio con que eran ellos tratados antes! Entonces se cambiaban los papeles, como puede verse por la siguiente frase de Appiano:

«Veíase a los personajes consulares arrastrarse a los pies de sus esclavos, dándoles los nombres de salvadores y de amos; pero estas mismas bajezas no bastaban con frecuencia para inspirar piedad...»

La rebelión existía latente en el fondo del corazón de los esclavos, y bastaba un accidente cualquiera, la guerra, la peste, el hambre u otra calamidad pública, para que la rebelión estallara violenta, como un incendio devastador.

Tito Livio habla de seis conspiraciones o sublevaciones de esclavos ocurridas en Italia en el espacio de sesenta años.

En Grecia eran no menos frecuentes. Iguales causas producían los mismos efectos en Esparta, en la Tracia y la Ática que en Roma. Pero donde la protesta tuvo un carácter verdaderamente imponente fue en la Laconia, la Sicilia y en Italia. En estos países las sublevaciones y conspiraciones llegaron a tomar carácter de grandes guerras, que abasaron las más ricas provincias del imperio; y cómo vamos a ver en los

siguientes capítulos, sus jefes, Euno el Asirio, Atenion y Espartaco, se vieron, respectivamente, al frente de ejércitos de 200, de 80 y de 120.000 esclavos sublevados.

IV. LOS ILOTAS EN ESPARTA. CONSPIRACIÓN DE PAUSANIAS. SUBLEVACIÓN DE ÉSTOS

En Esparta la esclavitud no era un yugo aceptado, al que los esclavos se sometían con resignación. Aristóteles ha expresado gráficamente el estado de la esclavitud en Esparta en las siguientes palabras:

«Los ilotas son enemigos que los lacedemonios alimentan en su seno, siempre acechando las desgracias de sus amos para sublevarse, y no es cosa fácil saberlos gobernar. Si se les deja mucha libertad, abusan y se igualan a sus amos, y si se les trata demasiado duramente, éstos se les hacen aborrecibles y se les excita a la rebelión.

Los malos tratamientos que sufrían y la opresión embrutecedora a que estaban constantemente sometidos no extinguieron nunca en los ilotas los sentimientos enérgicos del hombre libre. Ellos no podían olvidar que aquellas tierras, que cargados de cadenas cultivaban en provecho de sus amos,

habían en otros tiempos pertenecido a sus familias, constituyendo una patria que ahora no era la suya, puesto que los esclavos no tenían patria.

En algunas ocasiones se vieron tan débiles los espartanos respecto a los ilotas, que tuvieron que recurrir a medidas extremas y a transacciones para librarse del peligro.

Para paralizar los efectos de una conspiración que descubrieron, indujeron a sus esclavos a fundar una colonia en país extranjero, en la cual serían libres, y, en efecto, muchos aceptaron y fueron a fundar la ciudad de Tarento, en Italia, con lo cual abortó la conspiración.

Otras veces vendían a los ilotas su libertad a bajo precio, con lo cual se libraban de sus propósitos de recobrarla a viva fuerza. También algunas veces concedieron la libertad a cierto número de esclavos; pero esto no era por aumentar el número de ciudadanos, sino para disminuir el de los esclavos sediciosos.

El ambicioso Pausanias, vencedor de los persas en Platea, concibió el proyecto de enseñorearse de su patria y de toda la Grecia, y para conseguir su objeto acudió a los dos medios a que los pretendientes y fundadores de tronos y dinastías recurrieron siempre. Desplegando un lujo asiático, se propuso corromper a los ciudadanos más importantes de Esparta, arrastrándolos a una vida de goces y de deleites, y además prometió a los esclavos su libertad y los derechos de ciudadanía si querían reconocerlo por rey, tomando las armas en su favor.

Los ilotas no se hicieron de rogar; pero, descubierta la conspiración por los magistrados de Esparta, algunos ilotas perecieron en medio de horribles tormentos, y Pausanias fue castigado conforme a las leyes de Esparta.

Desde entonces redoblaron la desconfianza y la crueldad con que sus amos trataban a los ilotas. Algunos de éstos, condenados no se sabe por qué crimen, buscaron un asilo en el templo Neptuno, levantado en Tenaro, promontorio de la Laconia, y a pesar del derecho de asilo, hasta entonces respetado en el mundo pagano, fueron sacados por fuerza del pie del ara y arrastrados al suplicio.

Aquel acto de inhumanidad y de impiedad, inusitado por su forma, llevó a su colmo la indignación de los ilotas, y como a poco tiempo de esto un terremoto terrible arruinara el país y destruyera a Esparta, en cuyas ruinas perecieron 20.000 personas, no quedando en pie más que cinco casas, los esclavos, menos espantados que sus amos, porque nada tenían que perder, se aprovecharon de aquel momento propicio y levantaron el estandarte de la rebelión.

Aquella catástrofe fue considerada por los ilotas como una ayuda del cielo.

Sublevados en diferentes puntos del campo, se organizaron militarmente y marcharon contra la arruinada Esparta; pero los ciudadanos de Atenas y de otras repúblicas, comprendiendo el peligro que correrían en sus propias casas si dejaban a los ilotas recobrar su libertad, acudieron rápidamente con sus falanges al socorro de los espartanos.

No sintiéndose bastante fuertes contra tantos enemigos, suspendieron los esclavos sublevados el ataque de la capital y se establecieron en una montaña, desde la que practicaban belicosas excursiones en el territorio de Esparta. Espartanos y lacedemonios quisieron sitiarnos en su montaña; pero tuvieron que levantar el sitio y pedir socorro a los atenienses, que no sin algunas dificultades se lo dieron en hombres y pertrechos. Pero el carácter de estos dos pueblos se avenía mal; la desconfianza era recíproca, y al fin los atenienses fueron despedidos o se retiraron, con lo que los sitiadores perdieron todas las ventajas adquiridas.

Diez años resistieron los ilotas en las trincheras naturales del monte Ythomeo, hasta que, faltos de subsistencias y de recursos, capitularon con los espartanos. Para concluir aquella guerra, que los arruinaba, tuvieron éstos que conceder a sus esclavos sublevados la libertad y que se marcharan del Peloponeso adonde mejor les pareciera.

Atenas acogió a los bravos ilotas emancipados y les concedió terrenos para que formasen una colonia.

* * *

En lucha con los espartanos, los atenienses encomendaron la guarnición de Pylos a los ilotas emancipados, que no tardaron en establecer relaciones secretas con los ilotas de Lacedemonia, produciendo una desertión tan grande, que los espartanos temieron una sublevación general y se humillaron ante los atenienses, proponiéndoles la paz y el restablecimiento de su antigua alianza.

Entonces los espartanos cometieron uno de esos crímenes espantosos de que la historia nos ofrece raros ejemplos. De repente demostraron extrañas simpatías en favor de los ilotas, y para mejor ocultar sus designios manifestaron la intención de recompensar a todos los que habían prestado algún servicio al Estado, y publicaron un edicto para que se presentaran a inscribirse en los registros públicos y obtener su manumisión.

Seducidos por esta promesa halagüeña, miles de ilotas se presentaron, y conforme a lo que se acostumbraba en casos semejantes, los coronaron de flores y los llevaron en procesión alrededor del templo. Después las principales familias de la ciudad los invitaron a ir a sus casas para celebrar tan fausto suceso, y nadie volvió a oír hablar de aquellos hombres, que eran la flor de los ilotas de Lacedemonia...

Teuclides, que lo refiere, dice que todos fueron asesinados en las tinieblas, sin que se supiera cómo.

¿Quién no reconocerá en esto los manejos tenebrosos y crueles de las aristocracias alarmadas? ¡Aunque deban, para salvarse, dar la mano por un momento a la libertad, lo harán sólo para mejor ahogarla después!

A pesar de haber diezmado a los ilotas de una manera tan inicua, Esparta no se creía segura, y para acabar con los esclavos fuertes que aún le restaban escogieron 1.000, que unieron a las tropas de Brasidas, lacedemonio enviado a Tracia para obligar a los atenienses a evacuar el territorio de Laconia, que habían invadido. El Gobierno ordenó secretamente a Brasidas que colocase a los ilotas en los puestos más

peligrosos, de manera que, sirviendo a la patria, murieran todos en el combate; pero los esclavos supieron vencer a los atenienses y volver casi todos triunfantes a Esparta.

Amenazada de nuevo por el ateniense Alcibíades, Esparta no se atrevió a mandar al combate a los que había enviado a la muerte y que volvieron vencedores; pero tampoco podía dejarlos en la ciudad, y en tal aprieto acudió a expatriarlos, dándoles la libertad so pretexto de fundar una colonia en los confines de Laconia y del Epiro.

Con estas y otras medidas semejantes, y especialmente ofreciendo grandes recompensas a los esclavos que se distinguieran en el combate, lograron hacer frente a los atenienses, a los cuales vencieron, obligando por último a capitular a los ilotas emancipados que guarnecían a Pylos, después de una de las resistencias más heroicas que registra la historia de los sitios célebres.

Por reconquistar su libertad, los ilotas iban a las órdenes de sus verdugos a luchar contra sus hermanos emancipados, como si no fuera para ellos más fácil unirse con éstos y derrotar a sus amos, ganando ellos mismos su libertad, en lugar de recibirla como recompensa de una maldad que podría o no llegar a realizarse.

Así terminó la más importante de las rebeliones de los ilotas de Lacedemonia, comenzada veinte años antes por su fuga al monte Ythomeo y concluida con la capitulación de Pylos.

* * *

La libertad, de que apenas pudieron hacer otro uso los ilotas que pelear para defenderla, concluyó por la vuelta a la esclavitud; pero no puede dudarse que sus tentativas de emancipación, sostenidas tan bravamente y con tanto ardor, dejaran de influir en el ánimo de todos los esclavos del mundo griego. Y esto es tan cierto, al menos de los esclavos de Esparta, como que después de la rebelión de que acabamos de hablar fue imposible a los espartanos conservar a los ilotas sometidos. Aunque en menor escala, se renovaron las rebeliones con tanta frecuencia, que más de una vez los magistrados no tuvieron tiempo para convocar la asamblea ordinaria que debía reprimirlas.

Para tener los ánimos alerta, el oráculo consultado solía responder que vivían en medio de enemigos. En verdad, la esclavitud había llegado en Esparta a ser un mal tan grande para los hombres libres como para los esclavos.

Desde la capitulación de Pylos la historia de los ilotas no es más que una larga serie de conjuraciones parciales; nunca pudieron llegar los espartanos a ahogar en ellos la esperanza ni el deseo de recobrar la libertad. A pesar de la distancia que tenían que recorrer y de los peligros, cuando llegó a Esparta la noticia de que Epaminondas había levantado de nuevo los muros de Mesina, antigua patria de la libertad, los ilotas desertaron en masa, y los espartanos, sin esclavos que para ellos trabajaran y con ellos combatieran, empezaron a menguar en importancia, a tiranizarse entre sí; y aquellos fieros ciudadanos, no teniendo esclavos que explotar, concluyeron por explotarse unos a otros.

Así fue cómo los hombres que no comprendían la libertad propia sin la esclavitud ajena, se vieron sometidos a los horrores de la esclavitud, hasta que por último, faltos de brazos que empuñaran el escudo y la lanza, cayeron bajo el yugo de los romanos, vencedores de todas las repúblicas griegas, aisladas y divididas, rivales y enemigas unas de otras, y que perecieron más por sus insensatos odios y rivalidades que por su inferioridad como guerreros en los campos de batalla.

V. PROFESIONES LIBERALES Y ADMINISTRATIVAS

DESEMPEÑADAS POR LOS ESCLAVOS.

INSURRECCIÓN DE EUNO. INSURRECCIÓN EN SICILIA

Antes de consagrar algunas páginas a las famosas sublevaciones de los esclavos del imperio romano vamos a dedicar breves líneas a dar a conocer el estado de la esclavitud en la época en que estallaron aquellas terribles insurrecciones.

Poco a poco las castas privilegiadas concluyeron por embrutecerse de tal manera, que al fin tenían que abandonar a los esclavos, además de los trabajos materiales, los que suponen mayor inteligencia. No sólo llenaban los esclavos los arsenales, las manufacturas y las fábricas; hacían también los instrumentos de física, lo mismo que las armas de guerra, y eran tejedores, sastres, panaderos, grabadores, pintores, escultores, perfumistas, bordadores, doradores, cinceladores y arquitectos, lo mismo que banqueros, profesores de toda clase de ciencias, filósofos, médicos y poetas. Plauto, Clauto y Epicteto fueron esclavos.

En Roma los cuerpos dependientes del municipio se componían de esclavos, contándose entre éstos los bomberos, la policía nocturna y la que cuidaba las cañerías y acueductos.

Los traficantes alquilaban al Estado para las obras públicas, y otros a particulares, el sobrante de sus esclavos, y muchos había, como Creso, célebre millonario, que ganó alquilando sus esclavos más de 1.000 millones de reales de nuestra moneda, y no pocos tenían esclavos exclusivamente para especular con ellos. El citado Creso, por ejemplo, tenía 500 esclavos albañiles, que alquilaba a los que construían casas.

Cuando llegó el imperio a su apogeo, los romanos, dueños del mundo y faltos de hombres libres de quien valerse, se veían forzados a confiar hasta las empresas más grandes a los esclavos. Esclavos eran sus superintendentes y mayordomos, y a ellos tenían que abandonar la dirección de sus explotaciones industriales y agrícolas.

De aquí nació la categoría de cultivadores llamados colonos, que ponían al frente de las haciendas que poseían en apartadas provincias, bien a condición de pagarles una renta fija o de darles todos los productos después de pagados los gastos de la explotación.

Columela no exigía de estos esclavos más que las siguientes condiciones:

«El esclavo que se ponga al frente de una hacienda debe haberse endurecido en los trabajos rústicos desde la infancia y dado muchas pruebas inequívocas de capacidad. Debe ser hombre sobrio, que no beba vino y que duerma poco; sobre todo, que no le gusten las mujeres, porque el amor le distraerá de sus obligaciones.

»Deberá ser madrugador y hacer marchar ante él, como

pastor vigilante, el *rebaño* trabajador, al que exhortará todo el día para que no suspenda sus faenas. No dejará que sus compañeros de esclavitud hagan las cosas de su incumbencia, y no comerá con ellos para conservar la autoridad necesaria. Hará dos veces al mes la inspección de la ropa de los esclavos, y no les dará más que sayos viejos para que trabajen sin perjuicio al aire libre y al rigor de la intemperie. No frecuentará la ciudad ni los mercados públicos más que para comprar y vender lo necesario, permaneciendo, fuera de estos casos, en la hacienda para no perder de vista a los esclavos...»

Si tanto exigía el sabio Columela del afortunado esclavo que merecía la confianza de su dueño para ponerse al frente de una hacienda, ¿cuáles no serían sus pretensiones respecto a los pobres esclavos que empleaban como bestias de carga?

Los trabajadores que morían en los grandes trabajos agrícolas e industriales eran tantos, que debían reemplazarse constantemente; y como a consecuencia del atraso de la mecánica todo se hacía a fuerza de brazos, para cualquier cosa se necesitaba el sacrificio de un número inmenso de hombres. Así, por ejemplo, para extraer la plata de las minas de Cartagena necesitaban los romanos el trabajo de 40.000 esclavos, y para que los gastos de su manutención y vestido no absorbiesen los beneficios que daban las minas, los tenían desnudos, a la intemperie y durmiendo en corrales defendidos apenas del relente y de la lluvia con malos cobertizos de paja.

El alimento y vestido que hoy se dan a los presidiarios hubieran sido para aquellos desgraciados un regalo espléndido.

Hablando de la suerte de los esclavos que trabajaban en las minas, dice Diodoro:

«Ninguno de aquellos infelices puede conseguir que se tenga de él el menor cuidado.

No les dan vestidos, y basta verlos para que su desgracia inspire la piedad más profunda: para ellos no hay ni descanso ni misericordia. Enfermos, mutilados, mujeres, viejos, todos se ven forzados a trabajar hasta morir a fuerza de latigazos.»

El mismo autor, hablando de la suerte de los mineros de España, dice:

«El látigo exige de ellos trabajos tan superiores a sus fuerzas, que casi todos mueren muy pronto, y los que viven algunos años llaman sin cesar a la muerte como único remedio de sus males.»

Tal era el estado y condición de los esclavos en el imperio romano, y especialmente en la isla de Sicilia, cuando en ésta comenzó la primera de las grandes insurrecciones que pusieron a la orgullosa Roma en peligro de morir, justamente por donde más había pecado.

El motivo de la rebelión de los esclavos en Sicilia reconoció por causa principal el rigor con que los amos obligaban a trabajar en el campo a sus esclavos a fin de satisfacer las exigencias de Roma, que había hecho de Sicilia su granero.

Los esclavos, casi desnudos, hambrientos y extenuados por un trabajo excesivo, vivían poco; pero los procónsules romanos cuidaban de reemplazar los que morían, mandando los hombres más ágiles y robustos de las más apartadas colonias y provincias del imperio.

Euno, esclavo asirio, fue el jefe de aquella primera sublevación. Había pronosticado a sus compañeros de esclavitud que llegaría a ser rey y que los emanciparía.

Según los historiadores romanos, había probado a sus compañeros de desgracia, haciendo un milagro, la verdad de su profecía. Consistía el milagro en arrojar llamas por la boca, lo cual dicen que lograba por medio de una nuez llena de azufre y agujereada por un lado, que se metía en la boca y que mañosamente encendía.

De todos modos, sus cualidades debieron ser extraordinarias.

Con otros 400 era Euno esclavo del rico Damófilo en la ciudad de Euna, y la crueldad del rico provocó la sublevación. Seguido de sus 400 compañeros, Euno se escapó de la ciudad, voló al campo y, volviendo con mucho refuerzo, degolló a todos los amos de esclavos que allí había.

El tirano Damófilo fue descuartizado; pero tenía una hija que siempre se había mostrado compasiva con las pobres víctimas de la crueldad de su padre, y fue respetada.

Los esclavos de la ciudad de Agrigente se sublevaron en cuanto supieron la rebelión de los de Euna, y en número de más de 5.000 se unieron al profeta asirio, a quien proclamaron

rey con el nombre de Antioquio, con lo cual se vio cumplida la primera parte de su profecía.

A medida que llegaba la noticia a todas las poblaciones de la isla, los esclavos se iban sublevando, y antes de que pasaran dos semanas el ejército libertador contaba más de 70.000 hombres.

Grande fue la consternación del Senado romano al saber la rapidez con que se extendía aquel incendio que amenazaba destruir el imperio, y uno tras otro mandó a Sicilia cuatro pretores y un cónsul al frente de legiones formidables; pero todos fueron sucesivamente, con gran estrago, derrotados por los esclavos.

Las águilas romanas temblaban en sus refugios de Mesina y Livea, mientras que desde los muros de Tauromenio mostraban aquellos hombres valerosos, redimidos de la esclavitud, sus rotas cadenas a los esclavos del continente.

En la Ática, en Dilos, en la Campaña y en el mismo Latium encontró eco el ejemplo de los sicilianos; pero, desgraciadamente para ellos, las distancias que los separaban y la dificultad de combinar sus movimientos facilitaron a la aristocracia romana los medios de vencerlos.

Calpurnio Pirón pudo lograr que los esclavos levantaran el sitio de Mesina, y Pupilio, su sucesor, sitió a Tauromenio, que tomó después de una larga y desesperada resistencia.

Euna fue tomada por traición, y el ejército de los esclavos se dispersó completamente, cayendo poco a poco en poder de los

romanos todos los esclavos sublevados, a los que no daban cuartel aunque se entregaran a discreción. Los que no mataban en los campos de batalla, los hacían después morir en los suplicios más espantosos.

Euno, sorprendido con otros compañeros en una caverna por los soldados romanos, fue encerrado en un calabozo, en el que le dejaron morir de hambre y sed.

Sería cuento de nunca acabar referir aquí los horrores cometidos por los romanos con los esclavos vencidos para inspirar un terror *saludable* a los que no se habían sublevado.

Pupilio quiso impedir nuevas sublevaciones, dictando reglas para que los amos trataran mejor a los esclavos; pero éstos no hicieron caso de ellas y los trataron mucho peor que antes.

Desde entonces la desconfianza y la lucha entre amos y esclavos fue mayor, y las rebeliones se sucedieron rápidamente unas a otras.

* * *

No hacía mucho tiempo que estaba extinguida la rebelión siciliana, cuando comenzó otra en la misma campiña de Roma, extendiéndose hasta Sicilia con la mayor rapidez.

Un caballero llamado Vettio fue el promovedor de aquella insurrección. Dicen que, agobiado de deudas, armó a los esclavos, proclamando su independencia, para que ellos mataran a sus amos, que eran acreedores suyos. Preso por traición, Vettio se dio la muerte para librarse del suplicio.

En cuanto llegó a Sicilia la noticia de la sublevación de los esclavos de la campiña romana, se sublevaron otra vez contra sus amos los nuevos esclavos sicilianos. Uno de éstos, llamado Salvio, no tardó en estar al frente de 22.000, de los cuales 2.000 iban a caballo, con los que puso sitio a Morgantia, derrotando ante sus muros a un pretor que acudió a socorrerla.

El jefe más notable de aquella rebelión fue Atenion, a cuyas órdenes se pusieron los esclavos de las ciudades de Legesto y Lilibea.

Como general prudente, no admitía como soldados más que a los hombres robustos; a los otros los hacía trabajar, y para atraer gentes e inspirar simpatías prohibió a sus subordinados el saqueo y la violencia.

Unidos Atenion y Salvio, se atrevieron a presentar la batalla al pretor Lúculo; pero, después de una larga y encarnizada lucha, los esclavos se retiraron al ver caer a sus jefes, que creyeron muertos.

Con mucho orden hicieron su retirada los vencidos hasta Triocale, adonde los siguió Lúculo; pero a los pocos días, con gran escándalo de Roma y del Senado, que le impuso una multa, levantó el sitio y se retiró con sus águilas humilladas más que de prisa.

Servilio, vencedor de la primera insurrección siciliana, reemplazó a Lúculo en el mando de las legiones romanas, aunque con menos fortuna todavía que su antecesor, porque Atenion, que en el mando de los ejércitos de los esclavos

subelevados había reemplazado a Salvio, muerto de sus heridas, desplegó tal actividad y energía, que, sin atreverse a presentarle la batalla, el general romano tuvo que retirarse.

El cónsul Mario Aquilio reemplazó a su turno a Servilio, condenado al destierro.

Más bravo que prudente, Atenion luchó en combate singular con Mario en presencia de sus ejércitos, y como muriese a manos del romano, los esclavos se dispersaron, dejando 2.000 prisioneros en poder de los romanos.

Los 2.000 prisioneros fueron conducidos a Roma y expuestos en el circo para ser hechos pedazos y devorados por las fieras. Mas el espectáculo atroz, que esperaban con ansia los romanos, se convirtió en otro más terrible todavía. Los esclavos prefirieron matarse unos a otros; su jefe mató al último y luego se dio la muerte.

Faltos de jefes capaces, los esclavos se diseminaron en bandas por la isla, y los ejércitos romanos tardaron mucho tiempo en irlos exterminando. A los que no mataban en el campo de batalla o en la fuga, los crucificaban vivos, y, según los historiadores romanos, el número de estas víctimas fríamente inmoladas pasó de 6.000.

Roma triunfaba, aunque con grandes sacrificios, de sus pobres esclavos sublevados.

Los vencedores de los esclavos, fuertes con el prestigio de la

victoria, sometían el pueblo romano, lo mismo que el Senado, a su sangrienta dictadura, y no se libraban de Verres o de Metelo sino para caer bajo las garras de Sila.

Los italianos oprimían a las grandes masas de esclavos; los romanos oprimían a los italianos; los senadores, a los romanos, y a éstos, los cónsules vencedores de los enemigos del imperio, emblema y personificación, lógico resultado de todas aquellas opresiones escalonadas, que obligaban a cada categoría de explotadores de hombres a sufrir el yugo que le imponían los que estaban encima, a trueque de conservar el que hacía pesar sobre los que estaban debajo.

Verdad es que este orden político y social, tan falso y violento, exponía a la sociedad a que se desgarrase a cada paso en medio de luchas sangrientas y a que alternasen las rebeliones de los esclavos contra sus amos con las de los latinos contra Roma, las de la plebe romana contra su aristocracia, las de esta aristocracia contra los dictadores y, por último, en el mismo seno de las castas nobles, entre senadores y caballeros, pretores y tribunos; pero ahora, dejando, por no ser de este lugar, las luchas intestinas de los amos de esclavos de todas categorías que llenaron la historia romana desde la extinción de la rebelión de Salvio, en Sicilia, hasta la de Espartaco, vamos a consagrar algunos capítulos a la más terrible y grandiosa de las rebeliones de esclavos que este último capitaneó.

VI. LA REBELIÓN DE ESPARTACO

¿Quién era Espartaco? Un oscuro esclavo gladiador, uno de esos seres extraordinarios que, en épocas anormales y extrañas, cuando las sociedades humanas caducas preparan en su seno gérmenes de nuevas organizaciones sociales destinadas a cambiar la paz del mundo, personifican y simbolizan las aspiraciones todavía confusas de las grandes masas, que instintivamente presienten las catástrofes y llegan a darse cuenta de las iniquidades que sobre ellas pesan.

La mayor parte de los hombres que en aquellos tiempos gemía bajo el yugo de la esclavitud, había nacido libre, y sólo vencida y extenuada se había sometido a la fuerza. Muchos, como el asirio Euno, habían sido soldados, que más de una vez hicieron morder el polvo a las águilas romanas en las galias, en la Península Ibérica, en el norte de Europa y en las ardientes llanuras del África.

Los restos de tantas nacionalidades, encorvados bajo el degradante yugo en el centro mismo de Italia, fueron los grandes elementos que se desencadenaron contra la aristocracia romana y sus dictadores, y a su frente se inmortalizó el gladiador Espartaco.

Como en todas las grandes guerras serviles, llamadas así por ser las clases trabajadoras oprimidas las que se lanzan a la lucha contra sus explotadores, las violencias, las atrocidades, las crueldades más bárbaras cometidas por los sublevados, hallaban su explicación en ese estado delirante a que, para lanzarse a una muerte casi segura, han debido llegar las víctimas de la tiranía.

Esas atrocidades, esos actos de feroz venganza, perpetrados en los momentos de desesperación por los hombres que han roto sus cadenas y que temen a cada instante volver a caer bajo el yugo de una opresión más dura o morir en medio de espantosos suplicios, no pueden nunca atribuirse a los perpetradores, toda vez que sólo son resultado inevitable de la esclavitud y de sus horrores, horrores que exasperan y hacen que germine el espíritu de venganza entre los oprimidos.

Suprimid la tiranía y se acabarán las revoluciones violentas.

Por otra parte, los excesos y estragos cometidos por las clases trabajadoras, esclavizadas y envilecidas, en los momentos en que empuñaban las armas para emanciparse, ¿qué eran comparados con el crimen de esclavizar a sus semejantes y de obligarles a trabajar por fuerza en beneficio ajeno, sometiéndolos además a las bajezas, miserias y prostitución de que acabamos de citar ejemplos en el rápido resumen hecho en los capítulos precedentes?

Los crímenes cometidos por los esclavos, los siervos, los oprimidos, para recobrar su libertad, son disculpables y hasta pueden considerarse como el único medio de castigar a los

que, abusando de la fuerza, convirtieron en ley social la más inhumana de las maldades: la horrible y odiosa esclavitud de sus semejantes.

El establecimiento y conservación de la esclavitud, con todas sus consecuencias, son, por el contrario, crímenes Indisculpables, y los males que siempre llevó consigo su perpetración son infinitamente mayores que los cometidos por los que se sublevaron para recobrar la libertad.

* * *

Era Espartaco natural de la Tracia e hijo de pastores. Hizose soldado para defender su patria contra los romanos; pero cayó prisionero y fue vendido en Roma. Fugóse y anduvo oculto y errante mucho tiempo, hasta que, habiendo caído otra vez en poder de los romanos, fue por ellos condenado al infame oficio de gladiador.

Durante toda su azarosa vida, desde las montañas de la Tracia hasta los ergástulos de Roma, Espartaco fue siempre acompañado de una mujer que lo amaba tiernamente y que en el pastor y en el soldado presintió al gran capitán.

Los historiadores romanos han tratado de atenuar la humillación de Roma, vencida muchas veces por los esclavos, poniendo por las nubes el carácter extraordinario y las cualidades superiores de Espartaco.

A este propósito dice Floro:

«Si algo puede disminuir el oprobio de esta guerra civil,

es la grandeza de alma del vencedor de dos cónsules y de tantos otros capitanes romanos, de ese hombre extraordinario cuyo valor y talento fueron elevados hasta el punto de haber hecho recomendable en su persona la memoria de un gladiador.»

No menos explícito Plutarco, dice, hablando de Espartaco:

«A una fuerza atlética y a un valor extraordinario unía prudencia y dulzura, cualidades impropias de un esclavo y más dignas de un griego que de un bárbaro.»

Pertenecía el esclavo tracio a un explotador de gladiadores establecido en Capua, llamado Léntulo, que proveía de gladiadores no solamente a Roma, sino a muchas otras ciudades de Italia, y a quien habían bautizado sus compatriotas con el sobrenombre de Batuato.

Extraña escuela, en la cual, encerrados como rebaños muchos cientos de hombres vigorosos, eran alimentados con manjares a propósito, y donde les enseñaban el manejo de las armas, a matar y morir con gracia en los Juegos del circo.

La mayor parte de los gladiadores de la escuela capuana eran galos y tracios, y Espartaco no tardó en unirse con ellos secretamente, conspirando para recobrar su libertad; pero, creyéndose descubierto, se escapó, llevándose consigo a su mujer y a 73 compañeros al través de un agujero abierto en la tapia del corral donde los tenían encerrados.

Por un azar venturoso, al salir hallaron medios de armarse, y provistos de asadores, puñales y cuchillas que cogieron en las

pastelerías y carnicerías próximas, volvieron a penetrar en el gimnasio, provocando la deserción de los que quedaban y retirándose en número de 200.

Habiendo conseguido armarse todos, fueron de aldea en aldea, devastando los sitios por donde pasaban, hasta llegar a establecer su campamento en el monte Vesubio.

* * *

Grande espanto puso en todos los amos aquella improvisada sublevación, y, excitados por el explotador Batuato, los señores de la ciudad, unidos con la guarnición, fueron en busca de los rebeldes, los cuales, aprovechando un momento de vacilación y de descuido de sus perseguidores, les quitaron las armas y continuaron aumentando sus fuerzas con los descontentos de todas partes, con los bandidos y montañeses, que instintivamente reconocieron lo que había de común entre su triste situación y la desgraciada suerte de los gladiadores.

El pretor Claudio reunió inmediatamente todas sus fuerzas, hasta el número de 3.000 hombres, y fue estrechando por todas partes a los revoltosos, que se vieron encerrados en la explanada del Vesubio, erizada de rocas y desfiladeros impracticables. El pretor, cerrando la única salida, calculaba perfectamente que el hambre les haría rendirse a discreción. No sucedió así, porque la misma apurada situación en que se hallaban les dio ánimos y energía para buscar recursos y salvarse del peligro: el sitio en que se encontraban estaba cubierto de viñas salvajes, y amontonando gran cantidad de sarmientos y entrelazándolos, formaron una especie de escala

que, sujeta fuertemente, llegaba hasta el fondo del precipicio, y por ella bajaron todos durante la noche con el mayor silencio.

Una vez libres, Espartaco comprendió que era fácil introducir el pánico en medio de sus enemigos y llegar a dispersarlos. Los atacó por retaguardia de improviso y se apoderó del campamento de los romanos, que dejaron sus armas y víveres, huyendo desbandados. Esta fácil victoria entusiasmó a sus gentes, y pudo creerse Espartaco bastante fuerte para declarar la guerra a aquella sociedad explotadora, disponiéndose a vengar la humanidad ultrajada y a castigar a los opresores.

Era necesario para hacer frente a las exigencias de la situación, ya que sus huestes aumentaban y que su nombre corría de boca en boca por todas partes, considerándosele como el salvador de los oprimidos, hacer comprender a éstos que era justa la causa que defendían, y para ello les puso de manifiesto en una alocución todos los crímenes, las crueldades y abusos de autoridad de sus amos, y con este motivo les pintaba la felicidad de la victoria contra enemigos enervados por los placeres y la voluptuosidad.

«Nuestra ciega y vergonzosa sumisión –les decía– era hasta aquí su fuerza; pero ¿qué podrán contra nosotros y sin nosotros, si hoy queréis reivindicar la superioridad que os pertenece? Sí, valientes compañeros; la naturaleza la concede a la fuerza y al mayor número. Los hombres no han nacido más ricos los unos que los otros, pero sí más fuertes, más diestros, más valientes; y no es la naturaleza, seguramente, quien estableció esa odiosa distinción de

amos y esclavos, de señores y pueblos. Sigamos, pues, la ley de esa madre común, y vuestros nombres figurarán entre los de los héroes por haber devuelto libres a la humanidad todos esos desgraciados que gemían, como vosotros, en la servidumbre.

»Por todas partes hallaréis la riqueza y la abundancia si queréis desdeñar esos falsos bienes, que sólo han servido hasta aquí para corromper a sus poseedores. El único, el grande, el verdadero bien a que el hombre debe aspirar es la libertad, beneficio que los hombres de corazón sólo abandonan con la vida después de haberle recobrado.»

Eran tantos los que acudían a alistarse bajo las banderas de Espartaco, que llegó a formar un ejército de 10.000 hombres, y hubo necesidad de organizarlos, con lo que vino a producirse una escisión, pues los galos quisieron tener jefes de su nación, eligiendo a Oenomaüs y Crixo, mientras que, por otra parte, los gladiadores fugitivos trataron de distinguirse del resto de los campesinos y bandidos que habían venido a engrosar las filas, formando cuerpo aparte.

El ejército se dividió en tres cuerpos, cada uno con su jefe; se armaron los más fuertes y se recomendó a los otros que recorriesen las campiñas para buscar armas y caballos y ponerse en disposición de hacer frente a los ataques o de huir en caso necesario.

Los pastores, que ya habían servido de mucho al ejército, se ocuparon en preparar rodela con las pieles de los caballos,

forjando también armas ofensivas; y, armados ya, se decidieron a volver a Capua para vengarse de sus antiguos opresores. Por el camino, en todas las aldeas de la Campania abrían las prisiones para engrosar sus filas; pero al llegar delante de Capua encontraron tal resistencia, que debieron renunciar a su propósito.

Esparciéronse entonces por la campiña, llevando sus devastaciones hasta Cora, pueblo situado en las montañas próximas a Roma, y a Nucera e Inola, pequeños lugares cerca del monte Vesubio, donde habían sido esclavos muchos de los sublevados, por lo cual tomaron las venganzas un carácter horrible, por lo que tenían de personal, hasta el punto de que Espartaco, viéndose en la imposibilidad de impedir los excesos, hizo correr la voz de que el pretor Varinio Glover llegaba con tropas.

Efectivamente, el pretor se acercaba con algunos miles de soldados, y sospechando con razón Espartaco que sus huestes no podrían resistir en batalla campal, se replegó a Lucania; pero los galos, mandados por Oenomaüs y Crixo, se obstinaron en hacer frente, siendo derrotados y muerto el primero, a pesar de la intrepidez y energía con que lucharon.

Espartaco abandonó Lucania con el resto de la fuerza, ocultándose a sus perseguidores en las gargantas de Picencio, donde cometieron sus soldados muchos atropellos, y allí mismo sorprendió y batió a Furio, que acababa de llegar en su persecución. Estrechado después por Varinio en un territorio

estéril, donde no había recurso alguno, comenzó el hambre a producir sus efectos entre su gente; pero recurrió a una estratagema: colocó de distancia en distancia postes, a los que amarró cadáveres vestidos y armados para figurar centinelas. Encendió después grandes hogueras para fijar la atención del enemigo e hizo escapar a sus soldados por sitios casi inaccesibles, buscando un refugio en el mar superior.

Luego que Varinio se apercibió de estos movimientos, destacó a Cosinio hacia la costa septentrional para impedir que se posesionasen del punto que deseaban, mientras él les perseguía de cerca. Fue avisado Espartaco por los campesinos, que le acogían como libertador, y confiando el grueso del ejército a Crixo, cayó de repente sobre Cosinio, que se hallaba aislado, y lo derrotó.

Esta ventaja fue muy importante para Espartaco, porque los soldados romanos quedaron aterrados y convencidos de que los esclavos sabían batirse en todas partes, a pesar de su inferioridad en el manejo de las armas; y aprovechando Espartaco aquellos momentos, se decide a atacar al pretor, exhortando a sus compañeros para que se mostrasen dignos en la pelea, pues del combate dependía el éxito de su causa.

Terrible fue el choque, y derribado el pretor de su caballo, consiguió escapar, abandonando todas sus insignias y confundiéndose con los soldados de la cohorte fugitiva. Esta verdadera victoria dio al jefe de los sublevados tal confianza, que concibió el designio de apoderarse de Metaponte, ciudad bien situada, rica, próxima al mar y muy a propósito para desenvolver el plan que se había trazado.

Como veremos más adelante, trataba de legislar sobre aquel pueblo a quien había emancipado, creyendo llegada la hora de inspirar a los esclavos sentimientos de humanidad y sociabilidad, como antes les había acostumbrado a las fatigas y a la pelea. Gran terror produjo en los habitantes de Metaponte la aproximación del ejército de esclavos, pues creían que el pretor Varinio había dado cuenta de ellos en los desfiladeros de Picencio, y por esto no hicieron resistencia alguna, sufriendo con todo esto los horrores de la guerra, a pesar de las órdenes de Espartaco.

Como ya hemos hecho notar, la esclavitud pervierte todos los sentimientos, y no es el mejor medio de hacer al hombre apto para saber hacer uso de la libertad; así, aquella multitud, que se hallaba fuerte y poderosa y no encontraba obstáculos ante sí, se entregó a todos los desórdenes y llegó a arruinar casi completamente la ciudad, imposibilitando el proyecto de Espartaco, que pretendía fortificarla como base de sus operaciones.

Dirigióse entonces a Turio, población situada en el ángulo del golfo de Tarento, que en otro tiempo había servido de refugio a los esclavos sicilianos mandados por Atenion. Sus habitantes le abrieron las puertas a su aproximación, y pudo contener las depredaciones y asesinatos.

Posesionado de esta plaza, trató de organizar las tropas, inculcando en el ánimo de su gente que no debían ya considerarse como esclavos fugitivos, sino como ciudadanos de una población y de una patria que debían defender hasta morir, e invitó también a los habitantes vencidos a que se

dedicasen con toda seguridad a sus ocupaciones habituales y al comercio; después de esto promulgó leyes aplicables a la Lucania, e invitó a todos los esclavos para que viniesen a la ciudad, acudiendo éstos en tan gran número, que hubo de extender su ley a toda Italia, prometiendo a los esclavos etruscos, latinos o galos que se afiliasen en la liga que gozarían todos de las mismas ventajas que los ya emancipados.

La generosa manifestación, el buen orden que supo establecer, la franqueza y espontaneidad en todas sus relaciones con los antiguos habitantes de la comarca atrajeron tal afluencia en torno del héroe, que comenzaron a señalarse la prosperidad y la ventura en todo el territorio.

Para evitar que la ambición se despertase en el corazón de sus emancipados procuró el legislador mantenerlos aún en la vida ruda y frugal a que se habían acostumbrado, y promulgó un edicto prohibiendo a éstos que hiciesen uso de monedas, efectos o metales, impidiendo la entrada en la ciudad hasta del bronce o hierro que no fuese el destinado a forjar las armas de que se servían.

Entre tanto esto sucedía en Turio, el derrotado ejército de Varinio, en vez de reorganizarse, veía diezmadas sus filas y debilitadas sus tropas por las enfermedades propias de la estación, quedándole ya bien pocos soldados útiles, los cuales, convencidos de su inferioridad numérica, rehusaban renovar la lucha con los esclavos.

En este estado las cosas, Varinio comisionó a su cuestor Torario para que fuese a Roma y refiriese todos los

pormenores de la insurrección, pidiendo refuerzos; y mientras éstos llegaban escogió entre su gente cuatro divisiones y con ellas se subió a las montañas que dominan a Turio para observar a Espartaco.

Grande fue la impresión que recibió al ver las acertadas medidas tomadas por el jefe de los esclavos, comprendiendo entonces que más bien que con un gladiador tenía que habérseles con un experimentado general; y no atreviéndose a atacar a tan formidable enemigo, volvió a su campamento a esperar los refuerzos de Roma.

El Senado no dio importancia a semejantes noticias y se limitó a enviar a algunos soldados, que, impresionados por equivocados rumores, hablaban con desprecio de aquella canalla, que debía volver pronto a gemir en las cadenas; y si en realidad estas bravatas servían poco a Varinio, reanimaron el abatido espíritu de los legionarios y pudo el pretor decidirse a intentar un nuevo golpe.

Hizo sus preparativos; pero se convenció de que era peligroso sufrir un nuevo revés, que podría dejar a Espartaco libre para penetrar en el corazón mismo de Italia, desguarnecida en aquel momento, y por esto se limitó a apoderarse de los caminos que daban paso a la Lucania, estrechando a los insurgentes en sus posiciones.

Espartaco no podía resignarse a sufrir privaciones, que a tal estado le llevaban las evoluciones estratégicas de su adversario; y como le convenía también extender la insurrección y acostumar a sus soldados a batallas campales,

hizo un movimiento de avance, que debió suspender, porque las posiciones en que Varinio se había atrincherado eran casi inexpugnables.

Pocos días después, cansados de la inacción los romanos, manifestaron su disgusto, obligando al pretor a cambiar su plan y a dirigirse al campamento de Espartaco.

Informado éste de los designios de Varinio, formó la mayor parte de su ejército, apoyándose en las orillas del Sitearis, mientras que Crixo fue a emboscarse en el lecho de un antiguo torrente. Era tan formidable el aspecto de aquella multitud armada, que las cohortes del primer cuerpo se desalentaron, y en el momento en que pasaban el río cayó Crixo sobre la segunda línea con sus galos, poniéndola en completa dispersión, lo que obligó a Varinio a mandar retroceder a los que podían quedar comprometidos al otro lado del río, esperando estrechar a los audaces galos entre sus filas. Crixo hizo abortar este proyecto, retirándose a su vez.

Los dos ejércitos, habiendo salido mal la operación intentada, se mantuvieron muchos días frente a frente, sin atreverse ninguno de los jefes a pasar el río que los separaba.

Espartaco desconfiaba de la inexperiencia de sus soldados, y Varinio no debía fiar al entusiasmo harto dudoso de su gente el éxito de la campaña.

Iba adelantándose la estación; las nieves debían interceptar muy pronto los caminos, y el pretor no pudo menos de

retirarse antes de que un desastre completo inutilizara todos sus esfuerzos y destruyera sus legiones.

Dispuso la retirada, y entregó así a Espartaco toda la parte de Italia que comprende hasta el estrecho.

El valeroso esfuerzo de los esclavos oprimidos hizo temblar a las legiones, y Roma pudo, por fin, llegar a convencerse de la importancia que tenía aquella sublevación, calificada en los primeros momentos y hasta entonces considerada como una revuelta de un puñado de bandidos.

No creían, sin duda, los caballeros y el patriciado que los esclavos se atreviesen a medir sus armas con las armas de la república, y Espartaco vino a hacerles conocer lo que vale un pueblo cuando quiere conquistar sus derechos y cuando pelea por libertarse de las cadenas.

VII. ESPARTACO (CONTINUACIÓN)

Espartaco consagró aquel invierno, que le dejaba tiempo para organizar, extender y fortificar la revolución, a llevar sus fuerzas a los puntos convenientes, avanzando por una parte hasta Crotona y por otra hasta Cozencia, estableciendo almacenes y disponiéndolo todo a propósito para la próxima campaña.

Como se hallaba rodeado de mares que no podía recorrer por falta de buques, y como era natural que el Senado romano, convencido ya de su fortaleza y del vigor de la insurrección, hiciera caer sobre él fuerzas considerables, conoció el jefe de los esclavos que no debía permanecer arrinconado, sino que era preciso abrirse paso antes de que, ocupados los desfiladeros practicables por el ejército romano, se viera en la imposibilidad de adquirir provisiones de las otras comarcas y en el triste caso de aventurar en una batalla la suerte de todo su ejército. Entró, pues, en tratos con los piratas de Sicilia para buscar recursos y proporcionarse barcos; pero los mediadores no llegaban, y hubo de reunir los soldados para manifestarles las dificultades de su posición, proponiendo como medio de salvarse aprovechar la turbación universal y atravesar a largas jornadas la Italia, abriéndose paso hacia los Alpes, de donde podrían con facilidad dirigirse a sus casas y gozar del botín recogido.

Esta proposición prudente, aunque arriesgada, no halló en los soldados el eco que esperaba, y Espartaco, que había excitado en ellos la esperanza de establecer una república modelo y que reconocía ya su impotencia para realizar el plan, halló que todos habían admitido, sin calcular los obstáculos, otros planes más vastos que el de defender su libertad.

Crixo, el jefe de los galos, entusiasmado por el triunfo que acababa de conseguir contra los romanos, soñaba nada menos que con la conquista de Roma, y señalaba a la codicia de sus gentes como empresa fácil la capital del mundo, aquel foco de riquezas y de voluptuosidad.

Se hallaban así divididos los pareceres en el campo de la rebelión, mientras que Roma, como lo había previsto Espartaco, considerando peligrosa la insurrección servil, adoptaba las medidas que acostumbraba en los momentos más graves y solemnes.

«No era –dice Plutarco ingenuamente– la vergüenza de verse vencido lo que irritó al Senado, sino el temor y las angustias que presentía por el problemático y oscuro éxito de una de las guerras más extrañas y peligrosas; esto fue lo que determinó a Roma a enviar dos cónsules, Gellio y Léntulo Claudiano, con un numeroso ejército, que debía obrar, según las circunstancias, en perfecta combinación.»

El valeroso gladiador, héroe de aquella lucha, manifestó entonces nuevamente su opinión, que adoptaban los tracios, los gestas y los lucanios, para dirigirse a los Alpes, mientras que los galos y los germanos, con Crixo a su cabeza, sostuvieron tan

tenazmente la opinión de hacer frente al enemigo, que faltó poco para que llegasen a las manos unos con otros.

Decidido Espartaco a realizar su propósito, se dirigió por las gargantas del Apenino, siguió a lo largo de las montañas, creyendo posible sortear a los ejércitos romanos y salir del estrecho, donde procuraban encerrarle. Persistiendo Crixo en sus imprudentes y temerarios proyectos, fue a buscar al cónsul Gellio por la Lucania y la Pulla, al frente de 30.000 galos y germanos, y escogió una posición ventajosa en el territorio de los samnitas, desde donde rechazó dos ataques, obligando a los romanos a retirarse en desorden y con grandes pérdidas.

Aprovechó Crixo este momento para cargar al ejército, y consiguió apoderarse del campamento, donde sus soldados, alegres y satisfechos, se entregaron a los excesos de la bebida. El cónsul Gellio había reunido sus legionarios en una eminencia inmediata, y cuando le pareció oportuno cayó sobre aquéllos a su vez, dispersándolos y haciendo en sus filas una terrible carnicería.

El pretor Arrio emprendió la persecución después de aquel desorden, y Crixo, que había recogido ya a los fugitivos y esperaba en el monte Gargan, deseoso de vengar su derrota, empeñó la acción, batiéndose desesperadamente y dejando indecisa la victoria, hasta que su muerte hizo desfallecer a los pocos galos que aún se mantenían firmes.

Espartaco aceleraba su marcha a lo largo de los Apeninos, evitando cuidadosamente el encuentro con uno u otro de los

ejércitos romanos, cuando se halló de repente a la vista del cónsul Léntulo, que le disputaba el paso y ocupaba las crestas de los montes entre los que debía desfilar.

Informado también de la derrota de su compañero, consideraba lo expuesto de su situación, perseguido a retaguardia por Gellio, que debía unirse con el otro cónsul que tenía a su frente.

Aquel genio no desmayó ante tantas complicaciones y halló medios extraordinarios en aquella peligrosa coyuntura.

Dividió su ejército en dos cuerpos, atrincherando el uno en los desfiladeros para detener al vencedor, mientras que él, con el grueso de las fuerzas, se proponía abrir, por medio de un ataque vigoroso, el camino de la salvación.

Léntulo, que podía examinar los movimientos de Gellio desde la altura en que se encontraba, pero que no había visto ni sospechado la astucia de su contrario, desde el momento en que distinguió las cohortes aguerridas de su colega en el valle Inmediato, se decidió a abandonar las alturas para apresurar la unión de ambos ejércitos, cogiendo en medio por vanguardia y retaguardia al enemigo. Así lo había previsto Espartaco con su sagacidad reconocida, y empeñó la acción con tan vigoroso ímpetu, que Léntulo fue completamente derrotado antes de que el otro cónsul hubiera podido forzar las trincheras y barricadas que defendían los soldados de la rebelión.

Espartaco encargó a su segundo la persecución activa de los fugitivos, y él acudió con grandes refuerzos a apoyar el cuerpo de ejército que cerraba el paso a Gellio, sirviéndose hábilmente

de la disposición del terreno para hacer que sus montañeses, arrastrándose por las rocas y vertientes que había a uno y otro lado de las barricadas, cayesen como una exhalación sobre el ejército romano, que, sorprendido, se puso en precipitada fuga, dejando en poder de los insurrectos todos los bagajes y gran número de prisioneros, entre ellos 300 ciudadanos romanos.

La noticia de la simultánea derrota de ambos cónsules produjo en Roma un doloroso asombro, y ante la vista de todos aparecía el vil gladiador tal como era: transformado de esclavo en héroe. El Senado dio órdenes para que tomase el mando de los restos de las legiones el pretor Arrio, y antes de reponerse de aquel susto llegó a la ciudad la infausta nueva de que el pretor Manilo y el cónsul Cassio, que habían reunido en la Galia cispadana 10.000 hombres, habían sido también completamente derrotados, escapando a duras penas Cassio, acribillado de heridas, de manos de los insurgentes de aquellas regiones.

El triunfador se dirigió al Po con el inmenso botín y gran número de prisioneros, y antes de abandonar a Italia, donde había sido oprimido, quiso manifestar de una manera solemne los sentimientos que le animaban. Delante de todo su ejército hizo levantar una hoguera en honor de Crixo, el jefe de los galos, muerto por la libertad, y celebró las exequias con la pompa usada para con los generales romanos, honrando así los manes de los galos al considerar a Crixo no como un insurgente, sino como un ciudadano muerto en defensa de la patria y digno de que ella le prodigase los honores fúnebres. En ese mismo acto, y para vengar la infamia y la degradación que

se hacía caer sobre el esclavo, obligó a los 300 ciudadanos que tenía prisioneros a batirse en torno de la hoguera, como hacían en el circo los gladiadores, esclavos de los ciudadanos romanos.

Espartaco mostraba así a los romanos que comprendía la dignidad del hombre, daba una verdadera lección de igualdad a las castas antiguas y hería el orgullo aristocrático de Roma en su fibra más sensible. «¿Quién se habría atrevido a sospechar –exclama Cicerón al hablar de este suceso– que los ciudadanos romanos se verían expuestos a sufrir una suerte tan servil y oprobiosa?»

A pesar de sus triunfos, prosiguió Espartaco su retirada hacia los Alpes; pero halló el Po tan considerablemente crecido con las lluvias, que le fue imposible vadearle.

En aquel solemne momento, reflexionando acerca de su situación, determinó el gladiador caer sobre Roma, porque de todos los puntos de Italia le llegaban refuerzos, aumentando así el gran ejército de 120.000 hombres que tenía a sus órdenes. Comprendía además que, desmoralizadas las legiones romanas por las recientes derrotas, podría llegar a la ciudad, tan consternada por los señalados y gloriosos triunfos de los esclavos, y que sus habitantes, según Eutropio, se hallaban asustados y suspensos como si al mismo Aníbal lo tuvieran a las puertas.

No puede acusarse ciertamente de orgulloso o de loco al que concibió tan atrevido proyecto. Después de la serie de triunfos que la insurrección de esclavos venía alcanzando, pudo creer llegado el instante de atacar en el centro de las preocupaciones el principio de las castas y acaso considerarse como instrumento de la gran renovación social. Bien comprendía las grandes dificultades de esta empresa, y, decidido a arrostrarlas, hizo matar a todos los prisioneros, quemar los bagajes y el botín, degollar los animales; y como había de aprovecharse del espanto que debía producir, se quedó solo con los hombres a propósito para la guerra, despidiendo y licenciando a todos los que podían embarazar su marcha. Hecho esto, emprendió resueltamente el camino de la capital del imperio.

El pretor Arrio había reorganizado las legiones de los cónsules y se presentó a disputar el paso a Espartaco, que dio entonces la primera batalla formal sin valerse de estratagemas ni de golpes de mano, disponiendo evoluciones militares como los capitanes valerosos y consumados. Tito Livio, al referir las circunstancias de esa brillantísima victoria, se expresa de este modo:

«La vergüenza no me permite insistir más en los detalles de esa acción, en que el ejército romano quedó completamente destruido.»

Salustio añade:

«Los soldados romanos emprendieron la fuga en diversas direcciones; unos se dispersan para ocultar su marcha,

otros se reúnen en pequeños grupos para forzar los pasos, y no faltan algunos que se apoderan de los bagajes y se refugian en la próxima aldea.»

Roma quedó completamente consternada, hasta el punto de que, convencidos de una próxima invasión y de un saqueo, no hubo nadie que se presentase en los comicios para obtener la pretura, puesto generalmente codiciado por los ambiciosos.

La multitud abandonada daba gritos y gemidos confusos. Salustio dice que los ciudadanos, las mujeres y los niños se arrojaban a los pies de los senadores y les conjuraban para que pusiesen a salvo sus vidas y haciendas del peligro que les amenazaba.

En tal estado, Craso, muy conocido en Roma y rival de Pompeyo, ofreció en el Campo de Marte encargarse de la pretura y salir en busca de Espartaco.

Aceptada la oferta, se decidió que, además de las antiguas legiones consulares, se organizarían otras seis inmediatamente, y en el edicto que publicó el general de los ejércitos romanos decía que cuando la Italia se hallaba amenazada de total ruina, no podían ser motivos de exención para los enganches la edad, la condición ni los servicios prestados. Antiguos guerreros, jóvenes de la nobleza, el pueblo, todos acudieron en tropel, agotándose los recursos, mientras que las ciudades latinas, asustadas también por los progresos de los insurrectos, reunían tropas que debían unirse a las de Craso.

¿Quién podrá tachar, al ver todos estos preparativos, de insensato el proyecto del gladiador, cuando el historiador Floro exclamaba: «¿Podía sospecharse que se necesitaría la reconcentración de todas las fuerzas romanas para dar cuenta de los esclavos sublevados?»

Craso dispuso que Mummio, su primer lugarteniente, se adelantara con dos legiones y reorganizase los restos del ejército de Arrio, ocupando los desfiladeros de las montañas para entretener a Espartaco; pero aquél quiso distinguirse, y en la primera ocasión presentó batalla a su contrario, que le derrotó, causándole grandes pérdidas.

Fue esto debido muy principalmente a que los antiguos legionarios, bajo la presión de la derrota que acababan de experimentar, comunicaron el pánico a los nuevos, hasta el punto de que un cuerpo compuesto de 500 hombres de la primera línea arrojó vergonzosamente las armas y emprendió la fuga. Por un azar venturoso para Roma, llegó Craso a tiempo de reanimar a los fugitivos y de ocupar los desfiladeros antes que Espartaco hubiese podido hacerse dueño de ellos.

Craso castigó severamente a los que tan cobardes se habían mostrado: los diezmó para apalearlos y sujetó a los otros a trabajar sin armas en las ocupaciones del campamento, concluyendo por manifestar que los que tuvieran miedo del gladiador debían temer todavía más a su propio general. Hecho esto, puso en planta el mismo plan trazado a Mummio: se estableció en las gargantas del Apenino, desde donde vigiló todos los caminos que se dirigían hacia el Lacio.

Conseguía por este medio tranquilizar a Roma y privaba a Espartaco de los inmensos recursos que sacaba de las montañas, de que había hecho hasta entonces fortalezas inexpugnables.

* * *

Espartaco, que halló así atrincherado al enemigo, emprendió marchas y contramarchas, esperando siempre atraer a Craso al combate; pero éste se contentó con vigilar y oponer un impenetrable parapeto.

Si acampaba algunas veces, establecía grandes puestos avanzados de gente decidida, y Espartaco pudo convencerse de que se le había adelantado su enemigo y le había robado la táctica que tan buenos resultados le diera.

Diferentes veces retó a las legiones romanas para sacarlas de sus posiciones ventajosas, y como no lo consiguió, en vez de forzar el paso, se mantuvo a su vez tranquilo y resignado.

Podía esperar Espartaco que las ciudades latinas que recientemente se habían levantado en armas contra la tiranía de Roma y provocado guerras sociales, secundarían sus proyectos, esperanza tanto más fundada cuanto que la destrucción de Roma traería necesariamente en pos la emancipación de las antiguas ciudades de Italia, que le saludaban ya con entusiasmo, apellidándole Aníbal.

La esperanza de Espartaco quedó convertida en una ilusión, pues aun cuando todos los días se presentaban nuevos reclutas en su ejército, no hubo ciudad alguna latina que se declarase

en su favor, y la mayor parte de los que se alistaban bajo su bandera eran esclavos o extranjeros sin armas, que servían acaso para embarazar más su marcha. Supo también muy pronto que algunas ciudades latinas enviaban refuerzos a Craso; y reducido a sus propias fuerzas, desprovisto de máquinas y material necesario para el sitio, hubo de renunciar por entonces al proyecto de marchar sobre Roma, determinación que halló mala acogida en el ejército.

Había muchos en el gran ejército de los sublevados que, ante la idea de apoderarse de aquella ciudad, olvidaban por completo las dificultades, entonces insuperables, que a su propósito se oponían, y Espartaco no había creído realizable ese sueño sino a condición de que las principales ciudades de Italia le hubiesen prestado su apoyo moral y material. Porque Espartaco unía la sublevación de la esclavitud a la universal y trataba de hacer una revolución verdadera que libertase a todos los oprimidos por el yugo férreo que les imponía la tiránica Roma.

Contra esa tiranía se sublevaban reiteradamente las ciudades latinas, se provocaban guerras sociales para conquistar el derecho de ciudadanía, sublevaciones que pusieron a Roma muchas veces al borde del abismo.

Montesquieu, apreciando esas circunstancias, dice que, obligada Roma a combatir contra los mismos que le servían de manos para encadenar al universo, iba a verse reducida al recinto de sus murallas, y concedió entonces el tan deseado derecho a los aliados que habían permanecido fieles; después, poco a poco, lo fue concediendo a todos.

Puede perfectamente comprenderse que reflexionara Espartaco en todo esto y que llegase a alimentar la esperanza de concluir con la dominación romana y proclamar sobre sus ruinas la libertad de Italia, proyecto gigantesco que necesitaba del concurso moral y material de las principales ciudades latinas.

Estas razones, que pesaban sin duda en el ánimo del jefe, no eran comprendidas por el ejército, y los galos especialmente, que se inspiraban en su naturaleza guerrera y atrevida, mostraban su descontento y pretendían forzar las trincheras de Craso, sin atender a que detrás de él se disponían las poblaciones a apoyar la causa de Roma.

* * *

Dominados, por fin, estos tumultos, el jefe, que acababa de adquirir noticias favorables de los piratas sicilianos, emprendió el camino de Lucania, perseguido por el ejército de Craso, con intento de volver a su antiguo retiro de los Abruzos, proyecto tanto más practicable cuanto que, llevando delantera a Craso, llegaría el primero a los Apeninos en la extremidad del continente. Allí Italia, encerrada por el estrecho, termina cortada por dos promontorios, el de Bucio y el de los Alentinos, y no teniendo por entonces escuadra Roma en uno ni en otro mar, era fácil prolongar la guerra en los desfiladeros.

Bullían en la mente de Espartaco otros proyectos, y, auxiliado por los buques que debían proporcionarle los piratas, esperaba poder pasar a Sicilia y sublevar a los esclavos, transportando allí el teatro de la guerra, plan muy realizable, porque en Sicilia

se conservaba viva la memoria de Euno y Atenion en el corazón de los esclavos.

Aquellos nombres servían de bandera de guerra para conservar la desconfianza contra los amos, que desde la última guerra habían aumentado sus rigores, mientras que los magistrados romanos, impulsados por la insaciable necesidad de lujo y de riqueza, habían agriado por medio de vejaciones al pueblo siciliano. Verres, gobernador de la isla, había sobrecargado los tributos, atrayéndose la animadversión general, y como Espartaco le conocía, llegó a esperar que si pisaba la isla podría atraerse aquel ambicioso que pactaba con los corsarios y piratas.

El jefe de la insurrección, dispuestos todos estos preliminares, trató de llegar de nuevo a Turio, colocándose en el ángulo del golfo, donde los piratas sicilianos debían ir a buscarle con sus buques, en que podía atravesar el estrecho, llevando 3.000 hombres para apoderarse de la isla. La persecución que sufría desconcertó este plan, y se vio obligado a no pasar adelante.

En aquella ocasión los galos, orgullosos como siempre, levantaron de nuevo sus murmuraciones y quejas por supuestos favores otorgados a sus compañeros los tracios y los lucanios, quejas que vinieron a resolverse en reclamar jefes de su nación que reemplazasen a los muertos Casto, Granico y Canimaco, marchando desde entonces a remolque del ejército, sirviéndole de rémora.

Espartaco se hizo dueño por la fuerza de Cozencia, y después de asegurarse de que la plaza no era defendible, la abandonó, llevándose muchas provisiones y gran número de habitantes. De allí pasó a los grandes bosques de Sila, hizo alto en las montañas y buscó posiciones para defenderse a todo trance y esperar la llegada de los piratas.

El Brucio es un largo promontorio cuya extremidad llega hasta el estrecho de Sicilia, y los insurgentes fijaron su campamento entre los golfos de Sila y de Hipponna, en el linde del bosque más espeso y extenso que hay en Italia. Desde allí hasta el punto ulterior del continente se extendía la montaña entre Locres y Reggio en un espacio de 80 millas y con vertientes a los mares; veíanse allí límpidos manantiales, excelentes pastos y toda clase de árboles resinosos, lo que daba gran abundancia de víveres y ganados, ventaja no despreciable en la situación en que se encontraban los insurgentes.

Fortificados ya, y al abrigo de un golpe de mano, esperaron a los sicilianos, que se presentaron muy luego, no con los buques que esperaba Espartaco, sino como encargados de hacer el pacto y recibir a cuenta sumas para disponer la escuadra, que se hallaba desmantelada en el Epiro. No hubo otro remedio que acceder a las pretensiones de los corsarios, que llevaron también el encargo de desembarcar en la costa de la isla algunos emisarios que mandaba Triocale para ponerse de acuerdo con los criados de un siciliano llamado Leónidas y preparar el alzamiento de los campesinos entre Agrigente y Selinunto.

Craso se hallaba entonces a la entrada de la península, ocupada por los revolucionarios, y escarmentado por los anteriores desastres, no intentó penetrar en ella y concibió un proyecto que parecía impracticable: abrir un foso a todo lo largo del istmo, de mar a mar, dejando encerrados a los rebeldes en el rincón que ocupaban. Por este medio entretenía a las tropas, castigaba a los antiguos legionarios, quitaba los recursos a los insurgentes y los reducía así a la desesperación.

Nadie creía en la posibilidad de su proyecto, y parecía tan fuera de razón y tan quimérico a los mismos sitiados, que no hicieron grandes esfuerzos para impedirlo. Craso, por su parte, procuraba ocultar los progresos de su obra, llevándola adelante con mucho vigor, hasta el punto de que, cuando se descubrió la muralla, los insurgentes se vieron encerrados por todas partes por una trinchera de quince pies de anchura con otra tanta elevación. La situación llegó a ser grave, y en medio de todas estas contrariedades pudo Espartaco cerciorarse de que los piratas sicilianos le habían robado y engañado miserablemente, haciendo la escuadra rumbo con su botín hacia las islas Jónicas.

No se desalentó por eso el intrépido general, y se dispuso a atravesar el estrecho de Mesina en balsas improvisadas con los corpulentos árboles del bosque.

* * *

Salustio refiere detalladamente la empresa aventurera de aquellas gentes, que parecían soñadores y delirantes más que hombres de armas. Describe la situación del Istmo, que en otros tiempos unía la isla con el continente, y después añade:

«El estrecho de Sicilia tendrá unas 35 millas de largo y en su menor anchura más de 3.000 pasos; allí se hallan los famosos monstruos marinos Scila y Caribdis, uno a cada lado, y las corrientes que forma Caribdis absorben en simas ocultas los efectos de los naufragios, que aparecen después a más de 60 millas de distancia.»

Tan peligroso estrecho quería atravesar Espartaco sin buque alguno, y para ello preparó muchos árboles, se apoderó de los toneles que halló a mano y construyó balsas de muy mal aspecto con ramas retorcidas. Apenas cayeron al mar, desaparecieron en el abismo a la vista del ejército absorto, y aunque intentaron hacer otras menos imperfectas, nadie podía dirigirlas, porque, arrebatadas por la corriente, se estrellaba en las rocas de Scila o se sumergían en las simas de Caribdis. Hubo que renunciar a estos medios y decidirse a morir matando o abrirse paso a toda costa saltando el foso y escalando la muralla que les cerraba el paso, y, en efecto, a esta empresa temeraria se resolvieron aquellos hombres desesperados.

Los trabajos emprendidos por Craso eran tan complicados, que, por mucho empeño que en ellos pusiera, quedaba aún una gran brecha de muchos metros hacia la parte del mar superior. Por allí podían escapar los insurgentes, aunque no era muy fácil, por la vigilancia del enemigo. Pero como Espartaco había dado tales muestras de audacia y de genio, halló la ocasión que esperaba en el rigor mismo de la estación, y aprovechando una noche de gran nevada, llenó el foso con todo lo que encontraba a mano, tierra, leña, ganados, cadáveres, prisioneros de guerra degollados, y sobre aquel montón hediondo y horrible pusieron sus plantas los

desgraciados fugitivos para burlar a sus perseguidores, lo cual consiguieron, haciendo de este modo que fuesen perdidos el tiempo y el trabajo empleados en sus gigantescas obras defensivas.

Espartaco, apenas se vio fuera del recinto, se dirigió apresuradamente a la Lucania con el propósito de llegar al puerto de Brunduro y salir, si era posible, de Italia, donde todo conspiraba contra él; pero supo entonces que Lóculo, con su escuadra, acababa de llegar a dicho puerto, y se dirigió a la izquierda, sin saber qué determinación tomar.

Craso, entretanto, al ver aquel rasgo de audacia, temió que los esclavos se encaminasen directamente a Roma, y se apresuró a escribir al Senado que la situación estaba más grave que nunca y que era urgentísimo llamar a toda prisa a Pompeyo, que se hallaba en España, y a Lóculo, que mandaba en Macedonia.

Esto era abdicar y reconocer su impotencia para vencer a los sublevados, humillación a la que de seguro no se sometiera Craso si no viera el peligro tan inminente, que creyese deber sacrificar su orgullo, su posición y su nombre a la salvación de Roma. Su temor, sin embargo, era infundado: la discordia entre galos y tracios era para los sublevados una causa de debilidad tan grande, que debía conducirlos a la más completa ruina.

La desunión es más temible que todos los enemigos.

Los galos se insurreccionaron de nuevo y se separaron del grueso del ejército, acampando, con sus jefes a la cabeza, en las lagunas saladas de Lucania.

VIII. FIN DE LAS GUERRAS DE ESPARTACO

En hora menguada se decidieron los galos a separarse de Espartaco y a dividir así el ejército de los esclavos emancipados, porque Craso, ganoso de gloria y temiendo la rivalidad de Pompeyo, a quien él mismo había mandado llamar, se apresuró a aprovecharse de esta escisión del campo enemigo y, rehuendo un encuentro con las fuerzas de Espartaco, marchó en busca de los galos, a los que derrotó, y sin duda les hubiera ocasionado grandes pérdidas sin el pronto y oportuno socorro de aquél, que obligó a los romanos a suspender su persecución, dando tiempo a los galos para rehacerse y retirarse al monte Calarnarco.

Ni la vergüenza de este descalabro ni los temores de los que podían sobrevenirles bastaron a convencer a los orgullosos galos de que sólo unidos al héroe tracio podrían hacer frente a sus enemigos; antes por el contrario, empeñados en seguir su fatal destino, no tardaron en experimentar una formal derrota.

Deseoso Craso de concluir con los enemigos, aislados como estaban, mandó tomar una eminencia que dominaba el campamento galo, enviando una división de 6.000 hombres al mando de sus lugartenientes Pontinio y Marcio Rufo. Llevaban orden del pretor de acometer la empresa al rayar el día y con el mayor silencio, a fin de sorprender a los galos; pero una feliz

casualidad hizo que éstos descubrieran el intento por dos mujeres que a aquella hora salían de su campamento, y vigilantes ya, apenas los romanos se presentaron, cayeron con tal empuje sobre ellos, que, si Craso no acudiera, hubieran obtenido una brillante victoria. Hábil táctico Craso, se retiró con su gente, atrayendo a los galos a una llanura húmeda y resbaladiza, donde casi impunemente les mató 10.000 combatientes.

No fue éste el único triunfo obtenido por Craso, pues en otro encuentro que tuvo con los galos les mató 6.000 hombres y les hizo 900 prisioneros, recobrando cinco águilas romanas y 20 banderas.

Entretanto, la altiva Roma estaba en la más cruel angustia, pues cuando creía el ejército del gladiador completamente destruido, veía temerosa que ni la habilidad de un experimentado general ni las numerosas falanges que contra él enviara eran bastante para aniquilarlo.

Por otra parte, la vergüenza de su propia impotencia para terminar de una vez aquella guerra servil contribuía también a mantener a Roma en continua alarma, dando margen a que el pueblo murmurase y se quejase públicamente contra el pretor Craso, a quien creía culpable de este resultado. Efecto, sin duda, de esta creencia, el pueblo pidió a gritos la vuelta de Pompeyo, único en quien confiaba para librar a Roma del peligro de tal guerra, y el Senado entonces le escribió para que se apresurase a volver de España con su ejército.

Esta medida, que el mismo Craso había aconsejado en un

principio, contrarió sensiblemente al vencedor de los galos, temiendo que Pompeyo, a quien ya no necesitaba, viniese a recibir los laureles que tanto le había costado ganar, privándole así del consulado a que aspiraba, lo que le hizo desear con más ardor que nunca empeñar una acción decisiva con Espartaco.

Refugiado éste, después de la derrota de sus compañeros, en el monte Cliban, cerca de la ciudad de Petalia, al fin del bosque de Sila, evitaba, y con razón, un encuentro con Craso, tratando al mismo tiempo de posesionarse de esta plaza importante y bien fortificada.

Conocedor Craso de este proyecto, ordenó a Tremelio Stresta, su cuestor, y a Quintio, su lugarteniente, que hostigasen la retaguardia del enemigo, mientras él trataba de atacarlo de frente. Viéndose así colocado Espartaco, hizo una rápida evolución sobre su retaguardia, arremetió valerosamente a Tremelio y su compañero, los envolvió, los derrotó y, poniéndolos en completa fuga, hizo prisionero al mismo cuestor, que fue herido gravemente.

Tan señalada victoria proporcionó a Espartaco ocasión de rehacerse de las pérdidas que el orgullo de los galos había hecho sufrir a sus huestes, dándole tiempo para crearse una posición más ventajosa y poder esperar con mayor seguridad los acontecimientos; ésta era, sin disputa alguna, la mejor medida que podrían adoptar los esclavos; pero la confianza renacida en ellos por el nuevo triunfo les hizo olvidar los sabios consejos de su general, y, ansiosos de gloria y no escuchando más voz que sus deseos, arrastraron a Espartaco por el camino de Roma, donde les aguardaba atrincherado con su gente el

pretor romano. Este no quiso precipitarse en el ataque, sino que, cubriendo con sus tropas todas las salidas practicables, trató de encerrar a los esclavos en un estrecho círculo para que se rindiesen a discreción.

El plan de Craso ponía a los insurgentes en un aprieto, pues mal provisionados y faltándoles todo, iban desfalleciendo y hasta desordenándose, a lo que no poco contribuían los galos escapados de la última derrota. Todo esto desanimaba a Espartaco, que, como buen conocedor y experimentado general, no confiaba en la loca esperanza del triunfo que animaba a sus soldados, los cuales querían ir derechos al enemigo. Por otra parte, el temor de que Pompeyo se hubiese ya reunido con Craso y la falta de caballería le impedían provocar una acción decisiva.

Presintiendo la derrota, quiso Espartaco intentar un último medio de arreglo y evitar la efusión de sangre, proponiendo al pretor romano que concediese a los rebeldes una honrosa transacción, alegando que ellos eran dignos de la libertad, que habían conquistado a costa de tantos combates y de tanta sangre derramada. Craso rehusó conceder la capitulación que se le pedía por ser demasiado vergonzoso para el ejército romano el transigir con los que consideraba viles esclavos.

Semejante negativa coincidió con la llegada al campamento de Granico y Casto, jefes galos a quienes Espartaco había encargado la compra de caballos. Estos jefes habían traído un pequeño refuerzo, y Espartaco entonces pudo reorganizar su gente, marchando con ella a situarse en los valles Hirpenios, cerca de la aldea de Catana.

Por más que el común peligro hubiese hecho desaparecer en gran parte las rivalidades entre los galos y los tracios, el orgullo de aquéllos no les había permitido vivir en el mismo campamento que éstos, y de ahí el que, estando separados ambos bandos, Craso concibiese el plan de derrotarlos de una vez. Efectivamente, el resultado correspondió a sus deseos mucho más acaso de lo que él podía esperar.

Sin separarse de su plan, estrechó Craso a los insurrectos entre dos fuertes divisiones; abandonó una de ellas, dejando en su campamento las tiendas, incluso la del general, y fue a emboscarse en un punto estratégico con la mayor parte de su gente. En seguida mandó a Quintio que dividiese la caballería en dos cuerpos desiguales y que el uno se lanzase sobre los tracios, en tanto que el otro lo hacía sobre los galos, amagando un ataque formal, pero que se retirasen momentos después hacia el punto donde él les esperaba emboscado.

Los tracios conocieron la, estratagema y no siguieron a la caballería; no así los galos, que, engañados por aquella simulada huida, dieron tras los jinetes y cayeron en la emboscada, donde fueron deshechos y acuchillados.

El momento era solemne; Espartaco así lo comprendió, y, decidido a intentar un supremo esfuerzo, volvióse a sus soldados y les recomendó vender cara la vida, exhortándoles a morir antes que rendirse, haciéndoles notar que con la derrota sólo hallarían infames suplicios y segura muerte. Los entusiasmó hasta el punto de jurar todos morir antes que retroceder o rendirse, y para quitarles toda esperanza de gracia de parte de los romanos hizo crucificar sobre el campamento

algunos de éstos que tenía prisioneros. En seguida mató a su propio caballo, exclamando que, *vencedor, encontraría muchos de que servirse y, vencido, no necesitaría ninguno.*

Animados con el ejemplo de su general, se arrojaron los insurgentes con valeroso ímpetu sobre los romanos; trabóse la lucha, lucha terrible, sangrienta y cruel; ambos ejércitos se confundieron en uno solo. Por mucho tiempo la victoria se mostró indecisa, hasta que Espartaco, conociendo que la suerte de los romanos dependía de la de su jefe, atravesó las filas enemigas y buscó a Craso para combatirlo cuerpo a cuerpo. No encontrándolo, y viéndose perseguido por dos centuriones que le acosaban de cerca, contra ellos se revolvió y les dio muerte.

Tarde era ya para retroceder y reunirse con sus soldados: rodeado de enemigos, el héroe combatió desesperadamente y logró por un momento alargar el circulo de hierro en que le envolvían; pero todo su valor y sus prodigiosos esfuerzos terminaron por ceder ante la numerosa cohorte de enemigos que le estrechaba, y, herido en una pierna de un golpe de pica, cayó de rodillas. Defendióse todavía con su rodela como pudo, hasta que, cubierto de heridas, sucumbió ante sus admirados enemigos.

Muerto Espartaco, genio guerrero que animaba y dirigía la batalla, los esclavos comenzaron a cejar; pero, fieles a su promesa, por mucho que esta desgracia les afectase, no quisieron entregarse.

Salustio declara que ninguno perdió la vida sin haber antes

vengado su muerte fieramente. Allí, sobre el mismo terreno que combatiendo ocupaban, reposaban sus cadáveres, todos heridos de frente, siendo tan sólo dos los que lo fueron por la espalda.

El mismo Floro confiesa que recibieron una muerte más digna de nobles guerreros que de viles esclavos.

Difícil sería determinar el número de los que perecieron en aquella célebre batalla; los que lograron escapar divididos en pequeñas partidas, se dispersaron por las montañas buscando un refugio.

Perseguidos por Craso y vendidos por los campesinos, hasta entonces sus amigos, pero que cambiaron en cuanto supieron la muerte de Espartaco, fueron casi todos destruidos.

De 40.000 sublevados de que se componía el ejército insurgente, tan sólo 6.000 fueron hechos prisioneros, y a éstos mandó crucificar Craso a lo largo del camino de Capua a Roma con el fin de imponer a todos los esclavos de Italia; y, hecho esto, tomó con su ejército la vuelta de la capital, llevando consigo 3.000 prisioneros romanos que había encontrado entre las huestes de Espartaco.

Así terminó la más grande de las rebeliones de esclavos que registran los anales de la historia antigua. La muerte del héroe tracio fue el final de una lucha gigantesca, iniciada cuatro años antes por un puñado de valientes que llegaron a hacer temblar a la soberbia Roma.

En la lucha que acabamos de referir demostraron perfectamente los esclavos que eran iguales, ya que no superiores, en genio, talento y valor, a sus amos; tal lo comprendieron los mismos romanos. Salustio, en la narración que de aquella lucha hizo, dice:

«Así concluyó esta guerra servil, tan vergonzosa para Roma, si bien en esta ocasión tuvo que vencer a enemigos *cuyo valor personal era superior a toda comparación*. En otras circunstancias los romanos habían conquistado fácilmente grandes naciones provistas de todos los medios de ataque y de defensa; en ésta vencieron a enemigos que de esclavos se habían hecho hombres y a quienes el furor había tan sólo armado.»

¡A tal extremo llegaba el loco orgullo de los romanos, que se avergonzaban de la guerra que tuvieron que sostener con sus esclavos! La preocupación del espíritu de casta no les dejaba reconocer la igualdad más que cuando ésta se imponía de una manera sangrienta y terrible.

A pesar de la victoria alcanzada sobre los esclavos, Craso no fue recibido en Roma con los pomposos honores del triunfo, que se concedían con frecuencia por sucesos menos importantes; y esto fue porque el orgullo ofendido de haberse aquél obtenido sobre una raza llamada vil, hacía avergonzar al Senado y al pueblo y les impedía celebrarlo fastuosamente. El mismo Craso no se atrevió a pedir aquellos honores y se limitó a hacer su entrada en Roma a pie y seguido de sus soldados.

La muerte de Espartaco parece que debía poner término a la guerra servil; pero Roma tenía que sufrir la humillación de nuevos sobresaltos y temores.

Publipor, amigo del héroe tracio, se refugió con una partida en las montañas después de la desgraciada derrota de los esclavos, y allí, con los conocimientos prácticos que del terreno tenía, logró escapar a las persecuciones de Craso. En un principio se concretó a recorrer las campiñas de la Lucania, y bien pronto reunió un pequeño ejército de 5.000 esclavos, con el que atravesó el Abruzzo y cayó sobre Temsa, ciudad no fortificada, en la que se proveyó de armas y víveres, marchando desde ella al bosque de Sila.

A su paso por las costas del golfo Hipponno intentó apoderarse de las barcas de los pescadores para ganar con ellas la mar; pero no pudo conseguirlo, porque éstos las ocultaron, teniendo que concretarse a explorar por el día los alrededores de la ciudad de Hipponno y durante la noche rodearla con su gente para tener a sus moradores en constante alarma. Su objeto era apoderarse de la plaza como punto estratégico, y para ello esperaba, cercándola, encontrar ocasión propicia.

La noticia de la toma de Temsa y del peligro que Hipponno corría alarmó de nuevo a Roma, hasta el punto de que nadie quería encargarse de la expedición contra Publipor, viéndose otra vez despreciada la alta dignidad de pretor, que siempre había sido disputada por todos.

Hipponno se salvó por una casualidad; exhausta de recursos

y sin medios para prolongar su resistencia, hubiera, sin duda, sucumbido a no ser por el pretor Verres, que, regresando de Sicilia, pasó cerca de aquella plaza, y aunque no quiso detenerse a combatir a Publipor y siguió con su gente para Roma, éste, que tuvo noticia de la aproximación de las huestes romanas, no considerándose aún con fuerzas suficientes para hacerlas frente, levantó el sitio y abandonó aquella comarca, renunciando a embarcarse, y se dirigió hacia los Alpes para forzar su paso y salir de Italia. Conocedor práctico del terreno, salvó todas las dificultades que se le presentaron, hasta que, ya próximo a la realización de su plan, se encontró con Pompeyo, que regresaba de España, y, rodeado por todas partes por su ejército, tuvo al fin que aceptar la batalla. Esta fue corta; las aguerridas tropas romanas arrollaron bien pronto a Publipor y sus bravos, que no quisieron rendirse, y fueron casi todos muertos en la acción.

Con Publipor terminó la terrible guerra que Espartaco iniciara en Capua contra la opresión y la tiranía. Durante el tiempo de la lucha entre la democracia y la aristocracia, entre los amos y los esclavos, éstos dieron sobradas pruebas de que aspiraban a establecer un régimen social mucho más armónico y justo que aquel en que vivían oprimidos. Veamos, si no, a Espartaco en Turio restableciendo entre sus desordenadas huestes la disciplina y el orden, desterrando el lujo y condenando la corrupción, acostumbrando a sus soldados a despreciar el oro y los metales y, como los espartanos, no guardar de aquéllos más que los necesarios para defender la libertad.

De esclavos que eran, se convirtieron en ciudadanos, en

legisladores; protegiendo la industria y el comercio demostraban que reconocían el valor que para ellos tenían estas ocupaciones; ofreciendo sus mismas leyes a todos los que quisiesen ampararse a su sombra probaban el culto que a la igualdad profesaban, y estableciendo, por fin, leyes justas y creando una nueva sociedad, contraposición de la que los esclavizaba, daban una lección severa de derecho igualitario a las castas dominadoras y explotadoras de la esclavitud.

Si Espartaco no consiguió fundar su república, concluyendo con el odioso privilegio de los opresores, no por eso dejó de dar fruto su generoso intento.

La sangre derramada en defensa de la libertad hizo despertar en el corazón de todos los esclavos, sus hermanos que gemían en cadenas, la esperanza de recobrar la independencia con el convencimiento de su propia fuerza, dando a conocer, por otro lado, a los voluptuosos ciudadanos de Roma, que en el seno mismo de aquella sociedad existía el germen destructor de su poderío y grandeza.

Tanto lo comprendieron así los romanos, que desde entonces redoblaron la tiranía y la crueldad para con sus desgraciados esclavos. Era su objeto atemorizarlos con los malos tratamientos e impedir que las clases serviles volvieran a inspirarles, con nuevas sublevaciones, temores de que se avergonzaban. Así, pues, el resultado de esta insurrección, de la que Espartaco es glorioso protagonista, fue un paso dado por las clases trabajadoras, consideradas como viles, en la senda del progreso.

IX. EMANCIPACIÓN GRADUAL DE LOS ESCLAVOS

En los capítulos anteriores hemos visto los inútiles esfuerzos de los esclavos de Grecia y Roma para alcanzar su emancipación y consolidarla por medio de las armas. Pero la emancipación de los esclavos, que no pudo ser obra de su propio esfuerzo, fue paulatinamente generalizándose por las necesidades de las mismas castas opresoras, llegando en la época de la decadencia del imperio a constituir los emancipados o libertos la clase preponderante hasta en Roma.

Las leyes concedían al Estado, como a los particulares, el derecho de emancipar sus esclavos; pero durante largo tiempo este derecho se ejerció con mucha parsimonia.

Aquella puerta, por la cual el trabajador esclavo pasaba del ergástulo al foro, de la servidumbre a la libertad, se abría rara vez, y aun entonces la libertad del trabajador emancipado era tan imperfecta e incompleta, la distancia que le separaba del ciudadano nacido libre era tan grande, que en realidad formaba una clase intermedia entre el esclavo y el ciudadano.

El principio y la costumbre de las manumisiones fueron comunes a todas las sociedades antiguas, siquiera no

implicaran el derecho del esclavo a la libertad, sino la conveniencia de los amos y de los gobiernos, arrastrados por la necesidad en circunstancias azarosas.

En todas partes también el acto de la manumisión se efectuaba ante los magistrados con ceremonias especiales; pero en muchas partes, especialmente en Atenas y después en Roma, tuvieron que suprimirse estas ceremonias para despachar pronto y no perder tiempo.

Había en Roma muchas maneras de manumitir a los esclavos.

La más solemne de éstas, a causa de su origen y antigüedad, era la llamada *per vindictam*, del nombre de Vindicio, que fue el primer esclavo que emancipó el gobierno en recompensa de haber librado a Roma de caer bajo el yugo de Tarquino.

Esta clase de emancipación se efectuaba en presencia del pretor, del cónsul o del procónsul. El amo pedía al magistrado declarase libre al esclavo, y el magistrado, poniéndole sobre la cabeza la vara, símbolo de la justicia, llamada *vindicta*, decía:

«Declaro que este hombre es libre como los otros romanos.»

El lictor hacía dar una vuelta sobre sí mismo al nuevo hombre libre, diciéndole que ya podía irse adonde tuviera por conveniente.

Lo primero que hacía el esclavo emancipado era raparse la cabeza y cubrísela con el gorro frigio, símbolo de la libertad, y en seguida solemnizar el día de su emancipación consagrandolo a Ceronia, diosa de los emancipados, algunos de los objetos

marcas exteriores de su pasada servidumbre, como su cadena, si la había llevado, o las armas, si había sido gladiador.

Los dueños tenían en Roma, además, las siguientes fórmulas o medios legales para emancipar a sus esclavos. Consistía el primero en inscribir al esclavo que quería emancipar como ciudadano en los registros del empadronamiento; el segundo medio era dejar al esclavo heredero de sus bienes o encargado de la tutela de sus hijos, expresándolo terminantemente en su testamento, pues la ley no consentía ni la tutela de los hombres libres ni la propiedad en manos de los esclavos. También bastaba una carta del dueño declarando su voluntad de emancipar al esclavo, y ni aun esto era necesario: con que el amo, sentado a la mesa con su familia y amigos, le sentase a su lado a comer en su compañía, el esclavo quedaba emancipado. Por último, también quedaba libre cuando el heredero encargaba al esclavo que hiciera los honores fúnebres al cuerpo del amo difunto, autorizándole a seguir al fúnebre cortejo al cementerio, cubierto con el gorro frigio.

Veamos ahora las consecuencias que para el esclavo traía la emancipación.

Cuando el lictor decía al esclavo, en el momento de la emancipación: «Ya puedes irte donde mejor te parezca», no decía la verdad; porque no podía ir a ninguna parte sin el consentimiento de su antiguo amo, bajo cuyo patrocinio y tutela quedaba.

Todo en el liberto recordaba la condición de esclavo a que había hasta entonces vivido sujeto.

Debía de empezar por tomar el pronombre y el nombre de su amo, añadiéndoles el que tenía cuando era esclavo. Si el emancipado había sido esclavo de una ciudad, estaba obligado a tomar el nombre de ésta.

Todo esclavo emancipado debía distinguirse de los otros hombres libres en que llevaba rapada la cabeza, las orejas agujereadas y el gorro frigio.

De esta manera no podían nunca confundirse con los otros ciudadanos, y el sarcasmo y el desprecio los acompañaban por todas partes. Y este desprecio se transmitía de padres a hijos y no desaparecía a pesar de que el liberto o descendiente de libertos llegase a ser tribuno y caballero, cónsul o emperador.

Hablando de Mena, emancipado de Pompeyo, decía Horacio: «La fortuna no cambia la raza.»

Los ciudadanos romanos formaban, pues, una verdadera casta aristocrática, respecto a la cual los libertos y sus descendientes estaban en una condición de inferioridad semejante a aquella en que, durante muchos siglos, estuvieron después los plebeyos respecto a los nobles de sangre azul.

Las leyes no eran para los esclavos emancipados más propicias que las costumbres.

Los derechos políticos y civiles de los emancipados variaban según la manera con que se había hecho la emancipación.

Categorías había de libertos que, como los esclavos, ni podían poseer ni testar, y otros no podían ser militares.

Si el emancipado moría sin hijos y sin testar, sus bienes pasaban de pleno derecho a su antiguo amo o a sus herederos, a falta de éste. Pero el derecho de testar no lo poseían más que los esclavos emancipados por los magistrados: tuvieran o no familia, los que no habían sido manumitidos por la varita del pretor no podían disponer de sus bienes, de los que era heredero forzoso el que fue su amo y sus sucesores, a falta suya.

Al cabo de mucho tiempo esta ley bárbara se modificó, estableciéndose que si el emancipado tenía un hijo se dividiera su herencia, por partes iguales, entre éste y el que fue amo de su padre o sus herederos; si tenía dos hijos, el amo no debía heredar más que la tercera parte; si tres, la cuarta, siguiéndose, si tenía más, la misma proporción.

Justiniano modificó todavía la ley, estableciendo que si no pasaba de cierta suma el valor de la herencia del emancipado y éste tenía hijos, no tendría su antiguo dueño derecho a participar de la herencia.

En cambio de esta dependencia civil en que vivía respecto al amo y a su familia el esclavo emancipado, si éste dejaba hijos menores, aquél tenía la obligación legal de servirles de tutor y de protector, proveyendo a su educación y subsistencia. Pero ya puede imaginarse lo que serían tales protecciones y tutorías, dependientes en realidad del capricho y del carácter de los tutores.

Hasta el siglo VI, en tiempos de Justiniano, duraron las diferencias políticas y sociales que dividían en tres o cuatro clases a los esclavos emancipados; este emperador fue el primero que condenó estas diferencias, decretando que todos los emancipados disfrutasen iguales derechos. Las costumbres, con frecuencia más fuertes que las leyes, anularon durante mucho tiempo los efectos de la voluntad imperial.

Todas las categorías de esclavos emancipados estaban sujetas a una porción de cargas respecto a los amos emancipadores. Generalmente al libertar al esclavo le hacía jurar que, como prueba de agradecimiento, trabajaría para él después de ser libre, sin remuneración alguna, ciertos días del año.

Si el liberto no cumplía después lo prometido, la ley autorizaba al amo a retractar el acta de emancipación, volviéndolo a la esclavitud.

El liberto no podía casarse, ni emprender ningún negocio importante, ni trasladarse de un pueblo a otro, sin consultar primero a su antiguo amo; y si éste tenía a bien expresar su parecer, y no era seguido al pie de la letra, el emancipado volvía a la esclavitud. Si el amo o su padre o su madre caían en la indigencia, el hombre que había sido su esclavo debía mantenerlos, si tenía con qué, y si, pudiendo, no lo hacía, perdía de nuevo su libertad.

Durante tres generaciones ni el emancipado ni sus descendientes podían contraer matrimonio con las viudas, hijas, sobrinas o nietas del amo que le había libertado.

Lo dicho basta para comprender cuán poco envidiable era la suerte del emancipado en Roma, por más que fuera un verdadero progreso comparada con la del esclavo.

Bajo el punto de vista político, no era superior la condición de los libertos. Al principio no tuvieron ningún derecho político. Servio Tulio fue el primero que les concedió el derecho de ciudadanía, aunque relegándolos a las tribus más despreciables, y para no verse confundidos con ellos, los ciudadanos tuvieron desde entonces buen cuidado de añadir a sus nombres el de la tribu a que pertenecían.

Hemos dicho que la necesidad obligó cada vez más a la casta dominante en Roma a emancipar en gran escala los esclavos, y la primera de estas necesidades fue la guerra.

Durante mucho tiempo los emancipados estuvieron excluidos del ejercicio de las armas, considerado noble y digno únicamente de los ciudadanos romanos. Sólo en la Marina, como remeros, eran admitidos los libertos; pero, apurado, Nerón formó una legión de emancipados y de marinos, que se batió bizarramente; mas Galva, su sucesor, la disolvió, marchando de nuevo los remeros a sus galeras; y como quisieran éstos conservar al menos sus águilas y estandartes, Galva los hizo matar a todos. Y, sin embargo, ya hacía siglos que la aristocracia romana había tenido que buscar su salvación más de una vez en la bravura de los esclavos, rompiendo sus cadenas.

Obligados a resistir a un tiempo a galos, samnitas, toscanos y

otros enemigos, los romanos recurrieron ya, el año 457 antes de nuestra era, a formar legiones con los emancipados y a emancipar esclavos precisamente para darles armas. Pero cuando llegó a ser costumbre esta clase de manumisiones fue en tiempo de las guerras sociales. Así vemos a Mario, a su vuelta de África, emancipar a miles de esclavos para convertirlos en soldados.

César y Pompeyo imitaron a Mario improvisando ejércitos con esclavos emancipados. Arrastrado por la necesidad, Augusto sobrepujo a sus antecesores. Este mismo emperador, temeroso de una sublevación en Roma por la escasez de víveres, confió la guardia de la ciudad a legiones de libertos. De una sola vez, cuando la guerra de Sicilia, emancipó 20.000 esclavos para tripular la escuadra. En otra ocasión, para defender las orillas del Rhin y las colonias limítrofes de la Iliria, impuso dos veces como contribución a los amos de esclavos que le dieran un número de éstos proporcionado a sus fortunas, a los cuales concedió inmediatamente la libertad.

Tiberio compró también muchos esclavos para emanciparlos y mandarlos con Germánico al ejército de Dalmacia. Pero sin duda creyó que los había pagado demasiado caros y obligó a los amos que se los vendieron a proveerlos de víveres para seis meses.

Cuando el peligro había pasado, los señores romanos, temerosos de su obra, procuraron deshacerse de los libertos que les hacían sombra, ora anulando los efectos de la emancipación, ora asesinandolos a millares, ora mandándolos a formar colonias a las más apartadas provincias del Imperio.

Hemos dicho que Augusto emancipó 20.000 esclavos para mandarlos a la guerra de Sicilia; pues bien: a los que no perecieron en los combates, los devolvió a sus amos, y como muchos de éstos habían ya muerto o no fueran hallados, hizo asesinar a todos los que no pudo volver a la esclavitud.

¡Iniquidad horrible que sólo una casta aristocrática podía cometer! El esclavo no sólo servía para trabajar, para producir riquezas, sino para conquistar pueblos libres. Además de ser instrumento de producción, lo hacían también instrumento de opresión. La libertad que le concedían fue durante mucho tiempo una irrisión, una palabra vana.

Le quitaban la cadena de esclavo para poner en sus manos el hacha del verdugo, la lanza y la espada con que esclavizaba a otros; y cuando ya no les servía ni para producir ni para destruir, se deshacían de él, temerosos de que se apercibiera de su fuerza.

Para impedir las manumisiones, la aristocracia romana dictó leyes de carácter retroactivo. Una de ellas decía que no sería considerado como emancipado el que no lo hubiere sido con las formas solemnes del antiguo Derecho público, *per vindictam*, y a consecuencia de la opinión de un consejo que decidiera de la legitimidad de la emancipación.

Según la misma ley, los esclavos menores de treinta años no podían emanciparse sin la aprobación de dicho consejo; el amo que no pudiera pagar a sus acreedores, no podía emancipar a sus esclavos; el emancipado que cuando era esclavo hubiera sufrido una condena por causa criminal quedaba para siempre

excluido del derecho de ciudadano y debía relegarse a 100 millas de Roma; y por último, nadie, ni aun por testamento, podía emancipar a más de 100 esclavos. Todas esas restricciones parecían poco al emperador Augusto y, deseoso de que se conservase la pureza de la sangre aristocrática, prohibió a los senadores y a sus hijos que se casaran con las hijas de los esclavos emancipados.

Trabajo inútil el de aquel emperador, como el de todos los que han querido conservar intactas las castas aristocráticas; porque si éstas no se renuevan con nueva sangre, degeneran y se extinguen, como ya hemos tenido ocasión de decir en otro capítulo.

Por su número, cada día mayor; por su valor en la guerra; por su carácter entremetido y adulator; por su actividad en toda clase de especulaciones, los emancipados llegaron a formar una clase semejante a las llamadas medias de los tiempos modernos; envidiosa de las aristocracias y más vanidosa y pretenciosa que éstas; explotadora de los vicios de la aristocracia, lo mismo que de la miseria de la plebe y de la esclavitud; corrompida y cínica, que se burlaba de las leyes y que, arrastrándose a los pies de los emperadores, se servía de ellos como de instrumentos para dominar el mundo y dar rienda suelta a su vanidad y a su codicia, como vamos a ver en el siguiente capítulo.

La política del emperador Augusto contra los emancipados, predominante en la última época de su reinado, no pudo nada

contra ellos. En los reinados de sus sucesores Tiberio y Calígula, los libertos ganaron tanto terreno en la dominación política del Imperio que al llegar el débil, Claudio al mando supremo no fue ya más que un instrumento del poder de los esclavos emancipados, que a su turno imperaban sobre las antiguas familias de la aristocracia romana. Estas no podían avenirse con la insolencia de los libertos, y algunos de sus representantes en el Senado propusieron en tiempo de Nerón que a todos se les volviera a la esclavitud, puesto que generalmente abusaban de la libertad, no guardando a sus antiguos dueños las consideraciones debidas.

Esta proposición, que en otra época hubiera sido aceptada por aclamación, espantó a la mayoría de los senadores, que opinó debía castigarse individualmente a tal o cual emancipado que faltase a sus deberes; pero que, tomados en su conjunto, debían respetarse por ser una clase muy considerable. «Ellos son –decían los senadores– escribanos, alguaciles y asesores de los magistrados y de los sacerdotes; forman cohortes en la ciudad, y muchos son caballeros, y hasta hay senadores que descienden de ellos...»

El emperador fue de la misma opinión que la mayoría de los senadores.

Desde entonces puede decirse que Roma y el Imperio pertenecieron a los libertos, que imperaron en los palacios de los emperadores desde Nerón a Cómodo, desde Caracalla a Constantino.

X. LA EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS CON CONSTANTINO. RIQUEZAS Y PODER DE LOS EMANCIPADOS

Convirtiendo el cristianismo en religión del Estado, Constantino rodeó la nueva Iglesia oficial de toda clase de privilegios, y el clero supo aprovechar en beneficio de su poder aquella protección.

Para atraerse partidarios, los prelados obtuvieron del emperador que no fuesen los magistrados, sino el clero en nombre de la Iglesia cristiana, quien tuviese el poder de emancipar a los esclavos. Por una de sus leyes aquel emperador declaraba que las emancipaciones hechas en los templos cristianos en presencia de los obispos eran válidas, aunque sólo fuesen verbales, y que los obispos podían emancipar a sus esclavos mediante un acta firmada por sus clérigos.

No contento con esto, en otra ley dijo Constantino que los emancipados en la Iglesia cristiana gozarían de todos los derechos de ciudadanos romanos, derechos que hasta entonces no habían obtenido ni aun los emancipados por los magistrados.

Ya puede comprenderse la Influencia y el poder de atracción que estos privilegios concedidos a la nueva religión oficial

darían al clero de ésta, tanto sobre el de otras religiones como sobre las autoridades y los esclavos.

La ceremonia de la emancipación se celebraba en los templos cristianos de la siguiente manera:

El esclavo, vestido con una túnica blanca y cubierto con el gorro frigio, era bautizado, y después le hacían dar una vuelta sobre sí mismo, le daban un bofetón en la mejilla y le declaraban libre espiritual y corporalmente.

Como se ve, esta ceremonia participaba a la vez de las formas paganas y de las cristianas.

Al principio este privilegio fue obtenido solamente por algunas iglesias, como la de Roma, la de Córdoba en tiempo del obispo Osio y otras; pero poco a poco se extendió a todas las del Imperio.

Por lo que precede y por lo que vamos a referir, se ve que la generalización del cristianismo en el Imperio romano no fue obra de la predicación de sus apóstoles, sino una revolución social, llevada a cabo por medio de leyes y decretos emanados del poder civil.

Una ley de Constantino mandó poner en libertad a los esclavos de todo ciudadano que no profesase la religión cristiana, y publicó, además, muchos edictos prohibiendo a los paganos, judíos y herejes tener esclavos cristianos. Al mismo tiempo mandaba que todo esclavo de un hereje o pagano que se hiciese cristiano quedaba declarado libre por este solo hecho.

Pasar del paganismo, del judaísmo o de cualquier otra secta al catolicismo era recobrar la libertad. ¿Quién no había de hacerse cristiano?

No era, pues, la verdad ni la superioridad del dogma de esta religión lo que hacía a esclavos y amos abrazarla, abandonando las que antes profesaban, sino el interés personal. La generalización del cristianismo, por lo tanto, desde los tiempos de Constantino, no fue un milagro de la fe, sino una cuestión puramente política.

He aquí de qué manera el cristianismo fue en aquellos tiempos un verdadero progreso moral y social.

Valentiniano, Teodosio, Justiniano y otros emperadores, que abrazaron el cristianismo más como medio de dominación y político que de otra manera, continuaron la obra de Constantino.

La protección dada por los poderes civiles a la Iglesia católica contribuyó a enriquecerla de tal manera que los esclavos y emancipados pertenecientes a las iglesias eran para el clero que las administraba un manantial inagotable de poder y de riqueza.

El clero católico tenía, en efecto, sus libertos, lo mismo que sus esclavos, que dependían de él con las mismas condiciones que los de los ciudadanos; y el liberto que abandonaba el servicio de la Iglesia, entiéndase del clero, por este solo hecho volvía a la esclavitud.

La fórmula por la cual el emancipado perdía su libertad si abandonaba su nueva religión o el servicio de su templo decía así:

«Anda y sé esclavo, ya que no has sabido ser libre.»

Para recobrar la libertad, el esclavo debía abjurar y someterse de nuevo a la servidumbre de la Iglesia.

A los privilegios citados, la Iglesia católica fue agregando muchos otros sucesivamente. Así, por ejemplo, los esclavos que servían de padrino o de madrina en la pila bautismal o cualquiera que se hacía cristiano eran declarados libres. Todo esclavo que era ordenado sacerdote quedaba libre también.

Así fue cómo, poco a poco, desde los orígenes de la sociedad romana, fundada en la esclavitud, hasta la desaparición del Imperio, las emancipaciones fueron aumentando de una manera progresiva, hasta que la esclavitud se convirtió en servidumbre, siquiera no desapareciera del todo hasta los tiempos modernos.

Como ya hemos visto en los capítulos precedentes, el esclavo emancipado no quedaba completamente libre. Su nuevo estado era una verdadera servidumbre. La suma mayor o menor de libertad real que disfrutaba dependía de la voluntad del que fue y continuaba siendo su amo. ¿Qué otro camino le quedaba abierto al emancipado más que congraciarse con el amo, adularlo bajamente, halagar sus vicios y servirle en todo de dócil instrumento?

La moralidad y la dignidad del hombre fueron y serán siempre proporcionadas a la suma de su libertad; su abyección, su bajeza, su inmoralidad, estarán siempre, por lo mismo, en relación directa de la dependencia de otros hombres a que esté sujeto.

Por esto la emancipación a medias de los esclavos, lejos de ser una causa de progreso moral, de prosperidad, de trabajo libre y de independencia, no era más que un aumento de la corrupción de las costumbres y una nueva causa de decadencia y de miseria para aquella sociedad.

El esclavo emancipado, en efecto, no podía pensar en trabajar; lo uno, porque no comprendía que lo hicieran libre para continuar trabajando como cuando era esclavo; lo otro, porque no era posible al hombre libre sostener la concurrencia del trabajo de los esclavos, cuyas producciones salían a sus dueños baratísimas. Además, la organización económica e industrial de aquella sociedad no dejaba en realidad al hombre libre más que un reducidísimo número de funciones que desempeñar. Cada familia medianamente acomodada tenía en su casa esclavos, que así molían el trigo como amasaban el pan, hilaban la lana y la tejían, como hacían el calzado, las esteras y cuantos objetos necesitaban para su uso. La industria tenía un carácter doméstico general que reducía la producción y el comercio a proporciones relativamente mínimas comparadas con las de las sociedades modernas.

¿Qué hacían, pues, los emancipados? La corte a sus amos; servirles de cortejo, de instrumentos de sus vicios y crímenes; arrastrarse bajamente a sus pies, adulándolos y procurando

satisfacer sus menores caprichos para obtener sus favores, para devorar los restos de sus festines, para alcanzar por su mediación empleos lucrativos, aun a trueque de prostituirles sus hijas y sus mujeres, de servir ellos mismos de instrumento a su lujuria. Turba de parásitos hambrientos, materia dispuesta para todo, los libertos llevaban a la sociedad de los hombres libres la degradación y los vicios inherentes a la esclavitud. Su estado moral y social, con relación a los esclavos y a los amos, podría hasta cierto punto compararse al estado moral y social del mulato de las colonias de los europeos en América, que desprecia al negro y detesta al blanco, a quien procura, sin embargo, imitar en todo; que no ama el trabajo, huyendo de él cuanto puede, y que, irritado por la inferioridad a que el blanco lo condena, es una causa de perturbación social más que un progreso, un motivo de división y de corrupción más que un lazo natural entre el blanco y el negro, de quien procede.

El aumento de las emancipaciones produjo en Roma, entre otros, el siguiente resultado. Una porción de empleos públicos y muchos cargos particulares, antes desempeñados por ciudadanos, procuraron los amos darlos a sus emancipados como medio de extender su influencia, llegando de este modo, poco a poco, a apoderarse los libertos de la mayor parte de las funciones económicas y administrativas, a las que llevaron la corrupción y de las que sacaron poder y riquezas, con las que compraron los derechos políticos que las leyes les vedaban.

César, el primero, hizo magistrados y senadores a los hijos de los libertos, y desde entonces fueron casi exclusivamente

empleados de Hacienda, recaudadores de contribuciones, asesores en los tribunales, procuradores, intendentes y prefectos en las provincias: todo menos trabajadores.

El palacio de los emperadores era el centro de acción de los libertos. Y esto era natural. ¿Quién podía ser más a propósito que ellos para halagar y desarrollar los instintos depravados de los emperadores romanos? Listos, insinuantes, astutos, falsos, sabían doblegarse a ser dóciles agentes de la corrupción imperial, lo mismo que a corromper a los emperadores y a sus familias, si ya no lo estaban.

El liberto Calixto fue secretario de Calígula, como el liberto Craptas lo había sido de Tiberio.

Augusto se extrañaba de que un emancipado suyo dejase a sus herederos 4.160 esclavos. ¿Qué hubiese dicho aquel emperador si viese a los libertos de Claudio más ricos que Creso? Quejábase Claudio un día de la mezquindad de su Tesoro. «¿Por qué no os asociáis –le respondieron– a vuestros dos libertos Narciso y Pallas, que cuentan por centenares sus millones?»

Este Pallas era tesorero del emperador Claudio y, según Antonino, tenía un hermano, llamado Félix, que también había sido esclavo, y después general de los ejércitos, gobernador de la Judea y marido, sucesivamente, de tres reinas.

Pallas mandaba más que el emperador; el Senado se prosternaba ante él y le manifestaba su reconocimiento por los servicios prestados a la patria, concediéndole grandes honores acompañados de quince millones de sestercios. A aquel esclavo

emancipado, a propuesta de un Escipión, le formaron una genealogía, de la que resultaba que descendía de los reyes de la Arcadia, y que era digno de las mayores alabanzas por haber consentido en sacrificar su nobleza al bien público, no siendo más que un humilde servidor del César romano.

Pallas no se tomó la pena de presentarse en el Senado romano a darle las gracias.

Rodeado de emancipados dependientes de Pallas, el emperador era un verdadero cautivo de sus antiguos esclavos. Ni aun los senadores podían acercarse a Claudio sin pagar a sus libertos una cantidad o sin llevar un anillo de oro, que sólo ellos daban.

No era al emperador, sino a sus esclavos emancipados, a quienes los ambiciosos hacían la corte. De ellos dependía la vida o la muerte de los ciudadanos.

La aristocracia romana había hecho degollar y crucificar durante las guerras serviles millares de esclavos: los esclavos emancipados de Claudio hicieron cortar también a centenares y miles las cabezas de los patricios romanos.

Los historiadores contemporáneos dicen que durante el reinado de Claudio murieron a manos de los esclavos emancipados o por sus órdenes 35 senadores, más de 300 caballeros y muchos otros patricios y ciudadanos, cuyo número no pudo nunca saberse a punto fijo. El derecho de vida y muerte que tenían los amos sobre los esclavos, lo ejercían ya sobre los amos sus libertos. Los esclavos se habían convertido en amos, y éstos, en esclavos.

¡Pero qué mucho, si los antiguos esclavos habían llegado a ser los amos del mismo emperador!

Tácito nos muestra de qué manera el emperador no tenía para su uso más mujeres que las que querían sus libertos.

La muerte de Mesalina –dice el historiador romano– produjo la mayor confusión en el palacio imperial.

Entonces los libertos discutieron para decidir qué mujer darían al emperador, incapaz de soportar el celibato y fácil de manejar por medio de su esposa. Las mujeres, por su parte, no mostraban menos ardor en sus intrigas: todas querían sacar partido de su nobleza, de su hermosura y de su riqueza, suponiéndose dignas de tan alta alianza. Las opiniones estaban divididas entre Paulina, protegida de Calixto, y Julia Agripina, sostenida por Pallas. Narciso, por su parte, protegía a Elia Petina; pero la protegida de Pallas obtuvo la victoria.

Con su poder político y su fortuna, todo cambió en el Imperio para los libertos, que ocuparon el puesto de las antiguas razas aristocráticas en la Roma imperial.

La usura y todas las fuentes impuras con que la aristocracia había acumulado sus grandes fortunas pasaron a manos de los emancipados, que deslumbraron con su lujo a sus antiguos amos. Como éstos, eran rapaces, avaros, explotadores de la miseria pública y, si cabe, más duros y crueles que aquéllos con sus esclavos.

Como los patricios de otros tiempos, los libertos se veían rodeados de aduladores, de parásitos que les fabricaban

genealogías, en las que les probaban que descendían de las casas más ilustres.

Nerón quería casarse con su manceba Actea, y el Senado se apresuró a declarar que aquella esclava emancipada descendía en línea recta de los reyes de Pérgamo.

En fin, hasta tal punto los libertos llegaron a ocupar en el Imperio el lugar de las antiguas castas patricias que los emperadores miraron su poder con la desconfianza que el de aquéllas lo había sido por los emperadores sus contemporáneos. Nerón creyó más de una vez necesario recurrir a la espada de sus centuriones o de sus verdugos contra los insolentes libertos y, envidioso de sus colosales fortunas, los hizo matar para heredarlos.

La emancipación de los esclavos, ni en la república ni en el imperio, ni civil ni cristianamente, había sido obra de la moral, de las nociones de justicia generalizadas en las sociedades modernas: desde el principio hasta el fin de la sociedad grecorromana, la emancipación de los esclavos se debió al egoísmo individual o colectivo, a las necesidades del momento; y como las manumisiones eran parciales, permaneciendo siempre esclavizada la gran masa productora de la riqueza, lejos de dar buenos resultados, los produjo tan malos como la esclavitud misma. Una cosa, sin embargo, resulta demostrada, y es que las emancipaciones fueron para las castas aristocráticas de Roma un castigo tan terrible como merecido, sirviendo no para salvarlas ni a ellas ni al Imperio, sino para

acabar de descomponer y desorganizar aquella sociedad fundada en la desigualdad, en la opresión de los trabajadores, en el parasitismo explotador en el interior y en la guerra de conquista en el exterior.

Los parásitos que explotaban a los trabajadores podían organizar la conquista, convertir en leyes sus iniquidades, gozar del producto de sus rapiñas, degradarse y envilecerse en los vicios que engendran la impunidad, sirviéndose de la violencia y de la mala fe, dominar y oprimir el mundo; pero eran incapaces para fundar una sociedad justa y estaban fatalmente condenados a ser víctimas de su propia conducta, a ver hundirse su poderoso Imperio y desaparecer su orgullosa sociedad a manos de los bárbaros.

* * *

Para los esclavos las calamidades públicas fueron siempre un bien; y así como los negros, esclavos en nuestros días en las islas y en el continente americano, ven con placer los incendios que devoran las cosechas y, en general, todas las causas de la pública ruina, del mismo modo los esclavos de la sociedad greco-romana veían con gusto las desgracias del Imperio, gozándose en los males de sus amos. Y este sentimiento, hijo de su condición, era muy natural. ¿Qué le importa, en efecto, al esclavo, que no tiene patria, la invasión del territorio en que vive por conquistadores extranjeros? El esclavo, que sufre a todas horas, toda la vida, ¿qué piedad puede sentir por los dolores y desgracias de sus amos? Al que no tiene casa ni hogar y que cultiva la tierra para que otros se coman sus regalados frutos, ¿qué pena le ha de causar el incendio que devora las

ciudades, las cosechas o los arbolados? Si la cosecha se ha quemado, menos tendrá que trabajar.

Así vemos el año 408 de nuestra era, cuando el bárbaro Alarico llegaba a las puertas de Roma, seguido de sus hordas, a 40.000 esclavos aprovecharse de la confusión que reinaba en la ciudad para abandonar a sus amos y correr a unirse al invasor.

Tantos ejemplos parecidos a éste podríamos citar durante la decadencia del Imperio que a su vista nos parece extraño no fuese más rápida todavía la descomposición de aquella organización social.

Ya hemos visto de qué manera, durante los últimos emperadores gentiles, habían llegado a sobreponerse los libertos a las leyes y hasta a los emperadores; pero desde que Constantino se declaró protector del cristianismo y trasladó a Oriente la capital del Imperio, fundando la ciudad de Constantinopla, menguó la influencia de los libertos en beneficio de la de los esclavos y de los eunucos, que llegaron a ser los verdaderos señores del Imperio de Oriente en los reinados de los emperadores cristianos, sucesores de Constantino, cuyos crímenes dejaron muy atrás los de los emperadores gentiles de Occidente.

XI. CONDUCTA DE LAS CLASES PRIVILEGIADAS MODERNAS Y DE LAS ANTIGUAS

Si nos remontamos al origen de la propiedad territorial en la antigua Roma, veremos que desde la fundación de la célebre ciudad de Rómulo, la conquista, el predominio de la fuerza, y no el derecho ni el trabajo, sirvieron de cuna a aquella sociedad que vivió y murió como había nacido.

¿Quién era Rómulo? Un jefe de bandidos que se apoderó de las tierras de la ciudad de Alba, en las que sus pacíficos habitantes apacentaban los ganados y en las cuales fundó Roma, la ciudad llamada Eterna más tarde por los cristianos, pero que mal podrá ser eterna, puesto que tuvo principio.

Rómulo convirtió a sus compañeros de bandidos en ciudadanos, repartiéndoles las tierras conquistadas en partes iguales, pero reservando la tercera parte de ellas para el Estado. Aquella igualdad desapareció bien pronto, porque los que trabajaron personalmente quedaron pobres, mientras que los que guerrearon para adquirir esclavos, o los compraron, aumentaron su porción de tierra y se enriquecieron. De esta manera a la tercera generación no sólo había desaparecido la igualdad del primer reparto hecho por Rómulo, sino que eran más las familias que nada poseían que las propietarias.

¿Cómo era posible, en efecto, que el hombre libre, cultivando la tierra con sus brazos, pudiera luchar con la concurrencia que le hacía el trabajo de los esclavos y con el envilecimiento del precio de la tierra, resultado de las conquistas, gracias a las cuales, comprándolas con la sangre de otros, había hombre que se hacía propietario de provincias enteras?

Tanto creció la desigualdad de fortunas, que en varias épocas se dictaron leyes, en verdad inútiles, porque quedaban sin efecto, fijando el máximo de la tierra que cada ciudadano podía poseer.

Batidos como propietarios los que habían tenido que abandonar o vender sus tierras, pero que preferían el trabajo a la guerra para vivir, todavía lucharon en otro terreno, sosteniendo los fueros del trabajo libre contra el servil.

Arrendaba el Estado las tierras de su pertenencia mediante un canon pagado en frutos, y como estas tierras se aumentaban en proporción de las conquistas, porque el Estado se reservaba una buena parte de ellas, los pobres procuraban arrendarlas a pesar de la concurrencia de los ricos, que, contando con su influencia y el trabajo de sus esclavos, ofrecían renta mayor que los pobres.

Mientras los pobres plebeyos no pasaban de la condición de arrendatarios, los patricios consideraban como suyas las tierras que habían arrendado, y cada día iban redondeando aquel patrimonio usurpado, extendiendo sus límites a derecha e izquierda, a expensas de los bienes del Estado y de los de los

colonos pobres, que, sin recursos ni influencias, no podían menos de soportar tan inicuo despojo.

* * *

¿No es verdad que, leyendo lo que pasaba en la pagana Roma hace dos mil años, parece que estamos viendo lo que pasa todos los días en nuestra sociedad cristiana, y que nuestros compradores de bienes nacionales y aristócratas de antiguo y nuevo cuño, arrendadores de bienes de propios y otros, se parecen a los antiguos patricios romanos como se parece un huevo a otro?

En provecho de los trabajadores libres que todavía cultivaban las tierras en las campiñas romanas y de los pobres de la ciudad que hubieran querido cultivarlas, pero que carecían de ellas, se propusieron los gracos, tribunos del pueblo, reparar tantas injusticias, haciendo que los patricios devolvieran a la nación parte de las propiedades que le habían usurpado, para que fueran después arrendadas o cedidas en pequeños lotes a los pobres que quisieran cultivarlas.

Pero no eran tan radicales aquellos tribunos del pueblo, que quisieran que los señores devolvieran, como era justo, todo lo que habían usurpado, indemnizando además a la nación y a los particulares despojados de las rentas que habían dejado de percibir indebidamente y castigándolos por el despojo, no; los gracos proponían una transacción; la ley agraria de Sempronio Graco decía que, aunque mal adquirida, se les dejase una extensión de 125 hectáreas por cabeza de familia y 62.112 por cada hijo, pagándoles además la nación el valor de las tierras

que poseyeran excedentes de esta cantidad y que debían devolver para repartirse entre los ciudadanos pobres, *que tenían chozas por moradas y paja por lecho*.

Los usurpadores de la propiedad pusieron el grito en el cielo al oír esto; calumniaron a Graco, suponiendo que quería despojar a todo el mundo de su propiedad, legítimamente adquirida; llamáronle enemigo de la sociedad y de las leyes, cuando en realidad no era más que defensor de la justicia, y por cierto de una manera bastante blanda y más transigente de lo que debiera con el crimen triunfante; y si no le llamaron socialista y comunista, fue porque estas palabras no se habían inventado todavía.

Nueve años de discusiones y de luchas se necesitaron en Roma para establecer la ley que mandaba que se reconocieran y midieran los bienes del dominio público, que el Estado recobrase las tierras que le habían sido usurpadas y que éstas se repartieran a los plebeyos en pequeños lotes, a condición de que todos los poseedores de tierras del Estado pagarían a éste un diezmo de sus productos y estarían obligados además a emplear para el cultivo cierto número de trabajadores libres.

Esta ley, como tantas otras concesiones hechas por las aristocracias, que se guardan después muy bien de cumplirlas, no dio resultado alguno favorable al pueblo.

Los grandes usurpadores siguieron, como antes, apropiándose todo a diestro y a siniestro. El número de propietarios territoriales siguió disminuyendo de tal manera, que había fincas grandes como provincias, para cuyo cultivo

empleaban miles de esclavos. Baste decir que en tiempo de Nerón la mitad del territorio africano perteneciente al imperio era poseído por seis propietarios. A Nerón le pareció que con uno había bastante; hizo degollar a los seis y confiscó sus bienes en provecho propio.

De esta manera menguaba constantemente el número de propietarios. Los pequeños explotaban a los esclavos; los grandes, a los esclavos y a los pequeños, y los emperadores, a todos.

En tiempos de Cicerón, cuando Roma estaba en el apogeo de su grandeza y era la ciudad más poblada de Europa, entre grandes y pequeños ya no había en ella más que 2.000 propietarios.

* * *

Cultivada por los esclavos, que no tenían interés en sacar partido de ella, y por administradores e intendentes, que iban a su negocio y no al del amo, la tierra concluía por no producir nada.

La deliciosa provincia situada entre el Apenino, el Tíber y el mar Tirreno, antiguo centro de la opulencia y el lujo de los romanos, verdadero jardín de Italia, llegó a quedar estéril y desierta, hasta el punto de verse el emperador Constantino obligado a exceptuar en ella del pago de contribuciones una superficie de 390.000 hectáreas que nada producían.

El trabajo libre y ejecutado por el mismo propietario de la tierra o de la industria produce mucho más que el trabajo

servil, y mientras éste destruye las fuerzas productivas, aquél no sólo las conserva, sino que las aumenta considerablemente.

El acaparamiento de la propiedad por las castas aristocráticas y el trabajo de los esclavos esterilizaron la fértil Italia, y Roma tuvo que ir a buscar su subsistencia a España, al Egipto, a la Grecia, al África y a otras apartadas regiones, resultando de esto con frecuencia escaseces y hambres en la capital misma del imperio.

Los orgullosos patricios, celosos de la plebe, que preferían ver los campos estériles, produciendo apenas algunos pastos para los ganados, a ponerlos en manos de trabajadores libres, que con el estímulo del goce de la propiedad los hubieran hecho productivos, tenían, en cambio, amontonadas en Roma y muchas otras ciudades grandes masas de ciudadanos pobres, a los que tenían que mantener y que divertir con fiestas públicas para hacerles olvidar su miseria e impedir que se sublevaran.

De esta manera, gracias a la esclavitud de los trabajadores, el Gobierno romano, señor del mundo, tenía que mantener de limosna a la mayor parte de los ciudadanos.

La forzadamente ociosa plebe romana tenía hambre, bramaba, y sus señores se veían obligados a llevar la guerra de uno a otro extremo del mundo para arrancar a los vencidos pan para el pueblo rey.

Los generales romanos no sólo imponían a los vencidos sumisión a Roma, sino pan para mantenerla.

Cartago, vencida en la segunda guerra púnica, fue obligada a entregar al vencedor 150.000 fanegas de trigo; vencida por Manlio Vulcio, la Frigia se vio también obligada a mandar a Roma 120.000 fanegas del mismo grano.

Antioquio, forzado a aceptar las condiciones de un tratado dictado por los romanos vencedores, tuvo que mandar a Roma desde los puertos de Siria más de 100.000 fanegas de trigo.

El Gobierno distribuía estas provisiones, dando gratis las de peor calidad a los pobres, y las de mediana, a precio reducido, a todos los que podían procurarse de los gobernantes billetes de favor.

Más de la tercera parte de la población de Roma, cuyo total pasaba de un millón en tiempo de Craso, pertenecía a la clase de ciudadanos pobres que vivían de la caridad oficial.

En tiempo de Augusto, los pobres, empadronados como tales, pasaban de 200.000, y en algunas épocas llegaron a 360.000.

* * *

Incalculable es el valor de los despojos que debían consumir los conquistadores romanos en los países sometidos a su yugo para mantener aquellas masas improductivas, víctimas de la organización social y política del imperio.

Durante el reinado del emperador Honorio, cuatrocientos años después del de Augusto, cada ciudadano pobre recibía al año más de 800 libras de pan, y en tiempo de Julio César

bastaban apenas 130 millones de libras de pan para alimentar aquel pueblo, que vivía en la ociosidad y al que llamaba Cicerón «la sanguijuela del tesoro público». Pero no se le ocurría al sabio gobernante y millonario famoso que, dándoles tierras que cultivar como propietarios, la mayor parte hubiera dejado de ser una carga para el Estado.

De esta manera la política de los emperadores consistió durante muchos siglos en arrebatar a los productores de apartadas regiones la subsistencia para aplacar el hambre del pueblo romano, cuando le hubiera bastado repartirle las tierras que los esclavos no cultivaban, o cultivaban mal, para convertirlo de parásito improductivo en productor y consumidor del fruto de su trabajo; de una carga para el Estado, en su más sólido sostén. Pero esto hubiera sido destruir la aristocracia, cuyo poder consistía en la extensión de sus tierras y el número de sus esclavos. Aquella gran masa de seres envilecidos por la miseria y la limosna; que dependía del emperador, que la alimentaba y que la adormecía con banquetes y fiestas públicas, a trueque de que le sirviese de sostén, hubiera recobrado con la propiedad su dignidad e independencia. Interesada directamente en la buena gestión de los negocios públicos, hubiera fácilmente destruido los poderes corruptores y opresores de la oligarquía aristocrática y del emperador, gobernando ella misma la nación democráticamente; y para evitar este resultado, que sin duda preveían, preferían una y otro conservar al pueblo romano en su dependencia, manteniéndolo de limosna, aun a trueque de dejar yermos sus campos y de tener que sostener guerras terribles en lejanas comarcas para conquistar el pan cotidiano de la romana plebe.

Todas sus precauciones eran, no obstante, insuficientes para impedir el hambre y con ella las sediciones en la capital del imperio, teniendo muchas veces que recurrir a las medidas más extremas y violentas. Así, por ejemplo, Augusto, no pudiendo darles de comer, expulsó de Roma, el año 6 de nuestra era, a 80.000 personas.

En las grandes ciudades del imperio, como Antioquía, Constantinopla, Alejandría y otras, la situación del pueblo libre se asemejaba a la del pueblo romano. El año 300 de nuestra era el emperador Diocleciano fijó en dos millones de fanegas los cereales que debían repartirse a los pobres de Alejandría; y apenas fundada Constantinopla, ya tenía Alejandro que ordenar el reparto de seis millones de fanegas por año para distribuir las entre sus habitantes pobres.

No sólo tenían que repartir pan a la plebe amontonada en las grandes ciudades; aunque de una manera menos regular, también le daban carne. Valentiniano III, durante tres meses del año 452, hizo matar y distribuir entre los pobres de Roma 170 puercos cada día.

Como el medio más seguro, por nó decir el único, de afirmar la dictadura y hacerse popular era llenar al pueblo la panza, todos los ambiciosos que aspiraban al poder, lo mismo que los que lo habían ya alcanzado, no vacilaban en sacrificar al mundo entero para regalar a la plebe romana.

Nunca, en ningún país, se vio jamás el espectáculo que Roma ofreció con frecuencia en tiempo del imperio. No bastaba ya repartir pan a los hambrientos todos los días; esto era cosa

corriente; los cónsules y emperadores obsequiaban al pueblo poniendo en las calles y plazas 10.000 y hasta 20.000 mesas cubiertas de manjares y de vinos, a las que se sentaban centenares de miles de personas de ambos sexos, que convertían la ciudad en una inmensa orgía durante noches y días enteros.

Lúculo, al volver del Asia, regaló al pueblo una cantidad de vino equivalente a cuatro millones de botellas.

César fue más allá, y embriagó a todo el pueblo, no con vino común, sino de Falemo, de Lesbos, de Chío y de Mamertin, que es como si dijéramos con vinos de Jerez, de Málaga, de Oporto y de Burdeos.

Hasta entonces no se había visto tal magnificencia.

Cosa fácil era, sin embargo, para el dictador romano gastar un puñado de millones en embriagar al pueblo para sobornarlo. Antes de embriagarle con sus vinos generosos, había robado el tesoro público, que contenía 110 millones de reales en numerario y barras de oro y plata; y como el tribuno Metelo Celer quisiera oponerse a aquel robo, César le amenazó con cortarle la cabeza en el acto. Respondióle el magistrado que su persona era sagrada, y César le replicó:

«Pues, con todo eso, me costará menos hacerlo que decirlo.»

El actual César francés, digno émulo e imitador del romano, el 2 de diciembre se apoderó también del tesoro público y del Banco de Francia y repartió vino de Champaña con gran

profusión; pero no al pueblo, sino a sus cómplices y a los soldados, que quería emborrachar para lanzarlos como fieras sobre los pacíficos ciudadanos.

El aumento de los gastos de tantos cónsules, procónsules y generales que se enriquecían saqueando las provincias del imperio donde mandaban; la baja creciente del valor de la moneda por la afluencia de todos los metales preciosos de los países conquistados, hicieron aumentar en Roma considerablemente el valor de los comestibles y de toda clase de objetos, siendo esto causa de que llegase a sumas fabulosas lo que gastaban los emperadores en los banquetes que daban al pueblo.

Augusto gastaba en convidar un día a comer a 200.000 romanos 7.200.000 reales; más tarde Tiberio gastaba en el mismo objeto 54 millones. Antonino, en otro banquete dado al pueblo, gastaba 92, y Cómodo los dejaba a todos atrás gastando 434.

Aquellos banquetes eran verdaderos negocios de Estado.

En el banquete que dio Lúculo cuando volvió vencedor del Ponto, se pusieron 22.000 mesas, a las que se sentaron más de 400.000 personas, que se bebieron más de cinco millones de botellas de vino.

Los tiranos que de esta manera sobornaban al pueblo, embruteciéndolo, se embrutecían también ellos mismos, gastando en sus orgías los tesoros del mundo.

Como los ladrones y los jugadores y en general todos aquellos que no adquieren el dinero trabajando, los grandes

señores y emperadores romanos echaban sus riquezas por la ventana, como suele decirse. Aquellos hombres, que pagaban por un esclavo artesano 2.400 reales, daban 16.000 por un bufón que les hiciera reír; 84.000, por un cocinero, y gastaban en banquetes lo que hubiera bastado para alimentar una provincia entera. En los tiempos de la república se escandalizaban los romanos de que Lúculo diera cenas a sus amigos en su sala de Apolo, que le costaban 160.000 reales; pero cuando llegó el imperio vemos al emperador Calígula gastar en un banquete de doce personas cuatro millones de reales, y a Vitelio, en sólo un año, derrochar en festines 780 millones.

Dice Suetonio que en una cena que dio al emperador, su hermano, se sirvieron 2.000 pescados escogidos, 7.000 aves raras y un plato de sesos de faisanes y de pavos reales, de lenguas de pájaros y de tripas de lampreas, traídas de los países más remotos por las galeras de la escuadra imperial, mandadas expresamente con tal objeto.

Para que se forme una idea aproximada de lo que debían ser aquellas comidas y cenas, que duraban dos y tres días, necesitamos añadir que los comensales no se sentaban en sillas, sino que se tendían en camas colocadas alrededor de la mesa, en cada una de las cuales se colocaban tendidos para comer tres o más personas, mezclados hombres y mujeres, dejando entre cama y cama un espacio para que los esclavos y esclavas sirviesen a los convidados.

Dado el calor del clima de Roma, la sensualidad y corrupción de las costumbres, la glotonería proverbial de los romanos y la

abundancia de ricos vinos, no se necesita gran esfuerzo de imaginación para comprender que aquellas cenas eran verdaderas orgías, cuyos excesos apenas podemos concebir hoy. Si nos referimos a ellas es sólo por el contraste que presentan con la condición de los esclavos, que a pocas varas de distancia de los lujosos y resplandecientes salones en que se embriagaban los amos, derrochando millones en satisfacer la gula y las pasiones más brutales, yacían amontonados en los ergástulos, mal alimentados, casi desnudos, encadenados como criminales y extenuados por los excesos de trabajos penosos, rudos y repugnantes.

En aquellas cenas era donde a Nerón se le ocurría iluminar sus jardines con esclavos cubiertos de pez, como dijimos en otro capítulo, para que alumbrasen con sus siniestras llamas y solemnizasen con sus gritos de desesperación, de horror y de agonía los actos inmundos de su brutal lujuria.

Ya puede imaginarse qué colosales fortunas poseerían los patricios y grandes personajes que en banquetes públicos y privados gastaban tantos millones. Grandes eran, con efecto, sus fortunas, pero todas mal adquiridas. La mayor parte procedían de la corrupción gubernamental, de la compra y venta de empleos, de la usura y del agiotaje, de la prostitución y de los crímenes más odiosos.

«Nada en la historia moderna –dice Moreau de Jonnes– es comparable a la riqueza que llegaron a adquirir los patricios romanos. Las riquezas que obtuvieron los barones normandos,

compañeros de Guillermo, el conquistador de Inglaterra, después de la batalla Hastings, ni la de los aventureros españoles que despojaron a Méjico y el Perú, pueden compararse con los tesoros que se apropiaron Sylva, Craso, César y Pompeyo y otros cónsules y procónsules de la república, que compraron el mando supremo corrompiendo a los encargados de defender las leyes.

Pompeyo vendía su protección al rey de Capadocia a cambio de 760.000 reales mensuales, y el rey de Egipto Auletas tuvo que dar a César y a Pompeyo para conservar el trono 129 millones.

La isla de Chipre fue durante mucho tiempo independiente de los romanos; pero ¿a qué precio? Pagando al gobernador romano de la Sicilia cerca de cuatro millones cada mes.

Julio César debía en Roma cerca de 30 millones de reales al salir como gobernador para la Galia, donde permaneció algún tiempo, volviendo a Roma con bastante dinero para pagar todas sus deudas y quedar lo suficientemente rico para emborrachar al pueblo romano, sobornar a los soldados y proclamarse dictador.

Vamos a citar aquí algunos de los más célebres millonarios de aquellos tiempos; y ya que el lector conoce las condiciones del trabajo y de los trabajadores en la sociedad romana, comprenderá fácilmente cuántos millones de hombres deberían vivir en la más espantosa miseria, produciendo sin consumir ni acumular, para que unos cuantos parásitos reunieran fortunas tan considerables. Apicio, el famoso glotón,

poseía más de 80 millones de reales; Crispo, simple ciudadano de Verselles, dejó más de 160, y Craso, sólo en propiedades territoriales, tenía tanto como Crispo. Demetrio, liberto de Pompeyo, tenía 78 millones, y Pallas, liberto de Claudio, 242.

Séneca, el filósofo, se propuso ser rico, y en cuatro años adquirió más de 140 millones. Bien puede asegurarse que no serían producto de sus escritos filosóficos.

El Augur Léntulo poseía 323 millones; Sylva, el dictador, 240; Mandio Epiro y Crispo Vibro, más de 288 millones cada uno, y Cleander, el emancipado de Cómodo, era más rico que los dos precedentes.

Cuando el emperador Tácito subió al trono vendió en almoneda pública todas sus propiedades, que le valieron 1.440 millones de reales.

Decía Creso que no podía llamarse rico el que no poseía un patrimonio suficiente para sostener seis legiones de soldados, lo que quiere decir que era pobre el que no podía conquistar el imperio.

Cecilio Isidoro, ciudadano provincial, que murió medio arruinado por las guerras civiles, dejó, sin embargo, 300.000 cabezas de ganado mayor y menor y 48 millones en dinero. Sus herederos gastaron en su entierro un millón de reales.

Balbo dejó en su testamento 75 reales para cada proletario de Roma, y como había 200.000, el legado subió a cerca de 16 millones.

La misma aristocracia inglesa no ha podido nunca igualar su fortuna con la de los patricios romanos del tiempo de los Césares. Muchas de aquellas familias gozaban rentas que pasaban de 20 millones de reales en dinero, además de otros ocho o diez en productos agrícolas y pecuarios.

En un año que fue pretor Probo, gastó 24 millones de reales, y Symmaco, cuya fortuna pasaba por mediana, gastó 40 millones para celebrar la elevación de su hijo a la pretura.

Las prodigiosas fortunas de los patricios romanos no procedía sólo de los despojos de los vencidos en las guerras ni de sus abusos como autoridades en las provincias; una de las fuentes corrompidas de aquella acumulación de riquezas era la usura, que arruinaba a los deudores, haciendo pasar sus propiedades, muebles e inmuebles, a manos de los ricos prestamistas, que solían cobrar el 80 y más por 100 al año de interés.

Según Plutarco, Creso heredó de su padre cerca de siete millones de reales; pero él aumentó esta suma hasta 150 millones, comprando a bajo precio los bienes de los proscritos, haciendo préstamos usurarios y alquilando sus esclavos, que contaba por miles.

Como casi toda la canalla que se enriquece por tales medios, Creso, el millonario, era devoto; y sin duda para tranquilizar su conciencia, dio la décima parte de su fortuna al dios Hércules, y los sacerdotes se deshicieron en alabanzas de la piedad y sentimientos religiosos de aquel santo varón.

Dice un historiador que en tanto que Roma fue pobre y republicana dio al mundo el ejemplo de las virtudes más

heroicas; pero que las riquezas que adquirió con los despojos de todos los pueblos subyugados le hicieron entregarse a los vicios más odiosos, y que la corrupción de las costumbres fue la primera causa de la pérdida de las libertades públicas y de la decadencia de la sociedad romana. Pero nosotros creemos que la desigualdad social, fundada en la esclavitud y en el desprecio al trabajo, causas primeras de la inmoralidad, de la corrupción y de la desigualdad de las fortunas, produjeron la pérdida de las libertades públicas, las dictaduras sangrientas y la desorganización de aquella sociedad, lo que fue indudablemente un gran bien para el progreso.

El mal de las sociedades no está en la mucha riqueza, ni el bien y la rigidez de las costumbres en la pobreza; el mal verdadero está en que la posesión de la riqueza no sea el resultado de leyes justas, equitativas, que impidan pueda adquirirse de otra manera que por el trabajo personal.

La riqueza es un gran bien para los pueblos; pero deja de serlo si está mal repartida.

XII. CONSERVACIÓN DE LA ESCLAVITUD EN DIVERSAS ÉPOCAS Y NACIONES

A todas las causas de emancipación de los esclavos, ya citadas, no tardaron en agregarse, desde el siglo V, las de las invasiones de los bárbaros, que, apoderándose de unas provincias, devastando otras y llegando triunfantes a la misma Roma, facilitaban a los esclavos la ocasión de romper sus cadenas. De este modo, al llegar a constituirse sólidamente el feudalismo algunos siglos después, convirtiendo la gran unidad del imperio en infinitud de pequeños Estados independientes y con frecuencia enemigos unos de otros, la esclavitud como hecho de carácter general había desaparecido de casi toda Europa, especialmente de las naciones occidentales. Mas como hecho particular y como derecho constituido, la esclavitud continuó hasta muy adelantada la época del Renacimiento. El número de esclavos disminuyó cada día; las condiciones a que vivían sujetos eran menos duras; como trabajadores y como cultivadores especialmente, la servidumbre había sustituido a la esclavitud; pero ésta subsistía todavía como carácter general de la sociedad en el imperio de Oriente, en las naciones asiáticas, en el norte de Europa, particularmente en Polonia y Moscovia, y en toda el África.

En las naciones marítimas del Mediterráneo, entre genoveses, griegos, sicilianos, egipcios y africanos, desde Alejandría a Marruecos, la esclavitud subsistió hasta el mismo siglo XVII, y en las naciones mahometanas no se ha extinguido todavía.

Las galeras de todas las naciones mediterráneas estaban tripuladas por esclavos cautivos de las naciones enemigas: los cristianos esclavos remaban en las galeras berberiscas y turcas, y en las de Barcelona y Génova, Nápoles, Malta y Venecia, remaban los esclavos turcos y berberiscos.

Durante toda la Edad Media el tráfico de europeos, que eran vendidos a los asiáticos por genoveses y venecianos, contribuyó a la riqueza de aquellas repúblicas cristianas. Pero aquel tráfico repugnaba ya a la sociedad y era hasta cierto punto clandestino.

No obstante, hasta fines del siglo pasado no renunciaron las naciones mediterráneas a considerar y tratar a los prisioneros africanos como esclavos, consagrándolos a los trabajos más penosos en los arsenales y bajeles del Estado.

El descubrimiento y conquista de la América por los españoles contribuyó a extender la plaga de la esclavitud de uno a otro extremo del nuevo mundo, convirtiendo primero en esclavos a muchos millones de hombres libres de las razas mejicanas y peruanas, y después que estas razas esclavizadas y tratadas inhumanamente perdieron su vitalidad y se extinguieron, millones de negros fueron comprados en África para reemplazar en América en los más penosos trabajos a las extenuadas razas indígenas. De esta manera, durante cerca de cuatro siglos, este tráfico de carne

humana ha llevado cientos de millones de negros a trabajar en las minas y en los ingenios como animales, en provecho de la aristocracia cristiana, así civil como eclesiástica, que reprodujeron en el nuevo mundo una organización económica y social mucho más parecida a la de la antigua Roma que a las naciones de la Europa moderna.

Los conquistadores españoles en América, seguidos de curas, de frailes y de inquisidores, llevaban por pretexto la conversión de los pobres indios a la religión católica, y por todas partes levantaron iglesias, templos y cruces; pero esta careta no engañó a nadie.

Por un parte alzaban en el espacio los cristianos soberbios templos en que los indios adorasen a Dios y sus santos; por otra, al pie mismo de los altares, devorados por la codicia, obligaban a los indios a abrir pozos profundos para penetrar en las entrañas de la tierra y arrancarle los metales preciosos, después, por supuesto, de haber robado a los indios cuanto tenían.

A fuerza de trabajar los hacían morir extenuados de miseria y de fatiga; pero ¿qué importaba esto? ¿No había más de 20 millones de indios con que ir reemplazando a los que morían? Además, allí había un clero dispuesto a perdonar tales pecadillos, a dar absoluciones a cambio de ricos donativos, de pingües rentas, de *fundaciones piadosas*, de lámparas de oro y vírgenes de plata maciza.

Según Colón y los españoles más inteligentes que fueron con él y posteriormente, Santo Domingo, Cuba, Jamaica, Puerto Rico y demás islas del golfo mejicano estaban pobladas por 15 ó 16 millones de indios, generalmente pacíficos. Doscientos años habían

pasado apenas, cuando ya no quedaba rastro de aquella población indígena. Pero ¿qué mucho, si no, contentos con matarlos a fuerza de trabajar, se los echaban para pasto a los perros?

En Francia se ha conservado un documento auténtico: la carta de un colono de la parte francesa de Santo Domingo, que le escribía a uno de la parte española, diciéndole:

«Mándame un cuarto de indio para que se desayunen mis perros, que yo te mandaré otro mañana...»

Un solo sacerdote de la religión católica, el padre Las Casas, puso el grito en el cielo contra tantas iniquidades. Sus compañeros comían a dos carrillos y callaban, o, si hablaban, era para decir que era un visionario o que estaba loco.

Las Casas escribió en favor de los indios obras que lo han inmortalizado; fue y vino de América a Europa y de Europa a América clamando protección para aquellos indígenas; mas todo fue en vano. El Gobierno español, sus favoritos, agentes y allegados hacían *concesiones* de indios a sus protegidos y a los que se las pagaban bien, y los españoles llegaban a América con las manos vacías, aunque no limpias, pero seguros de encontrar al llegar centenares y miles de esclavos que trabajasen para ellos.

Como su objeto era enriquecerse pronto y volver a España a fundar mayorazgos, comprar enmiendas, prebendas y otras gollerías, no se cuidaban de tratar bien a sus esclavos para conservarles la vida; costábales más barato mandar regalos a la corte o sobornar a los virreyes y gobernadores para obtener nuevos repartos de indios.

Con frecuencia el clero, y particularmente las comunidades religiosas, servían de intermediarios para obtener estas ventas de carne humana, recibiendo en cambio del agraciado fundaciones de conventos y de iglesias, santos y retablos para adornarlas.

En vano magistrados celosos y personas humanitarias quisieron poner coto a tamaña iniquidad; en vano el Consejo de Indias y otras autoridades trataron de regularizar, disminuir y hasta concluir definitivamente con las concesiones y repartos; nada pudo impedir la esclavitud de aquellas razas, su trabajo forzado, su extinción completa en grandes territorios y su considerable disminución en los demás: si en algunas partes temporalmente pusieron diques a aquel torrente devastador, en otras siguió, hasta el punto de haber sobrevivido en algunas de las antiguas provincias ultramarinas españolas a la revolución que las emancipó, necesitándose largos años de sangrientas luchas para concluir definitivamente con el trabajo forzado de los indios.

Desesperado ya el padre Las Casas, recurrió al medio más extraño para concluir con la esclavitud de los indios, y fue que reemplazaran los ávidos colonos los esclavos americanos con esclavos africanos.

La idea de esclavizar a los negros para libertar a los indios era en verdad peregrina, puesto que se reducía a quitar a unos la cadena para ponérsela a otros; pero los colonos americanos sacaron partido de ella, importando esclavos de África y no libertando a los de América.

La tierra no tiene valor si el hombre no se lo da con su trabajo, y por eso los grandes bandidos llamados conquistadores, lo mismo los de los tiempos modernos que los de los antiguos, han esclavizado al hombre con la tierra, obligándole, bajo una u otra forma, a trabajar por fuerza en los países conquistados.

No otro fue el origen de las aristocracias de todos géneros, de la acumulación de la propiedad territorial en pocas manos, organización económica incompatible con la libertad del pueblo o, lo que es lo mismo, con el trabajo libre, con la posesión de la tierra que se cultiva o del instrumento del trabajo por el trabajador, sin lo cual no hay ciudadanos dignos de este nombre ni pueden ser una verdad las libertades civil y política.

Este vicio de origen, transmitido por la raza conquistadora el día de su emancipación de la metrópoli a las repúblicas hispanoamericanas, debe considerarse como una de las causas principales del caciquismo y del caudillaje que han devorado a aquellas repúblicas durante medio siglo.

Propietarios hay en Méjico, en Montevideo, Buenos Aires, Guatemala y otras repúblicas hispanoamericanas poseedores de fincas cuya circunferencia se cuenta por centenares de leguas, más grandes que provincias, y en las cuales el verdadero señor, dictador o rey, el *amo*, en fin, está por encima de las leyes, de las que generalmente es representante y ejecutor, pues sus inmensas propiedades le dan tal influencia política, que raro es el gran propietario que no es gobernador de provincia, presidente de su Asamblea o de la república,

siendo el resultado la opresión, el servilismo y la bajeza de tantos miles de ciudadanos como de él dependen, a pesar de que sus derechos políticos estén pomposamente consignados en democráticas Constituciones.

Estos ejemplos prueban una vez más la imposibilidad de consolidar la libertad política sin la igualdad Social y hasta qué punto la organización de la propiedad, su manera de ser, de adquirirse y de transmitirse influyen en los destinos de las naciones, en la suma mayor o menor de libertad que éstas disfrutan.

* * *

Un fraile de buena voluntad, inspirado en sentimientos humanitarios, por más que esto parezca una paradoja, fue el inventor del repugnante tráfico negrero.

Seguros estamos de que si el padre Las Casas hubiera podido prever, leer en el porvenir los resultados de su humanitaria idea, hubiera renunciado a ella.

El tráfico negrero ha contribuido a conservar la barbarie y la degradación de las razas africanas.

Ofreciendo estímulos con sus repetidas compras a las guerras intestinas de los negros, los compradores de esclavos las provocaban, porque cualquiera que fuese el resultado, venciera uno u otro bando, los explotadores de carne humana estaban seguros de coger buenas cosechas.

Su interés estaba en dar a los vencedores, a cambio de sus

esclavos, instrumentos de guerra, armas fraticidas, licores fuertes, todo aquello, en fin, que contribuía a aumentar su ferocidad; de manera que en lugar de llevarles la cultura, la ciencia, el progreso, las razas llamadas superiores contribuían a retener a los negros en el embrutecimiento y la barbarie, a agravar sus vicios, a inducirlos a la perpetración de los crímenes más espantosos, comenzando por el de esclavizarse unos a otros para venderse a los extranjeros, que, encadenándolos y amontonándolos en las bodegas de los buques, los llevaban a tierras para ellos desconocidas. Tal ha sido, durante más de trescientos años, el resultado del contacto de las civilizadas y cristianas razas europeas con las bárbaras y salvajes del África occidental.

Como no hay mala causa que no pueda defenderse, los partidarios del tráfico negrero han pretendido que prestaban un servicio a la Humanidad comprando negros en África para obligarles a trabajar a latigazos en América, diciendo que cuando no podían los negros vender los cautivos que hacían en sus guerras, los degollaban, de manera que comprándolos les salvaban la vida.

El sofisma salta a la vista. En primer lugar, la seguridad de poder vender sus cautivos, obteniendo en cambio objetos para ellos de gran precio, que no podían alcanzar de otra manera, era un estímulo irresistible para que encendieran la guerra por esta sola causa. Por otra parte, además del mayor número de muertes violentas en los campos de batalla, proporcionando el aumento y generalización de las luchas, el número de cautivos degollados aumentaba también, a pesar del deseo de conservarles la vida para venderlos a los europeos, porque

éstos no se encontraban siempre en las costas a tiempo para comprar los cautivos y embarcarlos, ni solían tener con qué comprarlos a todos ni espacio en sus buques para estivar tantos *bultos*, y siempre que esto sucedía, los cautivos que quedaban en África eran degollados irremisiblemente, porque ni sus amos tenían con qué mantenerlos mientras llegaban nuevas expediciones de europeos que los compraran, ni se atrevían a darles la libertad, temerosos de que se vengasen de ellos.

Otro de los argumentos de los defensores del tráfico negrero consiste en suponer que la suerte del negro esclavo en América era y es mejor que la del negro libre en África.

Las repetidas conspiraciones de los negros para recobrar su libertad, el número creciente de *cimarrones* en los países donde el terreno se presta para que huyan del trabajo forzado, la energía y la constancia con que han luchado por su libertad e independencia en Santo Domingo, en los Estados del Sur y en otras partes, demuestran cuán odiosa les es la esclavitud y cuán dispuestos están siempre a arrostrarlo todo por librarse de ella, por más que sus amos hayan querido dorar sus cadenas cuando han creído la ocasión propicia para romperlas.

La servidumbre de los indios y la esclavitud de los negros, el trabajo servil de tantos millones de ambas razas en provecho de los europeos conquistadores de América durante los tres últimos siglos, ha sido uno de los grandes borrones de la civilización moderna y una de las causas de la conservación de

los privilegios aristocráticos, del despotismo real y de la servidumbre del pueblo en las naciones de Europa. Como en la antigua Roma, la esclavitud de los trabajadores en sus colonias ha sido para las naciones de Europa una causa de corrupción y de estancamiento, que les ha impedido desenvolverse y marchar rápidamente por la vía del progreso político durante centenares de años.

Para Inglaterra, para Francia, como para España y Portugal, el progreso social y político, las libertades públicas, no han tenido algo de real, de efectivo, hasta que los reyes han carecido de medios de enviar la juventud entusiasta y ardiente, las naturalezas emprendedoras y ambiciosas, a las colonias a adquirir fácilmente grandes riquezas amasadas con el sudor y la sangre de los esclavos.

¿Quién había, en efecto, de buscar el bienestar en el trabajo, cuando al otro lado de los mares su carácter de miembro de la raza conquistadora le daba el derecho de enriquecerse con el trabajo ajeno?

El joven que, debiendo buscar en su patria un porvenir, no hubiera tenido más remedio que buscarlo en el trabajo, fuera en tal caso un ciudadano activo y digno, celoso de sus derechos y libertades, enemigo natural de los privilegios aristocráticos, de las clases parásitas y del despotismo; pero ese mismo joven enriquecido en América con el trabajo de los esclavos, con los abusos y las corrupciones del mando, volvía a Europa convertido en un aristócrata despreciador de la libertad del trabajador, ansioso de títulos y de condecoraciones que realzaran su fortuna, de fundar una casa solariega y de

sostener el despotismo, en cuya conservación se creía interesado.

El predominio de los europeos en América y la explotación de sus colonias por el trabajo forzado era para sus naciones respectivas el predominio y la conservación del despotismo y de las aristocracias teocráticas y nobiliarias que las degradaban.

Si en 1814 Fernando VII hubiera podido restablecer su autoridad en todo el continente americano, desde Méjico a Chile, concluyendo la guerra de la independencia en todas partes con vivas y aclamaciones a Fernando VII como rey absoluto de las Españas, ¿cómo dudar que ni la libertad se hubiera restablecido en 1820, ni en 1838 las clases medias hubieran estado preparadas para establecer y consolidar el sistema constitucional por la debilidad relativa, por la decadencia de las fuerzas del absolutismo?

Brazos e inteligencias a millares hubieran pasado todos los años el Atlántico para ir a satisfacer sus ambiciones a las provincias ultramarinas, sirviendo al mismo tiempo los intereses del despotismo. El gobierno absoluto hubiera tenido en abundancia el crédito y dinero que le faltaron para consolidarse, y todo lo que él hubiera ganado en fuerza y prestigio, las ideas liberales hubieran dejado de adquirirlo.

Por eso hemos dicho siempre, y repetimos ahora, que, desde este punto de vista considerada, la pérdida del continente americano en el primer tercio de este siglo fue un gran bien para España.

Desde entonces, con más o menos lentitud, empezamos a marchar en las vías del progreso político y social, saliendo del atraso y del estancamiento, de la rutina, que durante siglos nos había retenido apartados de los adelantos y de la civilización.

Cuando no tuvieron en América 15 millones de esclavos que trabajaran para ellos y perdieron la esperanza de ver llegar periódicamente las flotas cargadas de plata y oro, preciso fue que los españoles trabajaran para vivir, que buscasen en su propio suelo las riquezas que la América se negaba a darles, y desde entonces, en efecto, han trabajado y han doblado su instrucción y la cantidad de tierras cultivadas, y multiplicado sus caminos, y realizado grandes obras de utilidad pública, doblado el número de sus edificios y cuadruplicado su valor, aumentado la población en 60 por 100 y simultáneamente con todas estas mejoras han destruido la mayor parte de las instituciones tradicionales, obras del despotismo político y teocrático, como las órdenes monásticas de hombres y muchas de las de mujeres, los diezmos y primicias, la inquisición y demás tribunales eclesiásticos, los privilegios señoriales y tantas otras rémoras que se oponían al adelanto del país. Mezquino como es el valor total de nuestro comercio exterior y colonial, es doble que el de los tiempos en que teníamos en América 20 millones de vasallos y de esclavos, y el valor de los productos del trabajo nacional que hoy exportamos es cuatro veces mayor que el de la exportación de nuestros productos cuando éramos los únicos abastecedores de los ricos mercados de las colonias.

Así, pues, desde que perdimos la América continental con los 20 millones de siervos y esclavos que en ella oprimíamos y

explotábamos, ha doblado en España el número de trabajadores libres y hemos aumentado considerablemente en libertad, en moralidad y en riqueza.

XIII. COMPORTAMIENTO DE ESPAÑA CON LOS ESCLAVOS DE CUBA

Aunque en mucha menor escala, la conservación de Cuba y Puerto Rico con su esclavitud, constantemente aumentada por el tráfico negrero, ha producido durante el régimen constitucional para la causa del progreso nacional los mismos funestos efectos que en los tiempos anteriores la servidumbre y la esclavitud en las ya perdidas colonias americanas. Para los gobiernos reaccionarios, Puerto Rico, y Cuba sobre todo, han sido un foco de corrupción, de podredumbre moral y política que, refluyendo sobre la metrópoli, han contribuido a prolongar la existencia de los gobiernos más odiosos y detestables, más corrompidos y corruptores.

Unos antes, otros después, desde la Revolución francesa del pasado siglo todos los gobiernos europeos han emancipado a los negros esclavos de sus colonias, menos España, que no solamente no los ha emancipado, sino que, faltando a los compromisos más solemnes, deshonorándose a los ojos del mundo, después de haber recibido sumas considerables del Gobierno inglés a trueque de concluir definitivamente con la trata de negros, la ha patrocinado y tolerado de tal manera, que de 35.000 esclavos que había en Cuba en 1817, cuando se hizo con aquella nación el primer contrato, ha llegado a haber, en 1865, 600.000 esclavos, resultado en su mayor

parte del tráfico negrero, lo que supone la importación clandestina en cuarenta y ocho años de muchos millones de negros.

La rápida prosperidad de la isla de Cuba, último país enriquecido con el trabajo servil, ha sido el resultado de un crimen nacional, comenzado por los gobiernos del despotismo y consumado por la monarquía constitucional, por los partidos medios, sin distinción de matices. La responsabilidad de este crimen pesa, en efecto, lo mismo sobre los demócratas monárquicos que hoy mandan que sobre los progresistas, los unionistas, los moderados y los absolutistas.

Hace cincuenta años que todos sucesivamente han venido diciendo a sus amigos a quienes deseaban proteger, a sus parientes y cómplices o a los rivales temibles que querían alejar:

«Id a Cuba a enriqueceros. Cerrad los ojos para no ver entrar los *bultos* negros y abrid las manos para recibir la recompensa vergonzosa de vuestra ceguera.»

Y durante medio siglo han ido pobres y han vuelto ricos, con raras excepciones, turbas de mandarines explotadores, togas, uniformes y sotanas, dejando a su vuelta aumentado el número de trabajadores serviles, que hacían a latigazos la zafra y a latigazos fabricaban el azúcar que comemos, que, aunque blanca, está regada con sudor y con sangre de negros. Para sobornar a las autoridades pagaban al principio los importadores de la humana mercancía media onza por *bulto*. Esta era la propina corruptora de los tiempos del despotismo; pero desde la muerte del último rey absoluto los monárquicos

constitucionales no se han dejado seducir por tan poco, y han hecho subir sucesiva y progresivamente el precio del soborno de una a doce onzas de oro.

Muchos Cresos, Syllas, Verres y otros personajes españoles contemporáneos, más parecidos que lo que ellos se imaginan a los famosos cónsules romanos cuyos nombres les damos, han creado sus inmensas fortunas y con ellas, como aquéllos, sobornado las legiones y corrompido a las clases medias e impuesto sus dictaduras lo mismo al trono que a la plebe.

Del tráfico negrero han sacado los comerciantes de carne humana y sus cómplices, durante el reinado del último Borbón en España, con que comprar entorchados y títulos de condes, de marqueses y de duques, nombramientos de senadores, grandes propiedades rurales urbanas y soberbios palacios y magníficas quintas de recreo.

La conducta desmoralizadora, que ha creado en Cuba una riqueza ficticia, condenada fatalmente a concluir por una catástrofe espantosa, por la acumulación de tantos combustibles, que con la chispa más pequeña debían dar pábulo al incendio devorador que hoy la está consumiendo, esta conducta, repetimos, de la que son responsables todos los monárquicos constitucionales que han mandado en España desde 1834 hasta ahora, está ya dando el resultado que debía esperarse.

En lugar de haber emancipado los negros, concluyendo de una vez con el trabajo forzado en todos los dominios españoles

hace ya treinta años, han dado lugar a que hoy los negros aprovechando la guerra civil de los blancos, rompan sus cadenas y se emancipen, con gran satisfacción y aplauso del mundo civilizado.

Más de 130.000 negros han reconquistado su libertad en los dieciocho meses que hace dura la guerra entre los blancos; y como ésta no lleva trazas de acabarse por ahora, es más que probable que concluirá por la emancipación de todos los esclavos de la isla de Cuba y Puerto Rico: victoria del progreso, del trabajo libre sobre el trabajo servil, del derecho humano sobre el derecho de la fuerza, y de la que nosotros, españoles, debemos felicitarnos, porque no puede ser malo para España ni deshonroso lo que es glorioso y útil para la Humanidad. Y si algo sufrimos, no nos quejemos a nadie, porque merecido lo tenemos.

Al tratarse por los franceses en los primeros parlamentos de su gloriosa revolución de 1789 la cuestión de la esclavitud de los negros en sus colonias, proclamaron que debían salvarse los principios de igualdad, de libertad y de justicia, emancipando a sus esclavos aunque se perdieran las colonias; y los proclamaron, y emanciparon los esclavos, y perdieron las colonias; y después de pérdidas fueron más grandes, poderosos y ricos que hablan sido nunca.

Más tarde, la cuestión de la esclavitud se planteó en el Parlamento de la Gran Bretaña, y la resolvió emancipando los esclavos y pagando a los dueños 2.000 millones de indemnización.

Los norteamericanos, por último, han lavado con cuantiosos tesoros y ríos de sangre la negra mancha de la esclavitud, que deshonraba la república, y a costa de sacrificios inmensos han emancipado cinco millones de trabajadores serviles.

Y España, entre tanto, ha visto insensible durante tan largo período los nobles ejemplos que le han dado las otras naciones, y ni aun después de la gran revolución democrática de 1868 se ha atrevido a proclamar la abolición de la esclavitud. Pero en el delito lleva la penitencia, porque ha dejado pasar la hora solemne de emancipar por un acto espontáneo a sus esclavos; y pierde también el provecho que esperaba sacar de conservarlos, porque ellos se están emancipando contra ella, dejándola sin gloria y sin provecho.

Como la imparcialidad y la justicia guían nuestras plumas, y como para que el cuadro que nos ofrece la esclavitud de los negros en América sea por si mismo bastante repugnante y tétrico no necesitamos recargar sus tintas, diremos que bajo su aspecto jurídico la esclavitud ha sido en las posesiones españolas la menos inhumana y cruel, no sólo comparada con la de la antigüedad, sino con las contemporáneas.

Mientras el esclavo en las posesiones francesas e inglesas y en los mismos Estados norteamericanos, como en la antigua Roma, no tenía personalidad ante la ley, nuestras leyes de Indias le reconocían esa personalidad tan ampliamente como era compatible con el trabajo servil.

La ley establece magistrados ante los cuales el esclavo tiene

el derecho de presentarse pagando a su amo su valor; toda esclava tiene derecho a emancipar al hijo que lleva en sus entrañas dando al amo 500 reales, y durante el primer mes de nacido, dándole 1.000.

El esclavo tiene derecho a tener peculio propio, a trabajar para sí ciertos días y a cultivar un pedazo de tierra, cuyos productos le pertenecen, y si su amo lo saca de las islas de Cuba o Puerto Rico, llevándolo consigo o mandándolo a cualquiera otra parte del territorio español, queda desde luego emancipado.

Muchas otras condiciones favorables, de que no han disfrutado los esclavos de otros países, estaban escritas en las leyes españolas, que, de todas las que han tenido por objeto el trabajo forzado, han sido las menos bárbaras e inhumanas.

Pero ¿qué importa la humanidad relativa de las leyes cuando no son practicables o sólo excepcionalmente pueden aplicarse, dependiendo su cumplimiento del capricho del fuerte? Veamos un ejemplo.

Entre las disposiciones legales favorables en apariencia a los negros, hay una que establece que, si al desembarcarlos, las autoridades sorprenden al negrero, deberán poner en libertad a los negros que quería importar; pero para que éstos puedan manejarse y aprender a vivir en aquella sociedad nueva para ellos, los ponen bajo el patrocinio de una familia honrada y merecedora, en calidad de aprendices, debiendo, en cambio, trabajar para ella cierto número de años. Estos libertos aprendices se mueren todos antes de acabar el aprendizaje, o

al menos se mueren en apariencia. Cuando muera un esclavo dicen que el muerto es el aprendiz, y éste pasa a ocupar el puesto de aquél. Esto es cosa corriente.

Más por la dulzura de las costumbres que por las leyes, los esclavos habitantes de las ciudades, dedicados a oficios lucrativos, a funciones industriales y a la domesticidad, han logrado en Cuba y Puerto Rico condiciones y vida menos penosa que los negros de los Estados del Sur y de otras islas del golfo mejicano, hasta el punto de verse muchas veces a los negros libres de los Estados Unidos de la América del Norte irse a Cuba para venderse como esclavos, seguros de recobrar su libertad cuando les convenga.

En cambio, la suerte de los esclavos del campo, de los ingenios de azúcar sobre todo, puede sólo compararse con la de los esclavos que cultivaban la tierra y que sacaban de las minas los metales preciosos o remaban amarrados a los bancos de las galeras en la antigua Roma.

El trato con los blancos y las relaciones diarias e intimas que establece la vida doméstica entre amos y esclavos contribuyen en las ciudades a desarrollar la inteligencia de los negros, a conocer el idioma español, a adquirir alguna instrucción y a proporcionarles goces y satisfacciones, además del conocimiento de sus derechos civiles, cosas todas de que carecen las negradas de los ingenios, cuya mayor parte han pasado durante la noche de la bodega del barco que los conducía de África, a la cuadra del solitario y aislado ingenio, donde pasan su vida entregados a las faenas más duras,

bajo el látigo del contramaestre y los dientes de perros de presa, lejos del contacto de la civilización, tratados como animales y teniendo apenas ocasión de aprender alguna que otra palabra del habla castellana.

Por más que en ambas condiciones sea igualmente odiosa la esclavitud, la mayor ignorancia de las negradas de los ingenios, el aislamiento y su separación del sexo femenino y de los goces domésticos, contribuyen a hacer su suerte más deplorable.

Añádase a esto que rarísima vez el negro del ingenio pasa legalmente de la esclavitud a la libertad; su única esperanza, si acaso la tiene, es fugarse y buscar un refugio en los montes entre los negros cimarrones; mientras el negro de las ciudades pasa tan fácilmente de la esclavitud a la libertad legal, que los negros libres se cuentan en las islas de Cuba y Puerto Rico por centenares de miles, pudiendo asegurarse que el verdadero medio conservador y propagador de la esclavitud no ha sido la reproducción de la especie en las islas, sino la importación de esclavos del África.

XIV. CONSIDERACIONES SOBRE LA ESCLAVITUD EN CUBA Y PUERTO RICO.

SOBRE LA COMPLETA EXTINCIÓN DE LA ESCLAVITUD

¿Qué importa que para una parte considerable de los esclavos de Cuba y de Puerto Rico la esclavitud sea, comparada con la que otros sufren y han sufrido, relativamente menos dura, si es odiosa e inmoral siempre y causa de corrupción de las costumbres para unos y de opresión para la pobre España?

También algunos partidarios de la esclavitud la han defendido diciendo que se impone a una raza que no es la nuestra, raza inferior que hace de este modo su aprendizaje para entrar en la vida social de la civilización. Pero, además de que la disculpa es sofística y de que no es la educación de una raza inferior lo que se proponen los que esclavizan a los negros, sino explotarlos como instrumentos de trabajo, debe tenerse en cuenta que no es absolutamente cierto lo de que son todos los esclavos de una raza inferior; son también esclavos los mulatos y los hijos de los mulatos, aunque tengan más sangre blanca que negra, pues todo hijo de esclavo es esclavo si no se compra su libertad, y hay, en efecto, esclavos de ambos sexos que son más blancos que sus amos de otras razas amarillas o blancas.

Pero ¿qué decimos más blancos que sus amos? Los negros libres, sin distinción de sexo, tienen el derecho de poseer esclavos lo mismo que los blancos. De aquí que negros y negras sean dueños de mulatos y de mulatas que son casi blancos.

Los hechos desmienten, como vemos, categóricamente la afirmación de los que sostienen la esclavitud con los sofísticos y falsos argumentos antes citados, que a nadie engañan.

Pero vamos a concluir estas consideraciones copiando algunos anuncios de periódicos españoles en los que se anuncian ventas de esclavos, porque estamos seguros de que no es posible haya persona tan miserable, de alma tan empedernida, que no se indigne al ver tratar como vil mercancía a las criaturas humanas, empleando el habla castellana en tan odioso objeto.

Dice el periódico de que copiamos los anuncios siguientes:

«SE VENDE

Una negra, excelente lavandera y planchadora. Tiene una hija de DOS años. Se venden *juntas* o SEPARADAS (...?). Obra Pía, 20, esquina a San Ignacio. De diez a tres.»

Y dice en otra parte:

«Un negrito de DIEZ *meses*. Se VENDE (!!). Puede verse en el callejón de la Samaritanina, 15.»

Y en seguida añade:

«Una negra de veintiocho años, excelentísima lavandera y planchadora. *Cosa de gusto* (...). RACIONAL (?) y de magnifica presencia. Obispo, 21, sastrería.»

Y luego agrega:

«Se venden un negro de *nación*; es decir, de contrabando; una yegua y un chivo. San Rafael.»

Y es de advertir que el artículo de fondo del periódico en que tales abominaciones se estampan está consagrado a «felicitarse de que el Carnaval hubiese corrido en medio del más perfecto orden y la más satisfactoria y bulliciosa alegría.»

Espanoles somos y amantes de nuestra patria; pero digan con nosotros los hombres de sentimientos humanitarios: ¿no es verdad que después de leer esos anuncios se alegran, como nosotros, de que los hombres así comprados y vendidos como animales, y que así ven vender sus hijos y las mujeres que aman, rompan sus cadenas y se subleven aunque sea contra España, contra el Gobierno español, que autoriza, legitima y protege su degradación, la infamia de su esclavitud en pleno siglo XIX?

¿Por qué todo español que sienta latir un corazón valiente en el pecho no se pondría por un instante mentalmente en el lugar de esos hombres así vendidos y comprados, para poder

apreciar en todo su horror la infamia que con ellos se hace?

Por mí, repito que mis simpatías no están por el amo blanco, sino por el esclavo negro que se subleva, porque sublevándose contra la maldad legalizada que lo reduce a la condición de bestia, de cosa, prueba que no es bestia, sino hombre más digno de la libertad que el miserable que así trata a sus semejantes.

Nosotros no debemos admitir que lo que en todo el territorio español es un crimen severamente castigado por las leyes, como la esclavitud, sea en las dos provincias españolas de América un acto inocente, legal, que, en lugar de llevar al autor a presidio, lo enaltezca y le dé la consideración social que lleva consigo la posesión de la riqueza. Nosotros no podemos menos de condenar con toda la energía de nuestra alma que al pueblo español, generalmente ignorante de lo que en América pasa, se le haga contribuir con su dinero y su sangre al sostenimiento de tamaña iniquidad, que será para nuestra patria un eterno borrón de ignominia, un crimen que la Historia no le perdonará, y cuyas terribles consecuencias pesarán sobre la suerte de muchas generaciones.

Establecido ya el ingenio, legalizada su existencia, valía el negro de 20 a 24.000 reales. Multiplíquese esta suma por 600.000 esclavos, y se obtendrá la enorme cifra de más de 14.000 millones de reales que han llegado a valer los negros esclavizados existentes en Cuba.

Pero para que hayan llegado a existir simultáneamente 600.000 esclavos, de los cuales la estadística oficial ha reconocido la existencia de más de 400.000, no habiendo en 1815 más que 35.000, ha sido indispensable que se hayan importado del África durante cincuenta años más de seis millones de negros, cuya importación, al precio de 8.000 reales cada bulto, ha debido producir a los negreros, deduciendo un 25 por 100 de gastos, más de 30.000 millones de reales.

Si a las sumas fabulosas ganadas por los importadores de la humana *mercancía* se agregan las que a los compradores de los negros ha producido el trabajo de tantos millones de hombres, que en cincuenta años han sextuplicado la cantidad de tierra cultivada en la isla, dando inmenso valor a millones de fanegas de tierra que antes no tenían ninguno, y las riquezas que como consecuencia de estos cultivos han creado en Cuba la industria y el comercio, resultará que los valores de todos géneros creados directa o indirectamente por la esclavitud en la isla y esparcidos por el mundo además, se cuentan por centenares de miles de millones. Pero todo este soberbio edificio se ha levantado sobre un volcán y ha vivido amenazado a cada momento de terremotos y cataclismos que lo reduzcan a la nada.

Para los traficantes de carne humana la importación de negros africanos en Cuba ha sido durante más de medio siglo una mina inagotable de riquezas, que felizmente creemos para siempre agotada.

Proverbio era entre los negreros que un buen viaje compensaba con usura la pérdida de diez; pero como

generalmente, lejos de perderse de cada diez nueve, se salvaban, ya puede calcularse cuán grandes serían los beneficios de este horrible tráfico.

El negro comprado en las playas de. África por 30 duros lo vendía el negrero por 700 u 800 en las costas de Cuba, siendo de cuenta del comprador los peligros y gastos del desembarque, hasta el establecimiento del bozal en la finca, incluso el soborno de las autoridades españolas que debían hacer la vista gorda. Así, pues, una expedición de 1.000 negros producía 35.000 onzas de oro, cuando no había costado más que cinco o seis mil.

A la hora en que escribimos, los esclavos apenas son moneda corriente; su precio ha decaído en proporción que han aumentado para ellos los medios de recobrar su libertad. Los miles de ingenios de azúcar cuya primera materia producían los esclavos han disminuido de valor en la misma proporción, y la libertad justa, anhelada, de los últimos esclavos negros que aún restan en el golfo mejicano llevará consigo forzosamente la ruina de millones de blancos que habían buscado su bienestar en la odiosa esclavitud y que, gracias a ella, vivían como sibaritas, gozando las delicias de Capua.

Verdad es que aún queda en el imperio del Brasil un resto de mal disfrazada esclavitud que tiende a desaparecer, extinguiéndose gradualmente desde que le ha faltado el alimento de la trata; pero, de todos modos, puede asegurarse que la emancipación de los negros de Cuba y Puerto Rico llevará consigo, y en breve plazo, la de

los del Brasil. Y todo induce a prever que en un porvenir no lejano las Antillas formarán una confederación de repúblicas de negros y de mulatos bajo la protección de las repúblicas continentales de América, y en las cuales las razas blancas de Europa y América ejercerán en los puertos las funciones internacionales de importadores y exportadores de toda clase de productos.

En aquellas cálidas regiones, especialmente los trabajos más importantes por su generalidad, como son el cultivo y recolección de la caña y la fabricación del azúcar, no son soportables para el hombre blanco, en tanto que el negro reúne las condiciones físicas necesarias para trabajar libremente y multiplicarse en aquel clima, que tiene tanta analogía con el de África.

En la Guadalupe, la Martinica, la Jamaica y Santo Domingo, después del gran cataclismo de la emancipación, los negros prefirieron vivir miserablemente a trabajar; pero poco a poco el deseo de imitar a los blancos les ha ido creando necesidades que no han podido satisfacer sino trabajando, y han ido reparando las pérdidas ocasionadas por el sacudimiento de la emancipación violenta.

De todos modos, puede asegurarse que la libertad, con la dignidad y la moralidad que lleva consigo, son bienes infinitamente mayores que las riquezas que puedan perderse con el abandono definitivo del trabajo servil, aunque sea de una raza considerada inferior.

Más de mil años hace que desapareció la esclavitud como hecho normal de la vieja Europa; más de cuatrocientos hace ya

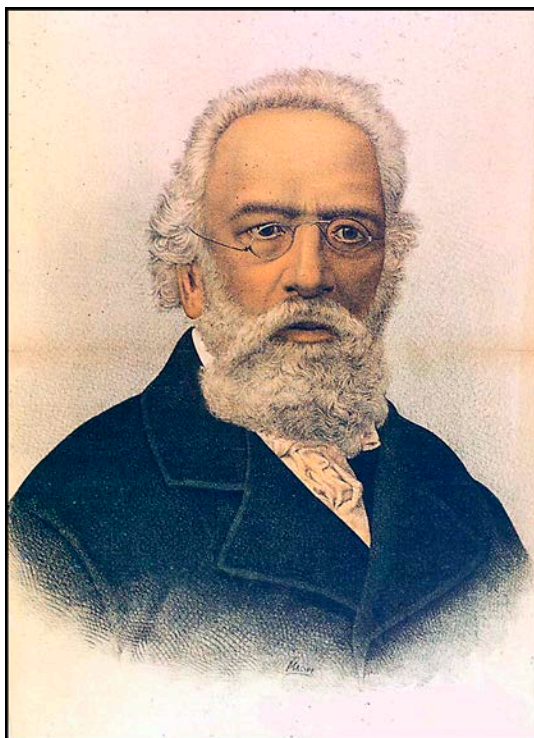
también que la servidumbre, que reemplazó a la esclavitud, cedió el puesto al proletariado, y muchos años hace que los proletarios están haciendo grandes esfuerzos para convertirse en propietarios; y, sin embargo, ni la esclavitud ni la servidumbre han desaparecido del todo, pues aún quedan restos de una y otra en las naciones civilizadas y siguen imperando como soberanas en la mayor parte del África y en las inmensas regiones orientales, sujetas todavía a sus antiquísimas religiones fatalistas, que parecen haberlas petrificado.

Esto nos muestra que si los progresos realizados por la Humanidad son grandes, si se les considera aisladamente y en sí mismos localizándolos, el camino que aún necesita andar para generalizar sus adelantos morales y materiales, sociales y políticos, de uno a otro extremo del mundo, es largo, y que, aun abriendo istmos como el de Suez y el de Panamá, circunvalando el globo de ferrocarriles y de telégrafos que faciliten el cambio de ideas y de productos y la espontánea mezcla de todas las razas, se necesitará el trabajo de muchas generaciones antes de que hayan desaparecido de todas partes el trabajo servil y la esclavitud del productor de la riqueza, con todas sus terribles consecuencias.

Las dificultades de la realización de esta obra humanitaria, a la cual cada generación contribuye con la medida de sus fuerzas, no deben arredrar a las generaciones contemporáneas, que, más ilustradas que las que les precedieron, tienen ya la conciencia de su misión y pueden estar seguras del resultado de sus esfuerzos y de ver la obra que les cupo en suerte crecer bajo su planta y a su impulso,

porque se adelanta en nuestros tiempos más en diez años que se adelantaba en otros en ciento.

Más largamente hubiéramos querido ocuparnos en presentar el triste cuadro de la esclavitud antigua y moderna; pero tenemos trazados estrechos límites y debemos reservar la mayor parte de las páginas de esta historia para referir el cuadro no menos triste de las desgracias de las clases trabajadoras en tiempos posteriores.



ACERCA DEL AUTOR

FERNANDO GARRIDO TORTOSA 1821-1883

Revolucionario español, uno de los principales propagandistas del socialismo durante el siglo XIX. Nace en Cartagena en 1821 y fallece en Córdoba en 1883. Se educa en Cádiz, donde se había establecido su familia al morir su padre, interesado al principio por la pintura, pero pronto atraído por las ideas avanzadas que fermentaban entre la juventud gaditana propagandistas como Joaquín Abreu Orta y Pedro Luis Hugarte.

A los veinticinco años se traslada a Madrid, donde junto con otros republicanos, como Sixto Cámara y Ordax Avecilla, dieron vida durante tres meses a la revista *La Atracción*. Atraído por las ideas socialistas que bullían en el París de la revolución de 1848, funda otro periódico, *La Organización del Trabajo*, defensor de las doctrinas de Fourier, que fue suprimido por Narváez.

Comienza Garrido una actividad incansable de propagador de las nuevas ideas, organizando periódicos de vida efímera (*El Eco de la Juventud*, *La Asociación*) y publicando folletos de propaganda de estilo claro y vehemente. Por su escrito *Defensa del socialismo* estuvo preso en Madrid bastante tiempo, saliendo de la prisión para el destierro, estableciéndose en Londres, asilo de revolucionarios europeos que no fueran incómodos a los intereses británicos representados por Su Graciosa Majestad.

Vuelve a España en 1854, donde su defensa de Espartero le vale de nuevo la cárcel, aunque fue pronto absuelto gracias a su defensor, Castelar. (Coincide en la cárcel del Saladero con el joven Gaspar Núñez de Arce, de quien hace un retrato al óleo.) Publica entonces el periódico *Las Barricadas*, del que aparecen 28 números, y un opúsculo en el que defendía la República federal, de la que vino a ser uno de sus primeros propagandistas, que le valió nuevo destierro, esta vez en Lisboa.

Vuelto a Barcelona se le atribuye una proclama contra Isabel II, por lo que tuvo que ganar de nuevo la frontera, volviendo a Londres, y permaneciendo en el extranjero hasta la revolución

de septiembre. En ese periodo de gran actividad publica *El socialismo y la democracia ante sus adversarios* (con prólogo de Mazzini), *La España contemporánea*, *Historia de las persecuciones políticas y religiosas*, *Historia de las asociaciones obreras*, *Historia de los crímenes del despotismo* y *La humanidad y sus progresos*, libro que fue condenado por el Obispo de Barcelona y que le valió a su autor la excomunión eclesiástica.

A su regreso publica *El último Borbón*, y dos años después, *Historia de las clases trabajadoras*. Cada día más radicalmente socialista, inicia la publicación en Madrid del periódico *La revolución social*, que le lleva de nuevo a la cárcel y al refugio en Lisboa. Fue diputado por Cádiz en las Cortes de 1869, por Sevilla en las de 1872, e intendente general de Filipinas en 1873, al proclamarse la República.

Exiliado con posterioridad en Lisboa y París, pudo volver a España, donde todavía publica varios libros.